

Mi jefe,  
mi novio  
y yo



C. A. SIMONS

# **Mi jefe, mi novio y yo**

**C. A. Simons**

Mi jefe, mi novio y yo

C. A. Simons

Copyright © 2021 por C. A. Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Este libro es una versión de mi obra “El secreto de Ivanova” sin escenas de sexo explícitas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en [claraansimons@gmail.com](mailto:claraansimons@gmail.com)

# Índice

[Prefacio](#)

[Una oferta inesperada](#)

[Mesa para dos](#)

[Promesas y mentiras](#)

[Toma de decisiones](#)

[Dulce despertar](#)

[Tensión inesperada](#)

[Sueños de juventud](#)

[Última noche](#)

[Leyendas de la Madre Rusia](#)

[Gambito de rey.](#)

[Última mañana en San Petesburgo](#)

[Desconcierto](#)

[Cerrando el círculo](#)

[Vuelta a casa](#)

# Prefacio

¿Es posible enamorarse de dos personas al mismo tiempo?

¿Enamorarse de verdad?

La vida de Lucía da un giro inesperado cuando debe asistir con su jefe Carlos a un viaje de trabajo en Rusia, su país natal.

Allí descubrirá a una Lucía muy diferente de la que ella misma pensaba ser. Y a un Carlos, también muy distinto a lo que imaginaba al principio.

En apenas una semana, ambos vivirán pasión, dudas, culpabilidad y celos.

Una llama incontenible se encenderá en su interior.

Una llama que podría consumirles a ambos.

Los dos quedan ahora unidos por un secreto. Un pacto que han jurado no romper.

El secreto de Ivanova.

# Una oferta inesperada

¿Es posible enamorarse de dos personas al mismo tiempo?

Pero...enamorarse de verdad, hasta los huesos. Sentir que te tiemblan las piernas cada vez que se acerca a ti. No simplemente encapricharse.

Siempre había pensado que no lo era. Pensaba que si quieres realmente a alguien todos los demás sobran de manera automática. Quizá puedas sentir cierta atracción física, cierta curiosidad, pero nada más.

Hasta que conocí a Carlos.

Ahora llevo mi semana de vacaciones tirada en la cama sin ganas de nada. Sin energía, pensando, un avispero de ideas dando vueltas en mi cabeza sin descanso. Mi cerebro y mi corazón debatiendo sin cesar, ponderando las implicaciones prácticas y morales del lío en el que me he metido yo solita.

Bueno, solita no, porque Carlos ayudó. Vaya que si ayudó.

No abro los grupos de WhatsApp, ni miro mi Facebook, ni el Instagram, ni siquiera el correo electrónico, donde los mensajes se van acumulando uno tras otro.

No tengo energía para ponerme con ello.

No ayuda en absoluto que Carlos se haya marchado a Dubai en su enésimo viaje de trabajo del año.

Pero, aunque estuviese aquí, ¿serviría de algo? ¿O quizá sería incluso peor?

Y pensar que yo llevaba una vida totalmente normal, puede que incluso monótona, hasta hace muy poco tiempo. A mis veintinueve años acabo de encontrar un trabajo que me gusta en una importante empresa de ingeniería eléctrica que, aunque creo que desaprovecha mis capacidades, por lo menos me da buenas perspectivas de futuro.

Me considero una mujer fuerte e independiente y con muchas ganas de luchar para llegar alto en mi trabajo y en general en la vida.

El plano sentimental me va bien. Llevo seis años viviendo con Alberto. No estamos casados, pero como si lo estuviésemos. Formamos una buena pareja, con altibajos como todas las parejas,

aunque sin problemas. Alberto es cariñoso conmigo, me entiende bien y nuestro sexo es bueno.

Entonces, ¿Carlos?

Puff, Carlos...

¿Cómo empezó todo esto? ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

El lunes de la semana pasada parecía un día normal, como cualquier otro lunes. Un principio de semana de esos que suena el despertador, te da ganas de tirarlo por la ventana, te acuerdas de todos sus muertos durante los primeros cinco minutos, y luego te pones en marcha.

No llevo mucho tiempo en mi trabajo, así que voy ilusionada cada mañana con la posibilidad de aprender e ir subiendo escalones dentro de la empresa. Eso me ayuda a entrar en funcionamiento y me cuesta un poco menos madrugar.

Como todas las mañanas, me preparo un café solo, de los fuertes. Yo sin mi café mañanero soy incapaz de funcionar ni siquiera al nivel más básico de energía, parezco un vegetal.

Tras el café, entro en el baño a darme una ducha caliente a ver si espabilo, que sigo medio atontada. Me gustan las duchas largas y con calma, ah y con agua muy caliente. Alberto siempre se queja de que paso demasiado tiempo en el baño.

Dejo el camisón en una percha y, mientras preparo el agua, no puedo evitar echar una mirada al espejo. Sin duda, mi cuerpo ganaría un montón con mejores pechos, un poco más grandes, ya puesta a elegir. Pero, es lo que hay.

Del resto imagino que no me puedo quejar demasiado; para mi gusto estoy algo delgada a pesar de que no me corto mucho a la hora de comer, mis amigas siempre me dicen que menudo chollo tengo. Poco culo, ojalá tuviese un poco más, y piel muy blanca, herencia de mi madre rusa, supongo. Más o menos una chica normalita, del montón, nada que llame la atención.

Mientras me entretengo en esos pensamientos Alberto abre la puerta, desnudo y con bastantes ganas de fiesta por lo que se puede observar. Al entrar conmigo en la ducha, se coloca a mi espalda y siento su cuerpo pegado al mío.

—No tengo tiempo, amor. Debo terminar de ducharme y vestirme o no llegaré al bus, ya lo sabes, te lo compensaré por la noche—me

disculpo esbozando mi mejor sonrisa, aunque en el fondo muriéndome de ganas de seguir dentro de la ducha con él.

—No me hagas esto, Lu, por favor—responde con desesperación en la voz.

Odio que me ponga esa carita de cachorrillo cuando quiere algo, sabe que me derrite. Sigue pegado a mí y al sentir su piel en mi espalda, mi respiración se hace algo más intensa. Me tiemblan las piernas, se me erizan los pelos de la nuca y me muero de ganas de seguir donde estoy, aunque mi parte más racional toma el control.

—Cariño, de verdad, no puedo llegar tarde. Llevo poco tiempo en la empresa y tengo que causar buena impresión. Tengo que espabilar, en serio, por favor, para ya—me quejo ante su insistencia observando su expresión contrariada.

—¿Me explicas qué voy a hacer yo ahora?—protesta todavía con esa carita de cachorrillo que pone cuando quiere convencerme.

—Pues tú veras...tienes manitas y jabón—bromeo mientras me muero de ganas por volver a entrar—pero deja algo para esta noche, amor. De verdad, salgo que tengo mucha prisa, mua, te quiero cariño.

Intento no mirar demasiado mientras me seco a toda prisa y salgo del baño para evitar caer en la tentación de entrar de nuevo en la ducha, porque no será por falta de ganas. ¿Por qué tendré que ser tan responsable? Ya dicen mis amigas que perder un poco la cabeza de vez en cuando no me vendría nada mal.

—Cariño, te lo compenso por la noche, te lo juro—le grito mientras salgo por la puerta a toda prisa para no perder el bus—. Te quiero, chao, amor.

Todavía no sé cómo, pero llego a tiempo al bus y, durante el trayecto, puedo relajarme un poco. ¡Qué rabia me da tener que salir a toda prisa en situaciones como esa! Sacudo la cabeza intentando sacar el cuerpo de Alberto de la cabeza y trato de evadirme poniendo algo de música mientras sigo el recorrido de cada día hasta mi trabajo.

Soy consciente de que tendría que aprovechar el trayecto para leer un poco porque es un montón de tiempo que pierdo todos los días entre ir y volver. Sin embargo, soy incapaz de leer en movimiento, me mareo, no puedo evitarlo. Quizá algún día pruebe

con un audiolibro, no lo sé, algo para sacar más partido a esos ratos perdidos.

Al llegar a la oficina, lo de la ducha es ya nada más que un recuerdo y ahora toca concentrarse en el trabajo.

Mi empresa ocupa dos pisos en un edificio de oficinas situado en el centro de Madrid. En el piso de abajo se hace el trabajo administrativo, seguimiento de ofertas y recursos humanos. En la parte de arriba están los despachos de dirección, la oficina técnica y los despachos de los comerciales tanto nacionales como de comercio exterior.

Yo estoy en seguimiento de ofertas, o comercial técnico interno como les gusta llamarlo en mi empresa en un intento de darle importancia. Mi grado en ingeniería eléctrica no me da para más, al menos de momento. El sueldo no es demasiado alto, de hecho es bastante ajustado, sobre todo para una ciudad tan cara como Madrid.

Alberto tampoco es que tenga un sueldo muy boyante, así que cada mes nos toca ajustarnos el cinturón y, después de pagar el alquiler y los gastos básicos, poco queda, menos mal que sus nos ayudan a veces con alguna cosa, lo que es de agradecer.

Me encantaría poder viajar con él, conocer otros países y otras culturas y perderme por el mundo a su lado. Siempre soñamos con ir juntos a Nueva York, aunque ahora mismo sé que es solamente un sueño.

Cuando envié mi currículum a la empresa esperaba trabajar en la oficina técnica, preparando los planos, haciendo cálculos técnicos y trabajando con programas de simulación. En fin, todo eso que nos dicen en la facultad que hacemos los ingenieros.

Te lo pintan muy bonito, pero al menos en mi empresa, la gran mayoría de los ingenieros estamos en seguimiento de ofertas o de comerciales técnicos. Los que trabajan de verdad como ingenieros son cuatro gatos y por lo que me cuentan mis compañeros de facultad, es así en casi todas las empresas. Me parece que en la carrera nos venden un poco la moto.

Ser mujer en un sector todavía muy machista tampoco ayuda demasiado, y que tus padres no te puedan pagar un máster de renombre ayuda menos aún. La educación pública da para lo que

da, está muy bien, pero cada línea de un buen currículum vale un montón de miles de euros y luego eso se nota a la hora de entrar en los puestos, es lo que te destaca de los demás. Eso y tener buenos contactos, esto último mucho más importante que tu educación o tu inteligencia. Yo no tengo ninguna de las dos cosas así que me toca empezar desde abajo.

Rabia me da ver a algunos compañeros de facultad en puestos mucho mejores que el mío sabiendo que son unos incompetentes y unos inútiles, pero si tus padres te han pagado un buen máster o tienes enchufe para entrar en un sitio o en otro, pues ya se avanza mucho.

No sé si esa ventaja inicial se puede recuperar algún día a base de trabajo duro y de demostrar lo que realmente vales. Me levanto cada día pensando en que sí se puede, pero a juzgar por lo quemados que están algunos de mis compañeros de trabajo a partir de los cuarenta años, ya no lo tengo tan claro.

La mañana va pasando dentro de la rutina habitual; clientes que tienen mucha prisa con el presupuesto, pero luego mucha menos prisa para decidir si aceptan o no la oferta, llamada tras llamada para seguir esas dichosas ofertas, secretarias que me dicen que la persona a quien llamo no se encuentra en ese momento, gente que te grita cuando tú no tienes la culpa de nada...la misma mierda de todos los días.

Cierro los ojos echando la cabeza hacia atrás y expulso poco a poco una gran bocanada de aire cuando, de repente, veo venir a Lourdes de recursos humanos hacia mi mesa.

—Lu, te llaman al despacho del gran jefe en la planta de arriba— indica con el rostro serio señalando hacia arriba con su dedo índice.

—¿El gran jefe? Lourdes, no me van a despedir, ¿no?—le pregunto con una cara de preocupación que es todo un poema.

Lourdes se ríe, es de las mejores amigas que tengo en la empresa, siempre muy atenta y dispuesta a echar una mano. Me ayudó un montón a integrarme desde el primer día, ojalá hubiese más gente como ella, aunque por desgracia no abundan, aquí cada uno va a lo suyo.

—Tranquila Lu, para despedirte no te llaman al despacho del gran jefe, eso te lo aseguro—trata de tranquilizarme sin éxito

acariciando mi brazo derecho.

—Pero ¿sabes por qué me llaman?—insisto con preocupación.

—La verdad es que no tengo ni idea, Lu. A mí solamente me mandaron llamarte, no es cosa de recursos humanos, eso ya te lo digo. Solo sé que en el despacho está el mismísimo gran jefe, Marta, tu jefa y uno de los “VIP”—explica arqueando las cejas.

“VIP” es el nombre que les ponemos a los comerciales técnicos de internacional. Esos que se pasan el día viajando de país en país, en buenos hoteles, tienen un apellido compuesto que suena muy bien y ganan en un mes lo mismo que yo en todo el año.

—Joder, Lourdes, no puedo quedarme sin trabajo ahora!—mascullo mordiendo mi labio inferior—ya nos cuesta llegar a fin de mes como para perder uno de los sueldos. Me da algo, de verdad, necesito ese dinero.

Lourdes intenta tranquilizarme como puede, la verdad es que es un encanto de chica, aunque no hay quien me quite el miedo del cuerpo.

Al llegar al despacho del gran jefe, Lourdes se despide de mí deseándome buena suerte con un guiño de ojo y a mí me da un vuelco el corazón.

Llamo a la puerta con suavidad, casi de manera inaudible y muerta de miedo. Mis piernas temblando, con un nudo tremendo en el estómago y el corazón desbocado. Lo único que tengo en la cabeza es que no me pueden despedir.

—¿Se puede?—pregunto tímidamente con un hilo de voz.

—Señorita López Ivanova, adelante, la estábamos esperando—exclama el gran jefe en persona haciendo una seña con la mano para que me acerque.

Entro en el despacho caminando lentamente, con pánico y las manos sudando. Odio cuando tengo que dar la mano con sudor, pero no puedo evitarlo, cada vez que me pongo nerviosa me ocurre lo mismo, las manos se me llenan de una fina capa de sudor que me resulta de lo más incómodo. Eso cuando no se ponen directamente a temblar.

Mi jefa, Marta, que nunca me tuvo especial estima, me mira con una mirada extraña que no sabría ni siquiera empezar a definir. Es una mujer de unos cuarenta años y lleva desde hace tres la

dirección del departamento de seguimiento de ofertas. A mí me da la impresión de que está un poco amargada, Sonia dice que es porque folla poco. No sé si es verdad, pero un poco amargada sí que parece.

En cualquier caso, es una déspota con todo el departamento y especialmente con las demás mujeres. Tiene narices que en vez de apoyarnos unas a las otras, nos trate así. En nuestro departamento recibe el nombre cariñoso de “la víbora”.

Es la primera vez que veo al gran jefe de la empresa en persona, pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su despacho o en la planta de arriba con la oficina técnica y los comerciales. A nuestra planta no baja para nada y estoy bastante segura de que hasta hace diez minutos ni siquiera sabía de mi existencia.

Hago nota mental de si algún día llego a gran jefa de la empresa preocuparme en conocer a todos los trabajadores que tengo a mi cargo. Aunque como nunca llegaré a ese puesto, mi nota mental se puede autodestruir cuando ella quiera.

No puedo evitar fijarme en el grandísimo despacho, de esos que están puestos para impresionar a los clientes; una enorme mesa de reuniones, cuadros, imponente mesa de despacho con un gran sillón de cuero. La zona puede dividirse en dos, dejando a un lado la sala de reuniones y a otro la mesa del jefe. Huele un poco a rancio y mi mente sigue saltando sin control, seguramente fruto de los nervios.

—Siéntese, por favor, Señorita López Ivanova—indica señalando a una de las sillas en la gran mesa de reuniones.

Me hace gracia que utilice también mi segundo apellido. En el piso de abajo todos me llaman Lucía o Lu. Como mucho, si es una situación más formal, Señorita López, pero el segundo apellido creo que es la primera vez que lo escucho en la empresa, posiblemente porque al ser ruso les suena un poco raro.

—Ya conoce a su superiora, Marta Llops—expone señalando con la cabeza a la víbora que me mira y me dedica una sonrisa más falsa que Judas—y le presento al director del departamento comercial internacional, el señor Carlos Díaz-Rábida.

Y allí estaba Carlos, impecablemente vestido, perfectamente afeitado. Su pelo parecía que acababa de salir de la peluquería y, al

esbozar una sonrisa de auténtico actor de cine, dejó ver unos dientes perfectamente blancos y todos iguales. Ha debido hacer millonario a su dentista.

Reconozco que mi primera impresión fue pensar que tenía delante al tipo más superficial y estirado de toda la empresa.

El gran jefe retoma la palabra, sacándome de golpe de mis pensamientos.

—Señorita López Ivanova, me informan de que su madre es rusa y de que en su currículum ha escrito usted que es bilingüe en español y ruso—añade el director en su tono excesivamente formal.

Le contesto afirmativamente y le explico que he vivido en Rusia hasta los 15 años, momento en el que me vine a España a vivir con la familia de mi padre y por eso hablo ruso y apenas se me nota el acento al hablar español, salvo en contadas ocasiones. Prefiero no dar explicaciones de la familia absolutamente disfuncional que me ha tocado en suerte.

—Perfecto, perfecto. Además, tiene usted un grado en ingeniería eléctrica por la Universidad Autónoma y me dice su superiora que dispone de aceptables conocimientos técnicos sobre los servicios de ingeniería que presta nuestra empresa—sigue relatando en su tono ceremonioso.

¡Qué hija de puta, la víbora! “Aceptables” conocimientos técnicos. Me gustaría ver cuánto sabe ella de los servicios que ofrecemos. Respiro hondo e intento centrarme antes de contestar al gran jefe con la mejor educación que puedo.

—Sí, al llevar un año en seguimiento de ofertas voy tomando contacto con todos los servicios de ingeniería que ofrecemos e intento formarme lo más posible para ofrecer un mejor servicio—respondo con seguridad.

Toma ya, si no me tiro flores yo misma en esta situación, no sé cuándo me las voy a tirar. Si me quieren despedir, por lo menos que les entren las dudas, porque ayuda de la víbora está claro que no voy a tener.

—Perfecto, perfecto—vuelve a decir el gran jefe.

Ese “perfecto, perfecto” me suena entre pretencioso y falso, pero es que estoy hecha un flan. Este hombre te clava los ojos en el alma y utiliza unos silencios tan largos que me ponen de los nervios. Mis

manos siguen sudando y ahora tengo las piernas temblando por debajo de la mesa. Empiezo a sentir un nudo en el estómago, una losa en el pecho y tan solo me repito mentalmente una y otra vez que no puedo perder el trabajo. Necesitamos ese dinero.

—Le informo, Señorita López Ivanova, del interés de la empresa por entrar en el mercado ruso—continúa el gran jefe al que parece encantarle escucharse a sí mismo—. Hemos conseguido finalmente algunos proveedores que disponen de productos con certificado GOST y que cumplen plenamente la normativa EAC, lo que nos permitiría ofrecer nuestros servicios a las importantes empresas petroquímicas de ese país.

Asiento como si me estuviese enterando de algo y hago nota mental de en cuanto llegue al ordenador buscar en Google el significado de las siglas esas, si es que me acuerdo de ellas.

—El señor Carlos Díaz-Rábida parte mañana hacia San Petersburgo para participar en una importante reunión con una petroquímica de ese país, queremos que le acompañe en su viaje para facilitar la logística y hacer ver a los rusos nuestra buena voluntad y la importancia que damos a su mercado.

Mis ojos están en este momento como platos mientras intento procesar la información que acabo de escuchar y estoy segura de que se me ha quedado la mayor cara de bobo que se puede tener. ¿Estoy escuchando bien? ¿Tengo que ir a San Petersburgo? ¿Mañana? ¿Con un presumido al que no conozco de nada?

¿Qué respondo ahora? Mi mente da mil vueltas valorando todas las alternativas, pero no consigo centrarme. Me da pánico. ¿Y si todo sale mal y me echan a mí la culpa? Porque el estirado no se va a tragar el sapo si salen mal las cosas, eso va a ser cosa mía.

En cualquier caso, no me siento preparada, pero quiero aceptar el reto. Y mañana tenemos cena con la hermana de Alberto y su marido, bueno, vaya tontería, la cambiamos y ya está, pero es que mi mente está divagando demasiado y mis manos sudan cada vez más.

—Sí, por supuesto, para mi será un placer y un honor que cuenten conmigo—respondo sacando fuerzas de la desesperación con una seguridad que me sorprende a mí misma—. Haré todo lo que esté en mi mano para que la empresa pueda cerrar el contrato,

por mi parte tengo total disponibilidad para viajar en el momento que se precise.

¿De verdad he respondido eso? Me sale en automático, sin pensar, fruto de los nervios, no formulo ni una sola pregunta, ni una duda, ni lo más básico, nada. ¡Qué horror!

—Perfecto, perfecto, Señorita López Ivanova. Esa es la actitud que quiero en mi empresa—tercia el gran jefe asintiendo con la cabeza—. Le pasarán todos los detalles logísticos, así como las dietas desde el departamento de recursos humanos. Ha sido un placer poder contar con usted.

Me lo dice señalando la puerta. No malgasta el tiempo.

De algún modo, dibujo en la boca mi mejor sonrisa y salgo del despacho con cara de atontada. Al salir observo a Marta, mi jefa, poner una mirada entre el odio y la incredulidad y no me extraña porque no me lo creo ni yo misma.

No me entiendo ni la situación en sí, ni que haya dicho que aceptaba por las buenas. Estoy segura de que la víbora, dentro de su asombro, estará pensando en el tortazo profesional que me voy a dar por ser una bocazas y aceptar una aventura para la que no estoy preparada.

El estirado no dijo ni una sola palabra, solo miraba fijamente y sonreía. No me da muy buena espina el tipo ese, lo observa todo como si quisiese leerte el pensamiento.

De camino hacia el ascensor para bajar al piso de abajo y me asalta Lourdes.

—¿Qué te han dicho?...cuenta...me muero de ganas por saber lo que ha pasado en ese despacho, no te dejes nada. ¿No te han despedido, no? ¿Tomamos un café ahora que está tranquilo y me cuentas? Total, tu jefa no bajará hasta dentro de un buen rato— exclama casi pegando saltos.

Así que, dicho y hecho, nos dirigimos a una pequeña zona destinada a los descansos. No es gran cosa, la verdad es que la empresa no se ha gastado demasiado dinero en ella; unas cuantas mesas y sillas, una nevera, un par de microondas y unas máquinas de café y cosas de picar.

Por lo menos, a esta hora está muy tranquila y se puede hablar con cierta calma.

—Pues no lo sé, Lourdes—admito encogiéndome de hombros—no tengo muy claro si he metido la pata hasta el fondo o es la oportunidad de mi vida. Me mandan a San Petersburgo con el VIP estirado ese de internacional.

—¿Carlos?—pregunta Lourdes alzando las cejas.

—Sí, el mismo, lo malo es que salimos mañana mismo a negociar no sé qué acuerdo muy importante con una petroquímica rusa, y yo tengo que ir a darle apoyo logístico porque hablo el idioma y para que los rusos vean que nos lo tomamos en serio, o algo así—confieso sin todavía creérmelo yo misma.

—¿Sales mañana?

—Sí, no tengo ni idea ni de lo que vamos a hacer allí. Al parecer, alguien de tu departamento se pondrá hoy en contacto conmigo para los detalles y mañana, durante el viaje, el tal Carlos, me pondrá al día de las negociaciones con la empresa rusa y lo que quiere que yo haga para él—explico intentando dibujar una sonrisa en la boca.

—¡Pero eso es la bomba, tía!—exclama Lourdes siempre con su eterno optimismo—lástima que no tengamos tiempo ni para celebrarlo.

—Ya lo celebraremos a la vuelta si todo sale bien—le interrumpo—¿sabes algo del tal Carlos?

—Sé que el gran jefe está como loco con él y que gana un auténtico pastón; el sueldo más alto de la empresa si contamos con el bonus, por encima incluso del propio gran jefe. Pero yo no te he dicho nada, ¿vale?—informa Lourdes con cara de preocupación levantando las manos—. Pide siempre un hotel con gimnasio y bueno, dentro de los niños mimados de la empresa, él es el más mimado de todos.

—Ya, me refiero como persona, Lourdes, al fin y al cabo, si me tengo que pasar el resto de la semana con él quiero saber cómo es como persona—aclaro mientras saco dos cafés de la máquina expendedora.

—Ya sabes, tiene fama de chulín y estirado y poco más sé de él. Está poco por la empresa, siempre de viaje—establece Lourdes antes de beber un gran trago de café.

Me encanta oírla hablar con su acento gallego que no pierde a pesar de llevar varios años viviendo en Madrid.

Tras beber los cafés algo más rápido de lo que me hubiese gustado, me despido de ella para aprovechar al máximo el poco tiempo que me queda en la jornada de hoy. Debo terminar al menos parte de las ofertas que tengo abiertas para dejar el menor marrón a mis compañeros. Tendrán que repartirse mi trabajo entre ellos y, donde ya vamos bastante mal de tiempo, les voy a hacer una faena.

Al llegar a mi mesa y abrir el email, ya tengo allí un correo de recursos humanos anunciando que un coche pasará a recogerme por mi domicilio a las ocho en punto de la mañana para llevarme al aeropuerto, adjuntan incluso los billetes electrónicos. ¡Sí que se mueven rápido cuando quieren!

Desde Madrid, haremos una escala de dos horas en el aeropuerto de Ámsterdam y desde ahí a San Petersburgo. Adjuntan también la reserva del hotel en el que nos alojaremos y al abrir el documento adjunto casi me caigo de la silla.

¿El Grand Hotel Europa? Tiene que ser una broma, es uno de los mejores hoteles de Rusia, como poco nos vamos a dejar doscientos y pico euros la noche por persona, eso solo de habitación. ¡Vaya cómo tratan al estirado! Sí que va a ser verdad eso de que es el más mimado de todos los niños mimados de la empresa como decía Lourdes. Todos los gastos se pasarán a través de la tarjeta de crédito del señor Díaz-Rábida, es decir; el estirado.

Mi excitación y nerviosismo van en aumento, por un lado me muero de ganas de ir y demostrar lo que valgo. Quizá sea la oportunidad que estoy buscando, la que me pueda hacer ascender en la empresa. Tengo claro que algo así no se presenta a menudo y hay que aprovecharlo. Por otro lado, literalmente estoy cagada de miedo, para qué voy a decir otra cosa.

Son las cinco de la tarde y soy incapaz de concentrarme en nada de lo que hago. Tengo que hablar con Alberto.

Le llamo por teléfono a toda prisa porque debe estar a punto de salir y con cada tono que recibo sin contestación me pongo más nerviosa hasta que al final contesta.

—Hola amor, ¿qué tal el día?—responde con sorpresa—¿y esta llamada?

—Te espero en casa a las seis en punto, te debo algo desde esta mañana, si no llegas a tiempo empezaré sin ti—suelto del tirón

antes de colgar el teléfono.

No puedo creer que esté pensando en sexo en estos momentos, pero la verdad es que ha sido un día tan loco que tengo la adrenalina a tope. Ahora mismo necesito estar con Alberto, que me acaricie, sentir su excitación, besarle.

Mierda, me estoy poniendo a cien y si no salgo ya la que no voy a estar a las seis en punto seré yo.

Para cuando consigo llegar a casa son las seis menos cuarto. Voy un poco justita de tiempo, Alberto no llegará hasta las seis, pero me da tiempo para una ducha rápida y preparar un poco el ambiente.

Tras ducharme a toda prisa enciendo unas velas y dejo la habitación en penumbra mientras le espero con un camisón que no deja mucho a la imaginación.

Mi excitación crece por momentos, es una mezcla de todo, el nerviosismo del viaje a Rusia, la ducha inacabada de esta mañana, saber que Alberto está a punto de llegar, que le estoy esperando ligerita de ropa, la habitación iluminada por las velas...todo junto creando una situación irresistible.

Al escuchar a mi novio entrar por la puerta, le digo que le espero en la habitación. Entra y me mira con cara de asombro, empezándose a quitar la ropa a toda prisa. Veo que tiene tantas ganas como yo, pero hoy tengo otros planes para él, quiero ir mucho más despacio, probar algo un poco distinto.

—Shhh—le digo poniendo mi dedo índice sobre sus labios—espera un poco, no tengas tanta prisa.

Me pregunto si notará que ese mismo dedo índice ha estado hace unos momentos resbalando por los míos, aunque no los de mi boca.

—Deja que yo te desnude, no puedes hacer nada hasta que yo te lo pida. Si lo haces, se acabó la fiesta y tendrás que acabar tú solito—amenazo con una sonrisa pícara.

Alberto asiente con la cabeza con una mezcla entre asombro y excitación.

Yo, por mi parte, le voy desabrochando la camisa, botón a botón, mientras le beso en el cuello y suspiro a su oído. Tras la camisa, llega el turno de los pantalones. Se los quito lentamente y le dejo en

ropa interior frente a mí. Intenta quitarse los bóxer pero le recuerdo nuestro trato.

—Solo yo, nada de prisas—le recuerdo entre susurros.

Deslizo la yema de mis dedos por su pecho, acaricio sus pezones que se ponen duros inmediatamente al sentir mi tacto, percibo su respiración haciéndose más fuerte. Se va excitando cada vez más.

Veo que no puede aguantar mucho más, así que decido pasar a la acción.

Con mis dedos pulgares por dentro de la goma de sus bóxer, le quito su ropa interior lentamente. Bajo primero la parte de atrás de sus bóxer y a continuación, muy lentamente, la parte de adelante dejando que la tela de su ropa interior le roce. Le escucho gemir mientras acaricio su pubis poco a poco y hago círculos con mis dedos alrededor de su ombligo.

—Por favor, Lu, vamos a hacerlo ya—reclama con desesperación.

—Ni hablar de eso—respondo cortante—. Hoy vamos poco a poco, te tengo preparada una sorpresa.

Sigo deslizando mis dedos por su pubis, recorro con lentitud su entrepierna, acariciándole con un toque muy suave, tan solo rozando con la yema de mis dedos. Escucho su respiración agitada, me está costando a horrores ir tan lento, pero verle disfrutar de esta manera vale la pena.

Los dos estamos temblando en estos momentos, es hora de tomar una postura algo más cómoda. Coloco una toalla al borde de la cama y le digo que se siente en ella mirando al espejo de nuestro armario frente a nosotros. Alberto me obedece entre sorprendido y excitado.

Una vez que lo hace, saco un bote de aceite de almendras y vierto un poco sobre mis manos al tiempo que me siento detrás de él y empiezo a masajear sus hombros. Se relaja y se excita al mismo tiempo y, poco a poco, voy pasando por toda la espalda, con calma.

—Por favor, Lu, haz algo ya—me susurra impaciente entre gemidos.

Ahora le toca el turno a su pecho mientras los míos resbalan por el aceite en su espalda.

—Esto te va a gustar—le digo susurrando al oído.

Con suavidad, deslizo mis manos embadurnadas de aceite por su entrepierna, a continuación por sus muslos, de nuevo por su entrepierna.

Es increíblemente excitante ver en el espejo el masaje que le estoy haciendo, observar la cara de placer de Alberto y también la mía. En el espejo le veo con los ojos cerrados, disfrutando de mis dedos. Mi boca medio abierta, mordiendo de vez en cuando mi labio inferior, desconocía que hiciese ese gesto cuando me excito.

Yo, por mi parte, estoy casi igual de excitada que él, froto cada vez más fuerte mis pechos sobre su espalda volviéndome loca al sentir el roce sobre su piel.

No sé si es por el aceite, el espejo o la sorpresa, pero a Alberto le empiezan a entrar las prisas, demasiadas prisas, y alcanza su clímax mucho antes de lo que a mí me hubiese gustado.

—Fue una auténtica pasada Lu—admite con la voz entrecortada —súper intenso, no podía más.

—Ya veo, ya—respondo sonriendo aunque algo decepcionada.

La verdad es que no estuvo nada mal, me encantó verle disfrutar así, y lo cierto es que yo disfruté también, y mucho.

Sin embargo, me dan un poco de rabia esas situaciones en las que le entran las prisas y allí se acaba todo. Preferiría un poco más de calma, que piense también en mí y en mis necesidades.

Le limpio el aceite con una toalla y al acabar se va a la ducha a quitarse el resto. Se le nota tan relajado que dudo entre seguirle a la ducha o esperar. Al final opto por la segunda opción porque no creo que ahora mismo consiga nada, tendré que darle algo de tiempo para que se recupere.

Aprovecho su toalla para quitar el aceite de mi cuerpo y me pongo una camiseta básica blanca. Sé que a Alberto le gusta verme solamente con una camiseta, sin ropa interior y esta deja entrever la parte de debajo de mi culo. Y algo más si me agacho.

Además, tengo que hablar con él de la movida del viaje y cambiar las sábanas de la cama que, a pesar de la toalla que había puesto, la tenemos empapada.

Por fin sale de la ducha con una toalla a la cintura, le llevó su tiempo. Me encanta verle así, reconozco que un poco de gimnasio no le vendría mal, pero no me quejo.

—Alberto, tenemos que hablar de una cosa—indico una vez que entra en el dormitorio—mejor te sientas.

Me mira con cara de preocupación, como preguntándose qué ha hecho mal y me entra la risa.

—No es nada malo, amor—le tranquilizo—. Es un tema de la empresa.

—¿No te van a despedir no, Lu?—pregunta con preocupación.

—No, tranquilo, es que me ha salido un viaje de trabajo—explico con voz calmada, aunque en el fondo me muero de ganas de contárselo—. La empresa ha empezado a hacer negocios en Rusia y, aprovechando que hablo bien el idioma y conozco su cultura, quieren que acompañe a uno de los comerciales a San Petersburgo. Salimos mañana.

Al escuchar mis palabras, su rostro cambia por completo, se ha ido la relajación.

—¿Mañana?—pregunta confuso.

—Sí, mañana. Ha surgido de repente, me enteré hoy mismo. Todavía estoy bastante asustada, pero creo que es una gran oportunidad. Ya sabes que aspiro a más dentro de la empresa, que me gustaría pasar a la oficina técnica, no quiero estar en seguimiento de ofertas toda la vida—confieso encogiéndome de hombros—. Si las negociaciones con la empresa rusa salen bien y se consigue el pedido tendré un bonus, y un dinerillo extra no nos viene nada mal.

Alberto me sigue mirando con ojos de incredulidad y me da la impresión de que está un poco tenso.

—Pero, mañana. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?—pregunta con los ojos como platos.

Joder, ¡Cómo me molesta que no me escuche!

—¿Qué parte de “me enteré hoy mismo” no has entendido, Alberto?—pregunto agitada—. Te acabo de decir que me lo han dicho hoy, yo no sabía nada. Supongo que el viaje ya estaba planificado, pero a mí me lo propusieron hoy mismo, Alberto. Además, son solamente tres días, el viernes estoy ya de vuelta y,

con un poco de suerte, podremos celebrar que las negociaciones han salido bien y que tendremos un bonus para gastar. No sé de cuánto será, pero un dinero extra nos viene de maravilla.

Alberto me sigue mirando como si fuese un espectro.

—Y, ¿te vas tú sola con un tío? ¿Ya les has dicho que sí?— insiste con incredulidad aunque ahora soy yo la que no me puedo creer lo que estoy escuchando.

—Alberto, por favor, no montes un drama. ¡Qué coño tiene que ver que me vaya sola con un tío! Ni que me fuese a violar, es un compañero de trabajo, que estamos en el Siglo XXI, joder a ver si te enteras. Es que lo estoy flipando contigo—contesto bastante enfadada alzando la voz

—Es que no sé, Lu, no me parece normal que de buenas a primeras te vayas tú sola de viaje con un tío de la empresa al que no conoces y además, que te enteres así, de repente.

—Joder, Alberto. Es mi carrera profesional, una oportunidad de mejora. Es un reto muy grande para mí. Te estoy diciendo que estoy asustada, que no he tenido tiempo ni para pensarlo. En cambio tú, en vez de estar contento y animarme, me preguntas que si me voy sola con un tío, ¿eso es todo lo que te importa? Eres un imbécil machista—chillo enfadada ante su falta de empatía.

Al marcharme a la habitación y cerrar la puerta de un portazo me doy cuenta de que puede que haya sobre reaccionado un poco. No suelo gritar así, es cierto que tengo mucho temperamento, supongo que es la sangre rusa, pero es la primera vez que llamo imbécil a Alberto, y me arrepiento. De hecho, pocas veces discutimos, quizá por eso me siento tan rara, no tenía que haberlo hecho.

Sin embargo, todavía no me puedo creer la situación que acabo de vivir; vengo a casa toda emocionada, deseando contarle lo que me ha pasado en el trabajo, algo que puede ser una grandísima oportunidad para mí, para nosotros, y a él solamente se le ocurre preguntar que si me voy sola con un tío. No lo entiendo, por más que lo intento, no entiendo su egoísmo.

Sé que Alberto es algo celoso, recuerdo una vez que me encontré a un ex novio de la facultad y estuvo raro toda la tarde, pero hoy se ha pasado bastante, con lo bien que iba el día.

Yo también me pasé mucho con él, aunque no pienso pedirle perdón, al menos de momento, soy demasiado orgullosa y tengo mi corazoncito. Las actitudes machistas en el Siglo XXI me sientan muy mal, necesito que me apoye, que me tranquilice, no esto.

Lo que iba a ser una tarde especial se ha acabado convirtiendo en una mierda, así que aprovecho para hacer la maleta con la ropa que llevaré a San Petersburgo y relajarme un poco escuchando música. ¡Qué raro se me hace volver a la Madre Rusia! Hace ya doce años que no he estado allí.

Así voy pasando la tarde hasta que a las diez Alberto decide volver a hablarme.

—Lu, he preparado la cena, un risotto con setas de esos que te gustan. ¿Sigues enfadada?—me dice como si tal cosa. En el fondo es un buenazo. Y yo una cabezota orgullosa.

Cenamos sin hablar demasiado y le vuelvo a explicar que me acabo de enterar de lo del viaje, que puede ser una gran oportunidad para nosotros, que solamente son tres días y, finalmente, que es indiferente ir con un tío o con diecisiete porque es un compañero de trabajo y vamos a trabajar. La verdad, espero que lo entienda porque la primera sorprendida con su reacción he sido yo misma.

La “fiesta” que esperaba para esta noche en la cama se esfuma. Mi gozo en un pozo. No me apetece lo más mínimo, y creo que a él tampoco, en cualquier caso, no me vendrá mal una buena noche de sueño antes del viaje para estar fresca. Me juego mucho en este viaje y tengo que dar lo mejor de mí misma y demostrar lo que valgo para intentar que mi puesto de trabajo mejore.

## Mesa para dos

Suena el despertador. Las siete de la mañana. Normalmente, cuando suena el despertador cada mañana me hago un poco la remolona, me cuesta salir de la cama, en cambio hoy me levanto como un resorte, casi de un salto.

Me doy una ducha rápida, con agua muy caliente, y desayuno. El olor del café recién hecho me reconforta, creo que me estoy volviendo una adicta al café. Alberto ya se está levantando también y le veo entrar en el baño.

Decido poner algo de mi parte en el proceso de paz y le preparo un café mientras repaso la lista con las cosas que tengo que llevar para el viaje.

Sí, soy una fanática de hacer listas, hago listas desde que tenía unos diez años, las hago listas para todo. Alberto dice que es un poco compulsivo, pero las listas me dan tranquilidad.

—Buenos días, amor, te he preparado el café—exclamo casi como una ofrenda de paz según entra en la cocina.

—Siento lo de ayer, Lu, no sé qué se me pasó por la cabeza, sabes que tienes todo mi apoyo, de verdad. Estoy seguro de que saldrá todo bien, les vas a dejar con la boca abierta cuando demuestres todo lo que vales.

Pero ¡qué bueno es! Si es que en el fondo Alberto es un cacho de pan y me quiere un montón, aunque a veces sea un poco machista. Debo aprender a ser un poco menos orgullosa.

—Yo también lo siento, me dejé llevar—me disculpo con una sonrisa—no te tenía que haberte gritado así, nunca más, te lo prometo, es que estoy un poco nerviosa.

Y nerviosa es decir muy poco, porque en el fondo estoy cagada de miedo, no he tenido tiempo de prepararme mentalmente. No se pueden hacer las cosas así, a salto de mata. La perfeccionista dentro de mí me dice que esto hay que planificarlo con detalle. No sé todavía ni lo que quieren que haga en Rusia, porque no creo que me lleven solamente de traductora. O eso espero.

En cualquier caso, puede ser la oportunidad que estaba buscando, las oportunidades así hay que cazarlas al vuelo, según

pasan. Quién sabe cuándo me darán otra, ya se encargará la víbora de que no me den muchas más si esta sale mal.

—Lo vas a hacer genial Lu—insiste Alberto para darme ánimos mientras se termina el café.

—Eso espero, amor—le respondo con un hilo de voz—no seas malo esta semana sin mí. Muaa, un besito para hacer las paces, que me tengo que ir, te echaré mucho de menos.

Decido bajar un poco antes no sea que el coche que viene a por mí se adelante. Hace un montón de calor en Madrid a pesar de ser por la mañana. En San Petersburgo también tendremos calor, y más humedad que en Madrid.

Las mujeres tenemos más recursos a la hora de vestir con calor, dentro de la sobriedad de ir vestida para una reunión, podemos ir más fresquitas. Pero, el estirado lo va a pasar mal con la chaqueta y la corbata en San Petersburgo.

El coche que envía la empresa pasa a recogerme cinco minutos tarde y ya estaba de los nervios. Todavía no me he hecho a la idea de este viaje y empezamos con un retraso, debe de ser el Karma por llamar imbécil ayer a Alberto, estoy segura.

El conductor me comenta que había mucho tráfico y que, de camino al aeropuerto, recogeremos al señor Díaz-Rábida. Es un hombre muy majo, habla y habla de todo un poco, del tráfico de Madrid, del calor. Me pregunta que si voy a empezar a viajar más a menudo al tiempo que sube el aire acondicionado diciendo que al señor Díaz-Rábida le gusta el coche “fresquito” cuando se monta en él.

Al parecer le lleva y le recoge del aeropuerto casi todas las semanas. Se disculpa por ir un poco rápido, pero es que el señor Díaz-Rábida valora mucho la puntualidad.

—Se enfadará un poco si llego tarde a recogerle—afirma con cara de preocupación.

Ya me está cayendo mal el señor Díaz-Rábida este. Puto estirado.

De todos modos, tomo nota mental de lo de la puntualidad. Es uno de mis puntos débiles y lo que me faltaba es que se enfade conmigo en mi primer viaje porque se me pegan las sábanas.

El conductor para el coche y se baja en una zona de chalets caros a las afueras de Madrid. Todo tranquilidad y coches de marca con hombres de traje y corbata saliendo de las casas. Nada que ver con la zona bulliciosa donde yo vivo.

—Buenos días, señor Díaz-Rábida, me alegro de volver a verle—escucho decir al conductor.

—Llega tarde Martínez. Espero que no haya demasiado tráfico hasta el aeropuerto, salimos de la T-4 esta vez—es toda la respuesta que obtiene.

Puf, ¡qué estirado es el tío! Su tono de voz es cortante y habla con autoridad, como si estuviese dando órdenes.

Entra en el coche sentándose a mi lado y al mirarle me llevo una sorpresa mayúscula; esperaba verle con su impecable traje y corbata, pero entra de vaqueros y camiseta negra. No sé por qué ya me lo había imaginado mentalmente todo trajeado y verle informal es un pequeño shock para mí.

—¿Pasa algo?—Me dice mirándome fijamente.

Se me debió notar mucho la mirada atónita.

—No, perdone señor Díaz-Rábida. Buenos días, es que estoy acostumbrada a verle de traje y corbata y no esperaba que viajase tan de sport.

Decido decirle la verdad sobre mi cara de sorpresa, aún a riesgo de que no le parezca bien, más que nada porque no se me ocurre otra cosa mejor que decir en esos momentos. Decido también darle los buenos días antes de contestar, porque él ni buenos días ni nada.

—Llámame Carlos y trátame de tu, por favor, si vamos a trabajar juntos es mejor dejar a un lado las formalidades excesivas. ¿Puedo llamarte Lucía?—pregunta esbozando una sonrisa capaz de derretir un iceberg entero.

Será un estirado, pero irradia seguridad por cada uno de los poros de su piel. Mi abuela materna, la rusa, decía que las personas tienen una energía invisible, pero que se deja sentir en los demás y que aquellos con mayor energía son capaces de llegar más lejos en la vida si se lo proponen.

Carlos Díaz-Rábida se había quedado con toda la energía para él solito.

—Por supuesto, Carlos, por mi parte mucho mejor sin formalismos, así es más fácil—respondo con una sonrisa un poco forzada.

—Perfecto entonces, Lucía. En el aeropuerto mientras tomamos un café te pondré al día de algunos detalles de las negociaciones. Luego tenemos dos horas en Ámsterdam, conozco un buen sitio para comer, no nos harán esperar y es tranquilo, algo no demasiado fácil de encontrar en un aeropuerto tan transitado. Durante los vuelos me gusta trabajar concentrado, te ruego que no me interrumpas si no es estrictamente necesario. Por cierto, es un verdadero placer viajar contigo a tu patria.

Al decir esta última frase su cara se transforma en una sonrisa, pero ¡qué sonrisa! La sonrisa más encantadora que he visto en mi vida. Estoy segura de que este tipo se ha pasado literalmente miles de horas delante de un espejo ensayando esa sonrisa.

Seguridad, ternura, confianza, encanto. Todo en uno. ¡Pedazo de sonrisa!

Tiene que haberse notado la cara de boba que he puesto.

El hecho de que tenga unos labios absolutamente perfectos ayuda bastante; su labio inferior, algo más grueso que el superior, es de esos que te apetece morderlos. De paso sigo pensando que, por el camino, debió hacer millonario a su dentista, porque esos dientes no pueden ser naturales de ninguna manera, todos igualitos, tan blancos que podrían iluminar una habitación por la noche sin necesidad de encender las luces.

O quizá es que lo de oír que vuelvo a mi patria me toca la fibra sensible.

O ambas cosas.

—Facturaremos las maletas y una vez pasados los controles de seguridad podremos parar a tomar un café si te apetece—indicando por sentado que se hará tal y como él dice.

Deja claro en todo momento quién está al mando, pero de manera sutil. Habla con autoridad, aunque sin imponer.

Mientras estamos en la cola para facturar las maletas y sacar las tarjetas de embarque aprovecho para fijarme un poco más en él. Cuando estuvimos en el despacho del gran jefe apenas había reparado en sus características físicas, solo veía un estirado con

traje y corbata y estaba demasiado nerviosa como para ver mucho más. Además, Carlos apenas había intervenido en la reunión, pasó totalmente desapercibido, solo observando, siempre observando.

Lourdes me dijo que tiene cuarenta años aunque aparenta algo menos. Hoy viste muy juvenil, con unos vaqueros, unas zapatillas de deporte blancas de marca y una camiseta negra ajustada. El reloj, deportivo pero carísimo.

Viste de sport, pero muy estudiado y la camiseta negra le queda de lujo. Lourdes ya me había comentado que siempre que viaja pide gimnasio en el hotel y lo cierto es que se le nota. No está grande, pero sí muy bien definido.

La camiseta negra marca las líneas de sus pectorales y eso me encanta en un hombre. Hasta las mangas de la camiseta llegan al punto en el que marcan el principio de sus bíceps cuando dobla los brazos, pero sin enseñarlos, solamente insinuando. Seguro que se ha pasado horas eligiendo camiseta, para que las mangas quedasen justo en ese punto.

Yo sigo muy nerviosa con el viaje, pero a este tipo no parece afectarle lo más mínimo, imagino que los viajes de trabajo a otros países se han convertido en parte de su rutina, una parte de su vida. Al fin y al cabo, es algo que hace casi todas las semanas, vaya chollo de trabajo, ojalá tuviese yo uno así.

Por fin nos dan las tarjetas de embarque y facturamos las maletas. Las colas para pasar el control de seguridad del aeropuerto y acceder a la zona de embarque se me hacen eternas y el hecho de que me abran la maleta no ayuda nada. El encargado de seguridad me echa la bronca porque llevo un bote de champú demasiado grande en el equipaje de mano, por esta vez me deja pasar, pero me avisa de que la próxima vez lleve uno más pequeño y en una bolsa transparente.

Carlos solamente observa la situación, como hizo en el despacho del gran jefe. No sé si está sorprendido, cabreado, divertido o no le importa en absoluto. Si no quiere, es capaz de no transmitir ningún sentimiento, algo que me asusta un poco y, tras pasar el control de seguridad, me lleva a un pequeño café con bastante poca gente.

—Tomaremos un café y te explico los detalles del viaje y de la oferta a los rusos. ¿Cómo quieres el café?—pregunta dando por sentado que quiero uno.

No me da opciones, solo órdenes. De manera educada y sutil, pero órdenes al fin y al cabo. Yo soy bastante independiente por naturaleza, mi abuela materna decía que soy un espíritu libre, como ella, y no llevo bien que me den muchas órdenes, así que no sé yo cómo pueden acabar esto. Tendré que controlarme porque me interesa mucho que todo termine bien.

Mientras tomamos el café me comenta algunos detalles de la oferta técnica que haremos a la empresa rusa; es para una ampliación de una importante planta petroquímica y hace mucho énfasis en que puede ser la primera piedra en futuros contratos en ese país, tanto con esta empresa como con otras.

Me deja muy claro que será él quien lleve todo el peso de la negociación, que se realizará en inglés. Mi misión es, poco más o menos, saludarles en ruso, sonreír, tomar notas y encargarme de cualquier tema logístico que pueda surgir durante nuestra estancia, pero no debo meterme en la conversación en ningún momento.

Directamente me dice que no cree que sea necesaria mi presencia y así se lo ha dicho a nuestro director gerente, aunque se alegra de que le acompañe en el viaje ya que demostramos a los rusos nuestro interés por el contrato.

Es decir; que voy de mujer florero, poco más o menos. O de rusa florero, porque parece que me llevan solo porque soy la única rusa de la empresa. Menudo plan, voy a tener que aprovechar cualquier oportunidad para hacerme valer. A ver si puedo demostrarle algo al estirado, aunque tiene pinta de que es de los que no se dejan impresionar fácilmente.

El caso es que te lo dice con tal seguridad y con una sonrisa tan mona, que en ese momento casi te dan ganas de darle las gracias y de paso un abrazo. O un beso.

Joder, que poco menos me acaba de insultar educadamente, que me lleva para decir “hola” en ruso y pedir la comida. Y yo aquí, asintiendo con la cabeza como diciendo “qué bien que me llevas de excursión, Carlos”.

Al terminar con los detalles de las reuniones me pregunta por mi experiencia en la empresa. Le comento que llevo relativamente poco tiempo, que me dedico a seguir las ofertas nacionales y, muy de vez en cuando, alguna fuera de España y que me gustaría trabajar en la oficina técnica.

Me mira y sonrío asintiendo con la cabeza, aunque no hace comentarios. Se pierde a veces en silencios muy largos, normalmente no me molestarían, pero no sé si es por el nerviosismo o por la energía que desprende, cada vez que hace uno de esos silencios me pone de los nervios.

—Y tú, ¿qué tal en tu departamento? Menudo chollo de trabajo tienes, ¿no? Siempre viajando por el mundo, con lo que a mí me gusta viajar y encima con sueldazo y eres el jefe del departamento—exclamo con una sonrisa intentando mantener la conversación y parecer maja.

Grave error.

Pregunta equivocada.

Me mira fijamente y por un momento se le borra la preciosa sonrisa de la boca. Creo que acabo de tocar su punto sensible y no debía haberlo hecho.

En una fracción de segundo se recompone, casi no te das ni cuenta, y vuelve a sonreír y a irradiar seguridad, pero tengo la impresión de que es puro teatro; por algún motivo está dolido por lo que acabo de decir, simplemente tiene mucho autocontrol y no lo deja ver.

—Puedes creerme, Lucía, no es ningún chollo—responde con voz calmada y el rostro serio—. Quizá el primer año, cuando tienes veintitantos como tú y toda la vida parece una aventura, pueda estar bien, pero luego es de los trabajos más duros que te puedas imaginar. ¿Sabes que muchos comerciales internacionales acaban con problemas de alcoholismo?

No sé qué decir, me arrepiento de haber hecho el comentario y solo me quedo mirando.

—Prácticamente vivo en una maleta—continúa Carlos—. Rara vez estoy por semana en casa y, a veces, ni siquiera los fines de semana. Yo estoy casado y tengo un hijo de once años, soy

consciente de que gracias a este trabajo les puedo dar una buena vida, es cierto, pero el precio a pagar es muy grande, enorme.

En estos momentos no sé dónde meterme, solo espero que la tierra se abra y me trague lo más rápido posible, me quedo petrificada mirándole y solo acierto a pedir perdón.

—No pasa nada, Lucía—me asegura recuperando su sonrisa—. Ya casi estoy acostumbrado a esos comentarios, la gente se piensa que este trabajo es una maravilla, cuando en el fondo es muy duro. El jefe y los accionistas de la empresa lo valoran mucho porque traemos mucho negocio, pero sabemos que el resto de la empresa no lo hace.

—No, ¡qué va!, sí que se valora, y mucho—miento para quitar un poco de hierro a la conversación que está un poco tensa.

Carlos me sonrío y me mira a los ojos. ¡Qué sonrisa tan mona tiene! Me gustan los hombres que te miran a los ojos.

—¿Cómo nos llamáis en la empresa, Lucía?—pregunta de repente sin tensar ni un músculo.

La verdad es que en ese momento estoy mirando su sonrisa y no prestando atención a sus palabras, pero antes de que le tenga que pedir que por favor me lo repita, que estaba distraída con su encantadora sonrisa, él mismo contesta a su pregunta.

—¿No nos llamáis “lameculos”?—insiste arqueando las cejas.

Me quedo atónita, sigue sonriendo, pero me ha cortado el rollo. Es una situación un poco incómoda, lo cierto es que sí les llamamos “lameculos” y también lo hacen en otras empresas. Supongo que es porque su trabajo requiere muchas comidas y cenas, y supongo que otras cosas, y hay que hacerles creer a los clientes que son especiales.

—No, ¡Qué va! ¡Para nada! De hecho, os llamamos los VIP—miento de nuevo para escapar como puedo de la situación, aunque no soy muy buena disimulando.

—Buen intento—concede sonriendo de nuevo—. Eres muy rápida. La verdad es que sí tenemos que mantener en todo momento una buena sintonía con nuestros clientes. A veces me gustaría darles con una silla en la cabeza, pero hay que controlarse y seguir sonriendo. En cualquier caso, “hacer la pelota” es solamente una pequeña, pequeñísima, parte del trabajo. Tienes que

marcar una distancia, darles seguridad y mantener un tono cordial en todo momento, algo que no es nada fácil, ya te darás cuenta.

Menos mal que tenemos que embarcar en el avión porque la conversación no me está gustando nada, no pensaba que se fuese a sincerar conmigo de esa manera porque nos acabamos de conocer, pero está claro que ese tema le toca de lleno.

Durante las dos horas y media del vuelo a Ámsterdam se dedica a lo que ya me había anunciado; trabajar en proyectos. Pasa tablas y tablas de Excel con un montón de colores y fórmulas mientras yo dejo pasar el tiempo como puedo; pensando en la conversación que acabamos de tener, leyendo una revista, mirando a la nada, mirándole a él.

Al llegar al aeropuerto de Schiphol, en Ámsterdam, bajamos del avión y Carlos pronto toma un camino diferente del resto de los pasajeros.

—Sígueme, conozco un restaurante pequeñito en una zona tranquila del aeropuerto, seguramente habrá poca gente—indica haciendo un gesto con el dedo.

Parece conocer el aeropuerto como la palma de su mano y menos mal porque es enorme. ¡Pedazo de aeropuerto! Según vamos pasando por las distintas puertas de embarque y sus monitores no puedo evitar fijarme en que tienen vuelos a todos los sitios del mundo, incluso a los lugares más recónditos. ¡Cuánto me gustaría poder visitarlos todos!

Al fin llegamos al restaurante y, tal como Carlos había dicho, hay poca gente, principalmente pilotos y azafatas de varias líneas aéreas. El camarero le saluda en inglés y le pregunta si quiere lo de siempre. Me hace gracia que le llame “Mr. Carlos”.

Curiosamente “lo de siempre” es una hamburguesa de buey sola, sin ningún tipo de condimento; carne y pan a secas. Pensaba que tomaría algo más sofisticado. Él, por su parte, ha debido de adivinar lo que estaba pensando porque me asegura que las hamburguesas de ese restaurante están deliciosas, pero que puedo pedir lo que quiera así que me decido por un sándwich vegetal que, por cierto, está buenísimo.

—¿Vienes mucho por aquí?—pregunto con curiosidad—parece que te conoces el aeropuerto al dedillo y el camarero sabe cómo te

llamas y lo que sueles comer.

Carlos sonríe de nuevo.

—S , Ámsterdam es el aeropuerto donde solemos hacer las conexiones a otros países por la cantidad de vuelos que tiene hacia cualquier parte del mundo. Es un aeropuerto que, a pesar de ser muy grande, es muy cómodo y a mí me gusta mucho, tanto el aeropuerto como la propia ciudad. Incluso si se cancela algún vuelo trato de volver a Ámsterdam y reorganizar el viaje desde aquí— explica sonriendo y sin perder el contacto visual en ningún momento.

—Yo nunca estuve en Ámsterdam—confieso—me encantaría, dicen que es una ciudad preciosa, con sus canales y plazas.  Sabes que San Petersburgo est  también lleno de canales? Te va a gustar la ciudad, la conozco bastante bien, ya verás en las dos tardes libres te puedo enseñar un montón de sitios, algunos que no son los t picos de los turistas. Bueno, no s  si ya has estado en San Petersburgo antes con todo lo que viajas—le digo esperando no haber metido la pata, a ver si va a conocer San Petersburgo mejor que yo...

—No, nunca he estado, no viajo demasiado fuera del trabajo y cuando lo hago es a sitios de sol y playa—reconoce dando un nuevo bocado a su hamburguesa de buey—. De todos modos, no creas que lo normal de estos viajes es tener dos tardes libres como vamos a tener nosotros, normalmente va todo muy comprimido y solamente conoces de la ciudad lo que te quieran enseñar tus anfitriones, y a veces nada. Hay ciudades en las que he estado varias veces y no conozco casi nada de ellas.

Me da un poco de pena esa respuesta, aunque Carlos no parece inmutarse lo más mínimo al decirlo, es como si lo considerase algo normal, algo rutinario.

— Pero, no sientes curiosidad por conocer más esas ciudades? Aunque sea después de cenar o antes de empezar la reunión. No s , siempre habrá algo de tiempo libre, creo que si yo tuviese un trabajo así buscaría tiempo hasta de debajo de las piedras para poder conocer un poco más las ciudades a las que viajo—admito imaginando la cantidad de oportunidades que se le presentan todos los años de conocer otros países y culturas.

Carlos solamente sonrío y me informa de que normalmente hay poco tiempo libre y que prefiere utilizarlo en ir al gimnasio del hotel para quemar la tensión de los viajes y de las negociaciones. Me comenta que para él es importante estar en forma porque son muchas comidas y cenas fuera de casa y un trabajo muy estresante con largas horas tanto de viaje como de reuniones.

—Ya se nota, ya—respondo e inmediatamente me arrepiento de haberlo dicho.

¿Qué coño acabo de decir? Me pongo roja como un tomate, no me lo puedo creer, se va a pensar que le estoy tirando la caña.

—No te preocupes Lucía, es muy halagador que una chica tan joven piense que a mis años estoy en forma—me dice con esa sonrisa irresistible. Me parece un poco coqueto, porque tiene que saber que está muy bueno.

Durante unos segundos solamente le miro; irradia seguridad y energía por los cuatro costados. Sus ojos no son especialmente llamativos, pero te mira siempre de manera directa y llaman la atención.

Esos segundos de silencio me parecieron eternos, pero fascinantes.

—¡Qué curioso!—exclama de repente.

—¿Qué es curioso?—le pregunto confusa.

—Tus pendientes, nunca había visto esa forma. Son muy bonitos.

Al decírmelo, separa mi pelo suavemente con el reverso de su mano para verlos mejor rozando ligeramente mi mejilla y mi cuello. Sin querer cierro los ojos, es un contacto levísimo, pero es como si con ese toque me hubiese transferido parte de su tremenda energía y no estaba preparada para ello. Espero que no se haya dado cuenta.

Le miro a los ojos y siento su mirada clavada en mí, siempre con esa sonrisa encantadora. Empiezo a sentir cosas que no tendría que estar sintiendo, pero ese brevísimo roce con sus dedos en mi piel ha sido tan sensual y cargado de energía que no puedo evitarlo.

Su mirada cambia de repente y se dirige disimuladamente hacia mis pechos. Adivino por qué, esa carga sensual se deja ver a través del sujetador y la camisa. No es mucho, pero sí lo suficiente para

que se note. Creo que Carlos se da cuenta y retira rápidamente su mirada.

No estoy muy segura de lo que siento en este momento, me parece increíble que me haya mirado los pechos, pero al mismo tiempo me ha gustado.

Él se da cuenta de que me siento incómoda y levantándose me dice que mejor nos vamos ya hacia la puerta de embarque. Menos mal, porque si seguimos allí me da algo.

Apenas hablamos durante el tiempo que resta hasta la salida del vuelo y, por supuesto, no le interrumpo en su trabajo durante el trayecto de Ámsterdam a San Petersburgo.

Aprovecho para pensar sobre lo que ha pasado. Está claro que él estaba un poco avergonzado, a fin de cuentas, su mirada no tendría que estar en los pechos de una compañera de trabajo. Yo, al principio también lo estaba. Bueno, sigo estándolo de alguna manera, pero un montón de pensamientos se agolpan a la vez y a toda prisa por mi cabeza.

En el fondo fue bastante excitante, muy excitante. Quizá eso es lo que más me molesta, ha bastado un leve toque de un extraño en mi mejilla y mi cuello para ponerme a cien y el hecho de que se haya dado cuenta de que me había gustado, me ha puesto aún más a cien.

Alberto no consigue eso ni en broma. Joder, es que no hizo nada, pero nada de nada, me rozó con el reverso de su mano y yo estaba derretida.

Quizá, simplemente, lo que me gustó fue que la situación está totalmente prohibida; tengo pareja y Carlos es un compañero de trabajo, está casado con un hijo, nos acabamos de conocer, me saca unos cuantos años. Nada encaja.

Pero, en ese momento, me sentí como una adolescente ante su primera caricia.

Solamente pensar en cómo retiró con delicadeza mi pelo, en su mirada, en el olor de su mano, me hace enloquecer. Me tapo con la manta de la aerolínea y finjo dormir. Carlos está concentrado en sus hojas de cálculo, pero al fin y al cabo está a mi lado, no quiero que se dé cuenta de que mis pezones se vuelven a notar a través de la camisa.

Cierro los ojos, no me puedo quitar de la cabeza ese momento mágico y a la vez vergonzoso. ¿Qué pensará de mí? ¿Le habrá dado alguna importancia? ¿Habrá sentido algo también?

Me gustaría pensar que Carlos pudo sentir algo tan intenso como yo, tenía que haberme fijado cuando se levantó, pero si me pilla haciendo algo así me da algo.

Me sorprende a mí misma imaginándole desnudo, con su cuerpo bien definido en gimnasios de medio mundo. Estrechándome entre sus brazos, sintiendo el calor de su piel, percibiendo ese olor. ¡Qué bien huele! Tengo que parar, está mal, muy mal.

Es solamente una fantasía, pero ¡madre mía! ¡qué fantasía!

Por los altavoces del avión anuncian que pronto tomaremos tierra en el aeropuerto de San Petersburgo. Menos mal, porque mi fantasía iba corriendo demasiado rápido por su cuenta.

Al aterrizar tomamos un taxi y Carlos me informa que me pasa el testigo.

—Es tu turno—indica sonriendo.

Le pido al taxista que nos lleve hasta el Grand Hotel Europa en Nevsky Prospeck. Se queda perplejo de que hable ruso ya que me acaba de ver al entrar en el taxi hablando en español con Carlos y le explico que nací y crecí en Rusia para irme luego a España que es donde vivo ahora. Se anima y no para de hablar, me comenta los cambios en la ciudad en los últimos años y me pregunta por España. Carlos nos mira con cara entretenida, aunque no entiende ni palabra.

—Me encanta oírte hablar en ruso, es muy interesante—me dice según llegamos al hotel.

¡Y qué hotel!

Casi me da algo al verlo. Inmenso, espectacular, solamente la entrada ya es de película.

Por la sonrisa que se le escapa, Carlos debe darse cuenta de la cara de tonta que estoy poniendo.

—Antes de que me preguntes, no suelo quedarme en hoteles de esta categoría, porque con la imagen que tienes de mi trabajo seguro que te piensas que es siempre así—explica sonriendo y guiñando un ojo.

—Supongo que tengo que creerte, Carlos—respondo encogiéndome de hombros mientras sigo admirando la entrada del hotel.

—La empresa quiere dar una muy buena primera impresión de cara a la reunión, y el hotel es parte del juego—expone serio.

—Pues yo estoy impresionada—admito con los ojos como platos, aunque creo que no hace falta que se lo confirme.

No sé en el caso de Carlos, pero yo estoy viviendo en un sueño, jamás había estado en un hotel así. Solamente el hall del hotel es como para desmayarse mientras lo admiras, sus techos enormes, las columnas, el mobiliario, los espejos. Me siento como una niña, creo que después de ver ese hall ya puedo morirme.

Subimos a las habitaciones y son, como no esperaba menos, también increíbles, mezclan un estilo clásico y señorial con todas las comodidades que esperas encontrar en un hotel de esta categoría.

Las vistas desde la ventana son fantásticas, aprovecho para sacar algunas fotos y ponerlas en Instagram para dar algo de envidia a mis amigos cuando suena una llamada.

—¿Tienes hambre Lucía?—pregunta la voz de Carlos a través del teléfono. ¡Madre mía! Su voz por teléfono es tan sensual que te derrite. La verdad es que sí tengo un poco de hambre, tenía que haberme informado de dónde podíamos comer bien y barato en las inmediaciones del hotel. Fallo mío y ahora no sé muy bien qué contestarle.

—Hola Carlos. La verdad es que tengo un poco de hambre, pero también estoy bastante cansada del viaje. ¿Saldría muy caro tomar un sándwich en la cafetería del hotel?—pregunto tímidamente.

Vaya comienzo, pensará que soy una gastiza porque en este hotel un par de sándwiches pueden costar la mitad de mi sueldo.

—Bueno, yo te iba a proponer pedir la cena al servicio de habitaciones y cenar en la terraza de mi habitación—interrumpe Carlos ante mi sorpresa—. Hace una noche espléndida y las vistas son magníficas, así podremos ir a descansar temprano y estar frescos para la reunión de mañana.

¿Servicio de habitaciones? ¿En la terraza de su habitación? ¿Pero su habitación tiene terraza? Porque la mía no.

—Vale, genial—es todo lo que me sale en ese momento.

De nuevo, he debido de parecer un poco boba aunque creo que ya se está acostumbrando y me parece que a estas alturas no debe de tener muy buen concepto de mí.

—Te espero en media hora para que te dé tiempo a darte una ducha, si te apetece y colocar tus cosas en el armario—se despidió con su voz sensual.

Mientras me ducho voy pensando en qué me pongo. Es simplemente una cena con un compañero de trabajo, pero no sé por qué quiero estar guapa. De pronto, escucho la ducha en la habitación de al lado, al otro lado de la pared.

No puedo evitar pensar que Carlos está allí, desnudo, enjabonando su cuerpo. Percibo el olor a lavanda del gel que ha puesto el hotel en el baño, es un olor fabuloso, relajante. ¿Estará Carlos usando el mismo gel? Seguro que no, se habrá traído un gel de marca.

Intento controlarme un poco, no sé qué me pasa. Desde lo del aeropuerto de Ámsterdam estoy como una cría adolescente. ¿En serio estoy teniendo fantasías con un compañero de trabajo, casado y mucho mayor que yo?

¡Por favor! Que tengo pareja estable y él está casado y tiene un niño.

Pero, por otro lado, me siento más viva que nunca. Es una sensación que no sentía desde hace un montón de años, esa ansiedad y emoción de las primeras citas cuando alguien te gusta mucho y te da miedo ser rechazada. Llevaba mucho tiempo sin sentir algo así aunque lo peor de todo es que no tendría que estar sintiéndolo.

Me visto con unos vaqueros azules y una blusa blanca. Esta vez me aseguro de ponerme un sujetador con bastante relleno para no tener contratiempos, no hace nada de frío y no lo puedo poner como excusa.

Llamo a su puerta y me abre casi al instante, lo primero que veo es que su habitación es bastante mejor que la mía, y lo de “bastante” se queda corto. Vaya, vaya, está claro a quién quieren cuidar en la empresa. Recuerdo las palabras de Lourdes el día antes de partir, “de los niños mimados de la empresa, él es el más mimado”.

—Pasa Lucía—indica haciendo un gesto con la mano sin perder esa eterna sonrisa tan cautivadora—me he tomado la libertad de pedir la cena para no perder tiempo, espero que no te moleste.

—Vale, no hay problema—respondo abriendo los ojos como platos—¡Sorpréndeme!

Es lo que le digo, aunque no lo que pienso. Lo que de verdad pienso es que prefería haber elegido yo, porque soy muy, pero que muy, complicada para las comidas.

Cuando me lleva hasta la terraza, pienso que voy a morir de emoción. ¡Qué pasada! Su habitación tiene una terraza preciosa con una mesa y dos sillas. No es grande, pero sí tiene el tamaño justo para una cena romántica.

Decir que las vistas al casco antiguo de la ciudad son fantásticas es quedarse cortísimo, casi un insulto para lo que se puede ver desde esta terraza. Bajo una luna casi llena, en una noche clarísima podemos divisar algunos de los monumentos más famosos de San Petersburgo, todos iluminados. Es como estar viviendo el más fantástico de mis sueños.

No puedo dejar de imaginarme cómo sería un fin de semana romántico en esta habitación, desayunando en esa terraza después de hacer el amor por la mañana y antes de ir de compras por las mejores tiendas de la ciudad. Algo que seguramente nunca podré permitirme y se quedará tan solo en mi imaginación, pero es que soy muy soñadora, y esto me está derritiendo.

Una llamada a la puerta me saca de mis ensoñaciones. Entra el camarero y, en un abrir y cerrar de ojos, coloca un mantel en la mesa, con sus servilletas y los platos dejando un carrito auxiliar con unas fuentes.

—*Balshoye spaseeba*—le dice Carlos al tiempo que le da una buena propina a juzgar por la cara de alegría del camarero.

—No hablarás ruso ¿no?—pregunto con cara de asombro.

Carlos se ríe distendido y me responde que no, que solamente sabe decir muchas gracias, hola, adiós y un par de cosas más. Me comenta que a cualquier país donde va, aunque se comunique en inglés, siempre quiere ser capaz de decir muchas gracias, buenos días y alguna frase muy sencilla en ese idioma, en señal de deferencia y respeto hacia su cultura.

¡Qué mono es! Me derrite.

—Siéntate por favor, Lucía—indica señalando a la mesa—. Tenemos unas bonitas vistas, ¿verdad?

—¿Bonitas? Se podría matar por tenerlas—admito todavía sin poder creer en dónde me encuentro.

Es una tarde preciosa y lo de cenar en su terraza me empieza a parecer una idea excelente.

—Bueno, sorpréndeme, Carlos, ¿qué has pedido? Hamburguesa de buey no, ¿verdad?—bromeo para romper un poco el hielo.

—Como me parece que no te gusta mucho la carne te he pedido *kulebiaka* y de postre *Kasha Guriev*—responde Carlos con naturalidad.

Me quedo con una cara de boba sin solución. Una vez más, mientras Carlos me mira, casi alarmado, y me pregunta si ha hecho algo mal.

—No, todo lo contrario—admito casi con un suspiro—es que no salgo de mi asombro. ¿Cómo sabías que no me gusta la carne? Y lo de la *kulebiaka* me encanta, solía prepararla mi abuela materna y me trae recuerdos de cuando era niña en Rusia. Perdona si me he puesto algo melancólica, has acertado de lleno, muchas gracias.

—Lo de la carne lo he supuesto por nuestra comida en el aeropuerto de Ámsterdam, allí te comenté que preparaban unas excelentes hamburguesas de buey y, en cambio, pediste un sándwich vegetal. Lo de la *kulebiaka* ha sido pura suerte, la verdad. No me puedo atribuir mérito alguno, les comenté a los de servicio de habitaciones que no te gustaba la carne y me sugirieron una *kulebiaka* rellena de vegetales, que por lo que veo es una especie de empanada. Lo de que lo preparaba tu abuela materna, lógicamente, no tenía ni idea—reconoce riendo.

—Pues has acertado de lleno. No sabes la ilusión que me hace comer una *kulebiaka* de nuevo. ¿Qué has pedido para ti? No me lo digas, hamburguesa de buey—bromeo divertida con un guiño de ojo.

—Filete Strogonoff, soy bastante carnívoro, pero ya te estás dando cuenta—contesta al tiempo que coloca su servilleta casi con devoción. Parece una persona muy meticulosa.

Tengo que reconocer que fue todo un detalle fijarse en que no me gusta la carne. Por otro lado, debo hacer nota mental de la habilidad que tiene para fijarse en los pequeños detalles y analizarlos. A veces da un poco de miedo, lo observa y analiza todo.

Carlos está radiante con una camiseta blanca, vaqueros desgastados y sus zapatillas de deporte blancas de marca. La camiseta, al igual que la negra que vestía esta mañana, está elegida con esmero. Le queda como un guante, deja imaginar sus músculos bien definidos, pero al mismo tiempo queda muy fina, sin pegarse más de la cuenta, casi elegante. Tengo que reconocer que tiene muy buen gusto cuando viste de manera deportiva. Y buena percha para que la ropa le quede bien, muy bien.

Los trajes y las corbatas no me gustan en general, es una manía personal. Entiendo que tiene que ponérselos, pero está mucho más guapo así, deportivo.

Lo de los trajes y las corbatas es algo que no entiendo y creo que jamás entenderé. Me parece un poco patético que tengas que ponerte chaqueta y corbata para marcar un estatus, para inspirar más respeto, pero son las reglas de los negocios y no las voy a cambiar. Ni ahora ni nunca.

La cena está exquisita y el entorno no puede ser mejor. Mientras cenamos, me siento muy relajada, hablamos de una cosa y de otra, a veces cosas sin importancia, otras de temas más profundos. Carlos es un gran conversador y, sobre todo escucha, sabe escuchar muy bien.

Eso es algo que me encanta en un hombre, Carlos te escucha de manera genuina, le interesa lo que tienes que decir, quiere saber tu punto de vista sobre las cosas. Luego, podrá estar de acuerdo o no, pero te escucha con interés auténtico.

Creo que él también está pasando un buen rato, le noto muy relajado y mientras degustamos la deliciosa cena no puedo evitar, de vez en cuando, dejar de mirar esa sonrisa encantadora y los pectorales que se adivinan tras su camiseta blanca.

—¿Sabes que tienes unos ojos muy expresivos?—exclama de repente haciendo que se me acelere el corazón.

—¿Eso es bueno o es malo?—pregunto con timidez.

—Depende, cuando un tema te interesa tus ojos brillan, eso es muy bueno porque transmite entusiasmo, casi magia. Sin embargo, también funciona al revés, cuando estás nerviosa o insegura tus ojos te delatan, es un arma de doble filo. Te diría que lo cuidases, pero sería una pena perder la expresividad de esos ojitos—indica logrando que mi corazón se salte varios latidos.

Me quedo mirándole sin saber qué decir, es una persona súper observadora y supongo que eso le ayuda también a ser muy bueno en su trabajo.

Mientras le observo, vuelvo a sentir una sensación extraña, una sensación que no sé muy bien cómo definir.

Carlos se acerca un poco más a mí, tanto que puedo oler su colonia. ¡Qué bien huele esa colonia! Al colocarse un poco más cerca transmite una energía increíble, una energía que casi puedes tocar.

Decido cambiar de tema porque en estos momentos no confío plenamente en mí misma.

—Carlos, tú has viajado a muchos países. ¿Cuál es tu favorito? —pregunto intentando desviar su atención.

—A falta de ver un poco más de Rusia, mi lugar favorito es sin duda alguna la India. No solamente por la belleza natural del país o de algunos de sus templos. Sobre todo, por la filosofía que hay subyacente a su cultura y por su gente—reconoce con la mirada algo melancólica.

Esa respuesta sí que no me lo esperaba, nunca hubiese pensado que iba a decir la India, imaginaba algún país sofisticado, tipo algo de Escandinavia, no sé, posiblemente Noruega que combina la belleza natural de los fiordos con el diseño y la tecnología.

Su mirada, fija en mis ojos, me está poniendo nerviosísima.

—¿Te importa si echo un vistazo a través de la barandilla de la terraza?—pregunto en un intento de escapar de la situación que es algo incómoda para mí.

No es que no me fíe de él, es que en estos momentos no me fío de mí. Mi cabeza no puede procesar todo lo que estoy sintiendo, y lo peor es que no tendría que estar sintiendo nada de nada.

—Sí, claro, Lucía, adelante—responde acompañándome hacia el extremo de la terraza desde donde podemos disfrutar de las mejores vistas.

La noche es preciosa, tenemos una temperatura perfecta y la luna llena ilumina algunos de los mejores monumentos del centro de San Petersburgo. A eso le añades una cena fabulosa en un hotel de lujo junto a la mejor sonrisa que he conocido en mi vida y es una noche casi perfecta.

Aunque está a mi espalda, siento que me mira con intensidad, transmite tanta energía que puedo sentirla.

—Estás preciosa a la luz de la luna—susurra cerca de mi oído.

Se me acaba de parar la respiración, me siento como una adolescente. No puedo ni pensar, no tendría que haberme dicho eso. Quiero que pare y al mismo tiempo quiero que siga, me encanta oírsele decir, tiemblo.

—¿Seguro?—es lo único que se me ocurre contestar mientras me pierdo en su mirada.

—Totalmente seguro—responde con su boca pegada a mi oído.

No puede ser, se me eriza el pelo de la nuca, siento escalofríos, me tiemblan las piernas, las manos, está consiguiendo que me derrita.

Mi cabeza lucha contra mi corazón mientras un torrente de emociones traspasa todo mi cuerpo. Me siento completamente viva, no sé si por lo peligroso de la situación o porque empiezo a sentir algo intenso por Carlos, muy intenso.

Me sigue mirando de arriba abajo a centímetros de mi cuerpo. Debo parar esta locura antes de que acabe mal, somos compañeros de trabajo, y encima Carlos está casado y yo como si lo estuviese.

Eso es lo que debería hacer, aunque en vez de eso me giro y pongo las palmas de mis manos sobre su pecho. Madre mía, ¡qué pecho! Cómo se le nota el gimnasio, bajo mi mano derecha siento su corazón latiendo con fuerza.

Le miro a los ojos y coloca sus manos en mi cintura.

—Tienes cinturita de avispa—dice sin dejar de mirarme.

Su boca es tremendamente sensual, esa sonrisa, ese labio inferior que apetece morder. Joder, mi corazón va a estallar.

Con suavidad me acerca hacia su cuerpo y mi respiración se acelera. Su mano derecha abandona mi cintura para acariciar mi mejilla y mi cuello con una suavidad exquisita, una caricia llena de delicadeza.

No puedo más, me estoy derritiendo, es un momento casi mágico. Cierro los ojos y, sin pensarlo, me acerco más a él con la boca entreabierta. Siento cómo sus labios rozan los míos con suavidad, tanteando. Me da un beso delicado, lento, sutil, dejándome sentir sus labios.

Tras el beso nos miramos fijamente, mi respiración está entrecortada, confusa ante el torrente de emociones que recorre mi cuerpo.

—¿Puedo besarte otra vez?—susurra a mi oído.

Solamente puedo asentir con la cabeza. Acaricio su pecho con las palmas de mis manos, cierro los ojos y acerca su boca a la mía para darme un beso tan increíble que se me escapa un gemido.

Suspiro mientras le beso, mi excitación sube por momentos, muerdo su labio inferior, más suspiros mientras me pongo de puntillas para sentir su erección.

—¡Alto! Por favor, Carlos, para. Esto está mal, muy mal, debemos parar. Me voy a mi habitación, lo siento—me disculpo avergonzada sin atreverme a mirarle a la cara.

Mi cabeza toma el control de la situación en el último momento, al tiempo que mi corazón maldice con todas sus fuerzas esa decisión.

Carlos me mira con cara de preocupación, ya no irradia energía.

—Lo siento Lucía, no sé lo que me ha pasado. No suelo comportarme así, de verdad—admite sin la seguridad que le acompaña en todo momento.

—No pasa nada, para mí también es la primera vez que hago algo así, te lo juro—confieso mientras me voy a mi habitación casi corriendo—buenas noches, nos vemos mañana.

Salgo por la puerta como si me estuviesen persiguiendo los mismísimos demonios al tiempo que observo que Carlos me mira preocupado desde la terraza.

Mis manos tiemblan hasta el punto en el que me cuesta hasta abrir la puerta de mi habitación. Cuando por fin consigo abrirla,

todavía temblando, me dejo caer sobre la cama y me agarro a la almohada desconcertada.

¡Madre mía! ¿Qué ha pasado?

Si por lo menos hubiésemos tomado vino le podría echar la culpa. Pero no, fueron las hormonas sin ayuda de ningún tipo de bebida alcohólica, ellas solitas.

Estoy hecha un lío tremendo, no sé qué pensar. Me siento culpable, Alberto está en casa esperándome, quizá tuviese razón en preocuparse.

Nunca, ni siquiera cuando era una adolescente, había hecho algo similar, la fidelidad es muy importante para mí.

Se me escapan las lágrimas, no puedo evitar llorar, pero al mismo tiempo hacía muchos años que no sentía sensaciones tan intensas. Ese beso con Carlos, en su terraza, a la luz de la luna, fue un momento increíble, mágico. Me sentí viva, me sentí totalmente excitada y segura a la vez.

Joder, le acabo de conocer, prácticamente no sé nada de él. Eso sin contar con la situación amorosa de ambos. ¿Qué les diría a mis amigos? ¿Qué pensarían en la empresa? No quiero hacer daño a Alberto.

¡Alberto!

Suena el teléfono y es él. ¿Justo tiene que llamar en este momento?

Bueno, mucho peor hubiese sido diez minutos antes cuando se me escapaban los gemidos mientras daba el mejor beso de mi vida. O peor aun cuando me ponía de puntillas para sentir la excitación de Carlos más cerca.

—Hola amor. ¿Qué tal estás?—respondo sintiéndome absolutamente culpable por lo que ha pasado hace un rato.

—Muy bien todo, Lu—contesta desconociendo lo que ha ocurrido.

—¿Qué tal San Petersburgo? ¿Y el hotel? ¿Es tan bonito como pensabas?

Muerdo mi labio inferior llena de rabia, debo decírselo, pero no quiero hacerle daño, no por teléfono. Es mejor hablarlo en persona, no así, en la distancia. Creo que lo comprenderá, casi no hemos

hecho nada. O sí. ¿Dónde está el límite para que se considere infidelidad?

—Todo fenomenal, amor—respondo sintiendo la opresión de la mentira en mi pecho mientras me invade un sentimiento de culpa terrible—. El hotel es una pasada, pero de la ciudad aún no he visto nada.

—Te noto un poco rara Lu. ¿Va todo bien?—insiste Alberto extrañado

Después de seis años juntos me conoce bastante bien y en estos momentos solo quiero que se abra la tierra y me trague cuanto más profundo mejor.

—Sí, todo bien, solamente estoy un poco cansada del viaje, he tomado un sándwich en la cafetería del hotel y me voy a ir a la cama a descansar. Mañana es un día muy importante para mí, ya lo sabes —miento de manera automática sin ni siquiera darme cuenta. Podría no haberle dicho nada, y sin embargo...

—Muy bien cariño, a por ellos mañana. Demuestra lo que vales, estoy muy orgulloso de ti, Lu. Un beso y descansa—añade el pobre Alberto sin sospechar nada.

Nada más colgar el teléfono se me vuelven a escapar las lágrimas. Intento convencerme de que no fue nada, de que ha sido solamente fue un beso sin importancia. Pero no lo fue.

¿Nada? Lo que he sentido en esa terraza fue muy profundo, no un capricho, no fue simplemente dejarme besar a ver qué pasa. Era real, muy real. Lo deseaba, deseaba eso y mucho más. Mucho, mucho más.

Me invade un enorme sentimiento de culpa, lloro pensando en Alberto, más lágrimas. No puedo dejar de sollozar y me agarro con fuerza a la almohada hasta que me quedo dormida.

# Promesas y mentiras

Suena el despertador. Son las siete de la mañana y tengo que empezar a ponerme en marcha. Me levanto envuelta en sudor, he dormido fatal, muy alterada toda la noche, despertándome constantemente a pesar del cansancio del viaje. Un continuo duermevela pensando en lo que ha pasado en esa maldita terraza. Fue precioso, pero no tendría que haber ocurrido y yo no sirvo para mentir, me está creando mucha ansiedad sin que haya nada que pueda hacer para evitarlo.

Respiro hondo y sacudo la cabeza intentando sacar la idea de mi mente sin conseguirlo, en una hora tengo que ver a Carlos y no quiero. Bueno, sí quiero, no lo sé. Estoy igual que una cría, ni yo misma entiendo lo que me pasa.

Entro en el baño a darme una ducha, pedazo de baño; amplio, lleno de mármol, perfectamente decorado, un espejo enorme. Ojalá tuviese uno así en mi casa. ¡Cómo me lo iba a pasar con Alberto!

Me desnudo y me miro en el espejo, no soy gran cosa aunque tampoco estoy mal. Normalita, una chica del montón. ¿He sido solamente un capricho para Carlos? ¿Necesita probar de vez en cuando que su encanto sigue teniendo tirón con las mujeres? ¿Es solamente la crisis de los cuarenta?

Soy tonta, no puedo hacerme ilusiones, es imposible que Carlos vaya en serio conmigo, estoy segura de que puede conseguir chicas mucho mejores que yo cuando quiera. Es guapo, elegante, con mucho dinero y esa sonrisa, esa maravillosa sonrisa.

Pero...por otro lado, se juega mucho para ser un simple capricho. Somos compañeros de trabajo, una cosa es ligarse a cualquiera que encuentre por la calle mientras estamos aquí, a alguien a quien no volverá a ver y, otra muy distinta, a una compañera de trabajo.

Decido darme un baño relajante y no una ducha para ver si despejo y olvido este sentimiento de culpa que me atormenta. Tengo tiempo de sobra y un baño de agua caliente me vendrá bien. La bañera es enorme, cabrían en ella bien dos personas. Puff, lo que me faltaba, mejor no pensar en esas cosas.

Mientras me enjabono me convengo a mí misma de que Carlos desaparecerá de mi vida en cuanto volvamos a Madrid, él volverá a sus viajes y yo a seguir las ofertas en mi departamento. Todo habrá quedado en un recuerdo, un bello recuerdo, pero un recuerdo al fin y al cabo.

Entonces... ¿es necesario que se lo diga a Alberto? Tengo tiempo para pensarlo, quizá no ha sido tan importante, aunque quizá precisamente por eso debe saberlo. No lo sé, sigo hecha un lío, creo que sí debo decírselo, en estas cosas no me parece que se pueda poner un límite en plan si es un beso no pasa nada, pero si nos acostamos sí. Porque, ¿dónde pones ese límite? ¿Hasta dónde está bien y dónde empieza a estar mal? No quiero mentiras y secretos en nuestra relación.

De nuevo escucho la ducha que se enciende en la habitación de al lado, es Carlos. Al igual que ayer no puedo evitar pensar que está desnudo al otro lado de la pared y, sin poder ni querer evitarlo, trato de imaginar su cuerpo.

Cierro los ojos y pienso en él, me imagino acariciando esa espalda de gimnasio, rozando sus brazos, dejándome abrazar hasta que la ducha de al lado se detiene y me devuelve a la realidad.

¿Pero qué narices me pasa?

¿En serio me excitaba pensando en un tío que acabo de conocer? ¿En alguien que encima ha complicado mi vida de manera infinita en un momento? ¿Alguien que con poco más de un beso puede acabar con mi relación de seis años con Alberto?

Y me estaba encantando...

Me visto a toda velocidad, he quedado para desayunar con Carlos en la cafetería del hotel y no quiero llegar tarde. Elijo un traje bastante recatado y vuelvo a poner mi sujetador con más relleno, no quiero sorpresas.

Al llegar a la cafetería, Carlos ya está en la mesa leyendo con atención el New York Times mientras toma un zumo de naranja y un café solo. Como el resto del hotel, la cafetería es sencillamente maravillosa.

Le saludo con un seco "buenos días" y me siento.

—Buenos días, Lucía. ¿Has dormido bien?—pregunta educado como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

¿Qué si he dormido bien? Hay que joderse, no sé, quizá hay otras cosas sobre las que teníamos que hablar, más que de si he dormido bien porque se supone que no puedo dormir bien después de engañar a mi pareja con un compañero de trabajo.

Me callo, porque no quiero líos en la empresa, su posición en ella es muy superior a la mía, aunque supongo que por eso mismo él tiene mucho que perder, seguramente más que yo. No sé en qué va a acabar todo esto, en nada bueno, supongo. ¿Puede un beso y poco más poner patas arriba toda mi vida y la suya?

En vista de que no menciona nada de lo ocurrido en la noche anterior, decido dar el primer paso.

—Escucha, Carlos, lo de ayer...

—Sí, yo también quería hablar de ello Lucía—interrumpe sin dar opciones a poder seguir hablando.

—Sabes que estoy casado y que tengo un hijo, no puede saberlo nadie en ninguna circunstancia. Tienes que prometerme que quedará entre nosotros dos. ¿Puedo confiar en ti?—pregunta mirándome a los ojos.

No sé, quizá eso lo tendrías que haber pensado antes, guapo, ahora los dos tenemos un problema, que tú no eres el único con pareja.

Eso es lo que me gustaría haberle dicho, en vez de...

—Sí, claro, Carlos, no te preocupes que lo entiendo perfectamente, puedes estar tranquilo que no voy a decir nada a nadie, es una situación muy complicada para los dos—confieso poniendo carita de buena—yo también me juego perder a mi pareja si se entera y, en cualquier caso, perdería toda su confianza en mí.

¿Pero estoy tonta o qué me pasa?

Vale que quizá tenga razón, quizá lo mejor es dejarlo ahí y que nadie lo sepa, seguramente lo juicioso es meterme mis valores donde pueda y tratar de olvidarlo, convencerme a mí misma de que no fue nada, solo un beso sin importancia. Un maravilloso beso sin importancia.

Y, ¿lo de ponerme de puntillas para sentirle mejor? Pues nada, otra cosilla sin importancia, pero es verdad que si lo decimos a nuestras parejas la cosa puede acabar fatal.

En parte le tengo que dar la razón, pero de ahí a contestarle como una corderita enamorada...

Por favor, que soy una mujer adulta y con mucho genio, presumo de independiente, tengo derecho a decidir si quiero contar a mi pareja lo que ocurrió o no. Es mi pareja y es mi vida, lo que haga él con la suya es su problema.

Prefiero ni mirarle, pido un zumo de naranja y me dedico a observar los detalles de esa majestuosa cafetería. No me apetece ni hablar, por mi cabeza vuelven a pasar los millones de implicaciones de ese maldito beso, se agolpan los sentimientos encontrados volviéndome loca en el proceso.

—Lucía—exclama en voz baja—quiero que sepas que lo de ayer no fue ningún juego, realmente siento algo por ti. No sé qué es, quizá no me creas, entiendo que sea así, pero es la primera vez que me ocurre. Ha sido un beso muy especial, sentí sensaciones que no había percibido en mucho tiempo, soy consciente de que no está bien, pero te juro que fueron sentimientos auténticos.

Le miro y me observa sonriendo con su mirada clavada en mis ojos. Esa puñetera sonrisa me derrite y creo que él lo sabe, o quizá la utiliza con todas, seguramente la utiliza con todas.

Por algún motivo pienso que lo que me está diciendo es verdad, en lo más profundo de mi corazón quiero creer que Carlos también sintió algo auténtico, que para él tampoco fue un juego. Me gustaría pensar que ha sido algo especial, algo que simplemente no puede continuar, pero que existe, que es real. Me empeño en creer que significo algo para él, quizá prohibido, pero algo a fin de cuentas.

—Carlos, yo también he sentido algo especial ayer en tu terraza, no sé muy bien lo que me pasó, pero me sentí como una adolescente entre tus brazos—confieso mientras siento que empiezo a derretirme—pero no puede repetirse, de ninguna manera puede volver a repetirse. Llevo seis años con mi novio y le quiero mucho. Además, tú estás casado, tienes un niño pequeño, somos compañeros de trabajo, está todo en nuestra contra.

—Ya lo sé, Lucía—admite en tono sincero—y por eso te pido disculpas y te agradezco muchísimo que lo mantengas en secreto.

—Vale, no te preocupes, Carlos—le aseguro tratando de esbozar una pequeña sonrisa en mi boca.

—¿Prometido?—pregunta con un guiño de ojo.

—Sí, prometido.

—Bajo ninguna circunstancia, Lucía, recuérdalo—insiste clavándome la mirada.

—Sí, no te preocupes—respondo totalmente segura de que acabo de poner ojitos de adolescente tonta.

—Ese Alberto es una persona muy afortunada, Lucía, mucho, espero que sea consciente de ello—añade sin venir a cuento.

Sonrío sin ganas, sin entender por qué tiene que mencionar a Alberto en estos momentos y, mientras terminamos el desayuno, intento no mantener contacto visual aunque es muy difícil.

Mira que a mí no me gustan los trajes y las corbatas, pero le quedan de lujo. Viste un traje que parece haber sido hecho a medida, le queda perfecto, transmite seguridad por todos y cada uno de sus poros.

En varias ocasiones me mira e intento disimular, aunque supongo que se habrá dado cuenta y, por momentos, me siento como una niña con su primer amor, un amor prohibido.

\*\*\*

A las ocho y media llegan nuestros anfitriones rusos y tenemos que esperar a la entrada del hotel.

Un chófer de la empresa rusa nos recoge en un gran coche negro y nos lleva a unas modernas oficinas a las afueras de San Petersburgo. Al igual que el taxista del día anterior, se sorprende de que yo sea capaz de hablar ruso a la perfección. Lo agradece porque admite que su inglés es algo rudimentario y que le cuesta mantener las conversaciones.

Al llegar nos recibe una secretaria rubia de largas piernas que podría trabajar de modelo tranquilamente si algún día se queda sin trabajo en la petroquímica. Es una mujer impresionante.

Pasa de mí y se centra directamente en Carlos, le indica que nuestros interlocutores se reunirán con nosotros enseguida para mantener la reunión. Le sonrío y mueve constantemente su larga melena rubia.

Luce un escote mucho mayor de lo que sería aconsejable en una empresa española, y mucho menos aconsejable para una mujer tan

guapa. A través del escote deja insinuar dos pechos de un tamaño más que considerable.

Su falda también es ajustada, demasiado ajustada, marcando un culo perfecto. Las facciones de su cara son suaves, con pómulos altos y labios finos, se le ha ido un poco la mano con el perfume, aunque es el único “pero” que se me viene a la cabeza y mira que estoy tratando de encontrarlos.

Observo una y otra vez a Carlos sintiendo celos, pero ni siquiera se ha inmutado con la rubia, al menos, no lo demuestra y me quedo mucho más tranquila aun sabiendo que no tiene sentido que me ponga celosa.

La guapa rubia nos conduce a una amplia sala de reuniones, bien iluminada y moderna, pregunta que si queremos que nos traiga algo de beber o de comer y se va.

Al irse me quedo mucho más relajada, tiene narices haber sentido celos de la rubia esa. ¿Celos de qué? Con Carlos no tengo nada y no va a volver a pasar nada, por mí como si se va esta noche con la rubia, aunque creo que me moriría si lo hace.

En mi empresa no me puedo imaginar qué pasaría si una mujer insinúa tanto; no tenemos una norma de vestir escrita, pero todas lo hacemos de manera mucho más conservadora.

A juzgar por su sonrisa y su comentario, Carlos parece estar adivinando lo que estoy pensando.

—Es solo para distraer, además, no es mi tipo para nada. Me gustan los pechos pequeños, morenas y delgadas—indica sonriendo y en voz baja sin que nadie le haya pedido explicación alguna.

¡Mira que majo! Si parece que me está describiendo, lo que me faltaba para que me ponga mucho más nerviosa.

Por fin llegan nuestros interlocutores, Boris Vasiliev y Viktor Kuznetsov. Ambos ostentan el cargo de vicepresidente dentro de la petroquímica rusa, el primero de compras y el segundo técnico.

Antes de la reunión, Carlos me indicó que tengo que hablarles en ruso lo suficiente para dejarles claro que domino el idioma con la misma facilidad que ellos. Más tarde, pasaríamos al inglés, idioma en el que quiere mantener el resto de la reunión.

Según Carlos, mantener una negociación en un idioma que no es el tuyo limita de alguna manera tu pensamiento ya que tienes que estar más concentrado. Dejando claro que yo hablo ruso pretende evitar que nuestros anfitriones hagan pequeñas pausas en ruso para discutir detalles de la negociación sin que él se entere de lo que hablan. Aparentemente lo tiene todo muy pensado, hasta los más mínimos detalles.

Tras la introducción en ruso, Carlos les pone una presentación de nuestra empresa en un vídeo corto, muy profesional, que nos ha debido costar un riñón para pasar a continuación a unas interminables hojas de cálculo con datos y más datos mientras yo solamente observo y tomo notas, como Carlos me ha dicho que haga.

De los dos interlocutores rusos, Viktor Kuznetsov, de unos cincuenta años, me parece bastante moderado. Hace preguntas inteligentes y se le ve con ganas de llegar a un acuerdo.

El otro, Boris Vasiliev es mucho más complicado. Aparenta treinta y tantos y a veces estalla en episodios algo violentos levantando el tono de voz o amenazando con levantarse y terminar la reunión.

Miro constantemente a Carlos de reojo y no pierdo la compostura en ningún momento. Siempre con esa sonrisa, irradia seguridad y energía; tiene respuestas para todas las pegadas que le ponen los rusos. Ni siquiera en los momentos más tensos parece inmutarse lo más mínimo.

Estamos en esa maldita sala unas seis horas, bien pasada la hora de comer, todo el tiempo en un tira y afloja verdaderamente insoportable. Me siento agotada, aunque Carlos da la impresión de poder con eso y con otras seis horas más, de algún modo es capaz de mantener su postura, pero al mismo tiempo no contrariar a los rusos, sobre todo a Boris.

En un momento determinado, en medio de las negociaciones, Boris corta la reunión y se despiden de nosotros. Así, de repente, sin previo aviso.

Al dar por finalizada la reunión, otra rubia mucho más del motón, no tan llamativa como la primera, nos lleva hasta el gran coche negro que nos había traído esta mañana.

Son las tres y media de la tarde y estoy totalmente perdida en cuanto al resultado de nuestra reunión. No entiendo nada, da la impresión de que no hemos llegado a ninguna parte y encima no hemos hecho pausa para comer, ni nada. Ha sido un auténtico maratón y, por momentos, muy tenso. No continuaremos hasta mañana.

El chófer del coche negro me pregunta en ruso dónde queremos que nos lleve y le respondo que supongo que al hotel, pero que consultaré por si acaso.

A mi pregunta, Carlos me sorprende afirmando que le gustaría dar un paseo por el Campo de Marte antes de que oscurezca y picar algo por la zona.

Le miro sorprendida, gratamente sorprendida. ¡Ha hecho los deberes! Y eso que a él que no parecen importarles mucho las ciudades a las que viaja.

Yo tenía unas ganas tremendas de pasear por el Campo de Marte, es un parque precioso y muy céntrico. En el pasado se utilizó para ejercicios militares, de ahí su nombre, pero hoy tiene unos bonitos jardines que la gente utiliza para pasear y relajarse.

Al bajar del coche le miro sonriendo y le comento que me ha dejado muy sorprendida su elección del paseo por el Campo de Marte.

—¿Por?—pregunta riendo—. Nos queda cerca del hotel y es un lugar bastante tranquilo por lo que me han dicho. Picaremos algo y después damos un paseo. Si nos apetece seguir con el paseo creo que hay bastantes cosas alrededor, tú sabrás mejor que yo, que eres la experta. En caso contrario, estamos cerca del hotel para ir caminando hasta allí.

Buena elección, lo reconozco.

—¿Qué lectura sacas de la reunión, Lucía?—indaga de pronto.

Vaya, temía la pregunta. De hecho, la iba a preguntar yo antes para evitarlo. Me parece que no fue demasiado bien, pero no me atrevo a decírselo abiertamente.

—Bueno, a ver, es mi primera reunión de este tipo, pero no me ha parecido que Boris estuviese muy de acuerdo con usarnos como proveedores. Viktor, en cambio, me ha parecido mucho más reflexivo, aunque creo que tampoco nos quiere dentro del proyecto.

Si quieres que te diga la verdad, no estoy convencida de que haya salido demasiado bien—confieso cuidando un poco mis palabras y guardándome mi opinión sobre el tal Boris que me pareció un maleducado y un imbécil.

—¿En qué te basas para sacar esa conclusión?—insiste Carlos arqueando las cejas.

—Bueno, me parece que Boris nos ha dicho como un millón de veces que no éramos los socios adecuados. Ni siquiera que no le “parecíamos” los socios adecuados. Viktor cerró la reunión con la misma frase.—contesto ya directamente, sin medias tintas.

Carlos me sigue mirando mientras sonrío. Intento no centrarme en esa sonrisa que me derrite, la verdad es que me gusta que me pida opinión, incluso me apetecería tener una pequeña discusión con él de temas empresariales. Estoy dispuesta a demostrarle que valgo bastante más de lo que piensan en mi empresa.

—Veo que eres observadora, Lucía—admite sin perder la sonrisa —en cambio, has prestado mucha atención a las palabras que han utilizado y no me has dicho nada de los gestos.

Le miro con cara de no entender nada puesto que para mí, las palabras que han utilizado fueron muy claras.

—Lucía, el lenguaje verbal es más fácil de controlar, porque es voluntario, puedo estar pensando una cosa y diciendo todo lo contrario. En cambio, el lenguaje corporal nunca miente, te da muchos más datos, aunque hay diferencias culturales muy importantes. Debes de tener en cuenta siempre el lenguaje corporal —admite acariciando mi brazo derecho y logrando que se me acelere el corazón.

—Vale, y según tú, ¿qué nos dice de diferente el lenguaje corporal?—pregunto intrigada sin saber a dónde quiere llegar.

—La reunión no ha sido una alfombra de rosas, eso está muy claro, aunque no me parece que haya terminado tan mal como crees. Boris es el hijo del principal accionista, es orgulloso y seguro de sí mismo, como has visto. Mantiene siempre la cabeza alta y la barbilla hacia delante, demostrando agresividad y poder, al igual que su tono de su voz.—explica Carlos con voz calmada—. En cambio, hay pequeños detalles que quizá indiquen que no tiene una posición de tanta fuerza como parece y, sobre todo, que no nos dice toda la

verdad. Cuando tocamos el tema económico y nos indicó que tenía una mejor oferta de una empresa ucraniana nos miró fijamente sin pestañear. Seguramente quería demostrar seguridad y aumentó su tono de voz. En cambio, muchas veces eso refleja justo lo contrario, que te están mintiendo. En esos momentos se tocaba la nariz constantemente, lo que quizá pueda estar reforzando mi teoría de que no es cierto lo que nos dice.

—¿Y Viktor?—pregunto con asombro.

—Viktor es más difícil de leer, se controla mucho más ya que tiene más experiencia y fama de ser un gran técnico. Es la persona de confianza del padre de Boris y, aunque parezca que no está tan activo en las negociaciones, su opinión va a ser muy importante y sin duda se tendrá en cuenta.

—¿Y qué sacas de Viktor?—insisto intrigada.

—Todas las personas tienen algún gesto que les delata, no importa su experiencia o lo que intenten controlar esos gestos. Esto es muy importante en las negociaciones. Con Viktor tienes que fijarte en sus manos, cuando se siente seguro une las puntas de los dedos, en cambio, cuando Boris nos estaba contando lo de la empresa ucraniana con mejores precios, Viktor entrelazaba sus dedos con cierta tensión. Eso nos indica algo de ansiedad—continúa Carlos mientras yo le escucho con la boca abierta.

—¿Entonces crees que Viktor quiere seguir adelante?—pregunto esperanzada.

—Pienso que Viktor es nuestro aliado en esta negociación—responde Carlos sin titubear—quiere sacar el proyecto adelante con nosotros. Le ofrecemos confianza, ha estado muy relajado toda la reunión escuchando los pormenores técnicos, procesando toda esa información en su cabeza. Solo se ha puesto en tensión al llegar al tema económico, aunque no por nuestra parte, sino cuando Boris empezó a hablar. Pienso que estaba preocupado de que Boris acabase rompiendo la negociación.

—¡Madre mía! ¿Y mientras estás dando la presentación estás atento a esos detalles? Estoy alucinada—admito con los ojos como platos.

—Ya te he dicho que soy muy observador, Lucía—responde sonriendo—además, son detalles importantes para este tipo de

trabajo, detalles que pueden marcar la diferencia entre cerrar una venta o no cerrarla, y para nosotros cada venta es mucho dinero.

Me quedo unos instantes callada intentando procesar todo lo que ha dicho, me parece fascinante todo lo que Carlos me está contando, jamás habría pensado que fuese tan complejo.

—¿Te fijas también en mi lenguaje corporal?—pregunto sonriendo, aunque inmediatamente pienso que lo mejor sería evitar toda conversación de tipo personal en vista de lo que ha pasado ayer en su terraza, pero ya es tarde.

Su sonrisa se hace más amplia. ¡Joder, qué sonrisa! Me mira fijamente a los ojos antes de proseguir hablando.

—¿Es una pregunta trampa, Lucía?

—No, de verdad, es solo curiosidad—respondo divertida por su expresión.

—¿Quieres que te diga la verdad y toda la verdad?—pregunta acariciando de nuevo mi brazo y haciendo mi corazón palpar con fuerza.

—Por supuesto—indico sonriente—estaré mirando si te tocas la nariz para detectar si mientes.

—Como te acabo de decir, todas las personas tienen algún gesto que les delata, no importan cuánto quieran ocultarlo. En tu caso, y no te ofendas, son varios. Ya te he comentado que lo más obvio, claramente, son tus ojos. Tienes unos ojos súper expresivos, cuando estás interesada en algo, como ahora, tu mirada se ilumina, brilla. En una situación romántica como la de ayer y, perdona que hable de ello, tus ojos lo dicen todo. Cuando tus ojos brillan son preciosos, en los momentos más románticos de la cena ponías una mirada rozando la timidez que te hacía irresistible y tu pupila se dilataba.

Mientras habla me quedo embobada con su sonrisa y cuando menciona la cena de ayer se me forma un nudo en el estómago, no me la puedo quitar de la cabeza por más que lo intente.

—En esos momentos tienes también la tendencia a morder tu labio inferior o a humedecerte los labios y a jugar con tu pelo—continúa con voz calmada.

En estos momentos no sé si enfadarme o seguir escuchando y Carlos lo nota, ¡cómo no!

—¿Quieres que pare Lucía?—pregunta con educación.

—No, sigue, reconozco que es muy interesante. Está bien saber este tipo de cosas, aunque me siento algo incómoda—reconozco sintiéndome algo acalorada.

—Entonces entramos en un poco más de detalle—aclara con un seductor guiño de ojo—cuando estás ligeramente excitada, cierras los ojos y abres un poco los labios, también respiras profundamente. Lo noté por primera vez mientras comíamos en Ámsterdam y te separé el pelo con la mano para ver tus pendientes, en ese momento ladeaste la cabeza para ofrecerme tu cuello, cerraste los ojos y respiraste profundo. Fue solamente un acto reflejo, algo que hiciste sin querer, pero, en el fondo te delató, querías que acariciase tu cuello.

Suspiro hondo temiendo que me vaya a dar algo en cualquier momento mientras le escucho en una mezcla entre vergüenza y excitación.

—A través de tu blusa se notaba alguna otra cosa así que la situación estaba bastante clara—bromea levantando las cejas.

Al escuchar esto último, giro la cabeza hacia abajo apartando la mirada. ¡Joder! ¡Qué mierda! Soy un libro abierto y lo de la blusa se notaba, ya me lo imaginaba. Ahora mismo no tengo claros mis sentimientos. Rabia, vergüenza, odio, ¿amor?

—Lucía, quiero que sepas que en ningún momento he utilizado nada de tu lenguaje corporal para aprovecharme de ti, todo lo contrario, te juro que los sentimientos de ayer tras la cena eran auténticos, no estés disgustada, por favor—se disculpa Carlos al ver mi reacción poniendo una cara que es difícil no creerle.

—Lo sé, Carlos, perdona, es que no pensé que fuese tan fácil leerme—confieso turbada—y creía que no te habías dado cuenta de la reacción de mis pezones.

Carlos me mira con expresión divertida antes de seguir hablando.

—Pues menos mal que estabas preocupada con ese detalle y no te has fijado un poco más, si lo hubiese hecho habrías visto que tuve que utilizar la bolsa del portátil para taparme—añade en tono divertido.

Al escuchar sus palabras no puedo evitar romper a reír, tiene una habilidad especial para sacarme de situaciones tensas.

—¡Qué tonto eres! Le digo riendo mientras toco su brazo y noto su bíceps bien definido con lo que a mí me gusta. Sin querer observo sus ojos mientras él solamente sonrío y me devuelve la mirada para darme confianza.

Tras la interesante conversación sobre el lenguaje no verbal, los dos estamos mucho más distendidos y picamos algo de manera informal antes de proseguir con nuestro paseo. Desde el Campo de Marte pasamos a los Jardines de verano, su aspecto es muy diferente, con muchas más fuentes, esculturas, caminos. Una auténtica maravilla.

La verdad es que la elección de Carlos de dar un paseo por los parques del centro de la ciudad es todo un acierto. Nuestra conversación pasa desde lo más trivial a temas muy serios y de nuevo a asuntos triviales. Me río con él, hablamos de mil cosas y aprendo constantemente. Es una fuente inagotable de experiencia, no solamente ha viajado muchísimo, sino que lee constantemente. No conocía esa faceta de Carlos, pero me encanta y cada vez me siento más relajada a su lado.

—¿Qué es lo que más te gustaría hacer en San Petersburgo? —pregunta haciendo una parada en nuestro paseo.

—¿Puedo elegir cualquier cosa?—indago curiosa.

—“Casi” cualquier cosa—responde riendo.

—No, quiero decir...a ver, no es nada indecente, no te hagas ilusiones, Carlos que no pensaba en eso—bromeo sacudiendo la cabeza—. San Petersburgo es famosa por sus canales, la llaman la Venecia del Norte. Una visita a San Petersburgo no estaría completa sin una cena navegando por sus canales, recorren toda la ciudad y hay más de 300 puentes preciosos. Desde el barco, mientras se cena, se pueden ver algunos de los principales monumentos iluminados por la noche.

Carlos me mira con gran interés y creo que en el fondo le apetece o al menos estoy picando su curiosidad.

—Pero bueno, me has preguntado. Eso sería lo que más me gustaría hacer, aunque soy consciente de que no sería un gasto fácil

de justificar en la empresa—añado encogiéndome de hombros ante la sonrisa de Carlos que me mira interesado.

—No creo que fuese un gasto fácil de justificar, salvo que quieras incluir a Boris y a Viktor en la cena por los canales—replica arqueando las cejas.

Río con una abierta carcajada y vuelvo a acariciar su brazo de manera instintiva. Sin querer mis manos van buscando su contacto a la menor ocasión, sin ni siquiera darme cuenta.

—No era mi intención invitarles, la verdad—aclaro llevándome una mano a la frente—creo que nos estropearían un poco la experiencia.

Carlos también ríe abiertamente y eso que normalmente solo sonrío, se controla bastante, aunque esta tarde está mucho más relajado y varias veces se ha soltado y reído con ganas.

—Lucía, si te sientes cómoda con la situación me gustaría invitarte a esa cena por los canales—interviene haciendo que mi corazón se acelere al escucharle—. Yo también pienso que debe de ser una experiencia única y me gustaría mucho vivirla. Aunque depende de ti, entiendo que después de lo ocurrido ayer en mi terraza puede ser un tema algo delicado.

La expresión de Carlos se torna más seria, me mira fijamente a los ojos y desprende esa energía tan característica en él. Nunca había sentido tanta energía, es como si llegase hasta ti, como si te pudiese tocar.

—Sería simplemente una cena entre dos amigos, pero solo si estás cómoda, entiendo que quizá no quieras—añade acariciando mi brazo izquierdo.

—No pasa nada, Carlos, de verdad, lo de ayer está olvidado—miento poniéndome un poco colorada, cosa que estoy segura de que ha notado—fue bonito, pero los dos sabemos que ha sido un error. A mí me apetece muchísimo esa cena, aunque solamente si pagamos a medias. Creo que ni mi pareja ni tu mujer deberían sentirse mal porque hagamos una cena típica. Además, no va a pasar nada, estaríamos en un sitio público.

Decididamente estoy mintiendo como una bellaca y me da igual si me lo nota con su fijación por el lenguaje corporal. Me muero por una cena navegando por el río Neva, pero ni loca se lo puedo contar

a Alberto. Sé que esta vez no va a pasar nada, pero es un entorno demasiado romántico como para que se quede tranquilo, seguro que pensaría un montón de historias que nunca habrían pasado.

Estoy segura de que Carlos tampoco se lo contará a su mujer, aunque eso ya es problema suyo. No creo que esta noche cuando hablen por teléfono se pongan en plan “¿Qué has hecho hoy, cariño?...Nada, estuve de cena romántica por el río Neva con una chica de veintinueve años, pero tranquila, que era solo trabajo”.

No sé, me jugaría el cuello a no se lo va a decir. Y, en realidad, menuda tontería porque tiene que ser una cena preciosa y sería una pena desaprovechar algo así. Una cena entre amigos que hay que esconder por si acaso alguien se lo toma de otra manera.

Si Carlos fuese una mujer los dos podríamos decir tranquilamente a nuestras parejas que vamos a cenar juntas, pero entre hombre y mujer no. Se da por hecho de que en un determinado momento puede surgir algo más que amistad, es increíble lo que nos condiciona la sociedad.

Una vez decidida la cena por los canales, pasamos rápidamente por el hotel para un cambio de ropa y nos dirigimos hacia allí. Me siento como una niña con lo de la cena de hoy, siempre había querido una cena en pareja navegando por San Petersburgo mientras tocan música a nuestro lado. Bueno, Carlos no es mi pareja, pero todo lo demás no le va a faltar.

Insisto en pagar a medias, aunque me cuesta un riñón. Yo no estoy acostumbrada a desembolsar esas cantidades de dinero por una cena y mi sueldo no es gran cosa, no da para este tipo de alegrías.

La cena es una auténtica maravilla, no por la calidad de la comida, que también, sino por el ambiente en sí.

Lamarlo una “cena romántica” es quedarse muy corto. Carlos eligió uno de los barcos caros pensando que pagaría él y tiene en su interior un pequeño comedor de lo más acogedor con varias mesas, todas ellas con parejas. La iluminación es tenue, pero deja ver bien y una pequeña banda toca música en vivo mientras cenamos.

El barco recorre durante dos horas el río Neva y varios de los canales centrales de la ciudad dejando ver bajo la luna llena algunos de los mejores monumentos que esta bella ciudad puede ofrecer. La

Fortaleza de Pedro y Pablo, la Catedral de Smolny, la Catedral de San Isaac, el Museo Kunstkamera.

Si un día me piden matrimonio, quiero que sea en este barco.

Me siento como una niña mientras le voy comentando a Carlos lo que vamos viendo, cada poco interrumpo la conversación para enseñarle algún monumento o algún dato interesante de la ciudad. Es un sueño hecho realidad.

Uno de los camareros entra y ofrece por las mesas rosas rojas, supongo que es una manera de sacar un dinero extra para ellos y con la cabeza le hago a Carlos un gesto de que ni se le ocurra comprar una, aunque no me hace caso.

—Solamente te la compro como amigos, Lucía—aclara con esa sonrisa que me derrite.

Ay, con lo que a mí me gustan las rosas. No es justo.

—Me encanta cuando brillan tus ojitos—añade sin perder la sonrisa.

Y vaya si deben estar brillando, recordaré esta cena toda mi vida. Hablamos de todo y de nada, Carlos es un gran conversador. En mi caso, el delicioso vino me suelta mucho la lengua, quizá demasiado; empiezo hablando de mi situación en la empresa y acabo hablando de mi vida sexual.

En esos momentos Carlos solamente escucha con atención y sonrío.

¡Pedazo de sonrisa!

—Tendrías que probar la meditación orgásmica—me suelta como si tal cosa mientras yo me quejo de las prisas con las que Alberto suele hacer el amor.

—¿La qué...? Ah, es verdad, se me olvidaba que te gusta lo de la India. ¿Es alguna técnica del Tantra?—le pregunto muerta de risa.

No sé si es el vino o el ambiente, o seguramente las dos cosas a la vez, pero hoy me siento muy desinhibida con Carlos, siento que puedo hablar con él sobre cualquier cosa y no sé si mañana me voy a arrepentir de iniciar esta conversación.

Durante la cena hemos estado coqueteando un poco, siempre controlando, y me alegra que estemos llevando la conversación por ahí, mientras se quede en conversación, claro está.

—No...¡Qué va!. De hecho, es una técnica americana, aunque se basa en el Tantra, pero nació en Estados Unidos, el país de las prisas—explica riendo por mi comentario.

—Bueno y, ¿no me vas a decir de qué va? ¿O tienes miedo de escandalizarme?—bromeo colocando mi mano sobre la suya y acariciándola con mi dedo pulgar.

Carlos también está distendido y disfrutando de la cena y eso se le nota, ya no es el idiota estirado del primer día, ni trata de controlarse en todo momento.

—No, ya imagino que no te vas a escandalizar por esas cosas, ya eres mayorcita. Además, ni siquiera es una técnica sexual, como bien dice su nombre es una técnica de meditación basada en algo sexual, aunque el objetivo no es sexual en sí—aclara con un seductor guiño de ojo.

—Cuenta, cuenta, que me estás intrigando un montón. ¿Cómo puede llamarse “orgásmica” y no ser sexual—pregunto riendo, aunque muerta de la curiosidad.

—También se llama “meditación”—apunta cogiendo mi mano entre las suyas—y te he dicho que el objetivo no es sexual en sí mismo, no que no sea sexual en absoluto.

—¿Pero me lo vas a contar de una vez o no?—insisto impaciente.

—Está bien, la meditación orgásmica, de manera muy resumida, se trataría de que tu pareja acaricie el cuadrante inferior izquierdo de tu clítoris lo más suave que pueda y tú te concentras en esos sentimientos. Pero es un toque suave e íntimo, no intenta excitarte. Es una caricia lo más suave posible, solo lo suficiente como para que sea percibida. Eso se hace durante quince minutos y luego se acaba, no persigue ningún fin en concreto, no es algo que se haga para luego hacer el amor, es algo para meditar sobre los sentimientos que produce. Durante esos momentos te concentras en el momento de intimidad, en tus sensaciones, no buscas nada más.

—JO-DER—es lo único que acierto a decir en ese momento.

Carlos me regala una de sus sonrisas, esta vez con un poco más de picardía y me derrite, cada vez que sonrío soy como plastilina entre sus manos.

—Lucía, te repito que no es nada sexual, su fin no es producir placer sino concentrarse en las sensaciones y mejorar la intimidad de la pareja que es una de las claves del Tantra—interrumpe como si pudiese leerme la mente, como supiese lo que está pasando por mi mente en esos instantes.

No sé si matarle por haberme interrumpido o quitarle la ropa y lanzarme sobre él.

—Me gusta la idea de que sea algo que no lleva a un fin concreto sino simplemente a escuchar las sensaciones de tu cuerpo—admito intentando recomponerme.

Lo he pasado muy mal ayer por la noche después de lo de la terraza y no quiero una repetición. Bueno, en el fondo sí la quiero, deseo lo de ayer y mucho más, pero sé que está mal y vale más saber frenar a tiempo, ya tengo una edad para saber controlarme y no quiero pasarlo aún peor.

Lo del beso lo tengo ya asumido como algo casi sin importancia y lo de intentar buscar un contacto más íntimo es un detalle que mi mente prefiere obviar. Es increíble lo que la mente puede hacer cuando le interesa.

El crucero nocturno llega a su fin, dos horas que se me han pasado como un suspiro. Ojalá hubiese durado dos semanas, se me han hecho tan cortas...

Como nuestro hotel está cerca, decidimos volver dando un paseo y mientras paseamos y charlamos relajados me acerco a él para caminar de su brazo sin apenas darme cuenta.

—Lucía, aunque estemos fuera de España, nunca sabes con quién te puedes encontrar, y menos en una ciudad grande y turística como San Petersburgo. Hay que mantener una distancia—exclama separándose de mí con brusquedad.

Quedo algo desconcertada, pero en el fondo tiene razón, es solo que me apetecía tanto caminar de su brazo que ni me había percatado de lo que hacía. Me siento tan bien a su lado, caminando juntos a la luz de la luna que desearía que el hotel estuviese mucho más lejos.

—Perdona, Carlos, es que me sentía muy bien caminando junto a ti después de una cena tan increíble. No era nada, lo siento—me disculpo con torpeza.

—Para mí también ha sido una noche mágica, Lucía, en todos los sentidos, junto a ti me siento muy vivo, lleno de energía. Me gustaría que la noche no se acabase nunca—concede mirándome a los ojos y sonriendo.

Me siento morir al escuchar esa frase, mis piernas tiemblan al tiempo que maldigo al hotel por aparecer ante nuestros ojos cortando ese momento tan intenso.

—¿Damos la vuelta?—pregunto totalmente en serio, aunque creo que él lo ha tomado como una broma porque simplemente me sonrío y seguimos adelante.

Cuando nos acercamos al hotel, mis emociones luchan en todas las direcciones, mi cabeza y mi corazón mantienen una batalla encarnizada al tiempo que mis hormonas circulan disparadas por todo mi cuerpo.

Al llegar a la puerta de mi habitación miro fijamente a Carlos.

—Carlos espera, te lo tengo que preguntar, ¿sientes algo por mí?—pregunto con ojos de cachorrito.

—Creo que se nota mucho que sí, Lucía—concede con gesto serio—pero los dos tenemos pareja y...

Sus palabras se quedan mudas al ver que le agarro por la americana y le meto en mi habitación cerrando la puerta.

—Lucía, ¿qué haces? Es muy arriesgado.

—Shsss—le digo mientras pongo mi dedo índice en su boca y acaricio con él sus preciosos labios—Carlos, ¿podrás mantenerlo en secreto? No puede enterarse nadie, ni de casualidad, por favor.

Le suplico con los ojos que diga que sí. Deseo tanto tener su cuerpo, sentirme entre sus brazos, que me acaricie. Quiero desnudarme junto a él, besarle. En estos momentos soy una antorcha de hormonas. Por favor, di que sí. La espera se me hace eterna.

—Sí.

Bendita palabra, nunca había imaginado que me fuese a sentir tan feliz por escuchar dos letras. Nunca pensé que una palabra tan corta pudiese ser tan intensa, quería escuchar esas dos letras juntas con todo mi corazón.

Nada más escuchar su contestación, le quito a toda prisa la americana y le tiro sobre mi cama al tiempo que levanto su camiseta

e intento desprenderme de ella.

—Con calma, Lucía. Tenemos mucho tiempo, acuérdate de la meditación orgásmica—bromea Carlos asombrado ante mi ataque de fogosidad.

—Ni meditación orgásmica ni leches, Carlos, quiero desnudarte, besar tu cuerpo, te necesito ya—respondo sorprendiéndome a mí misma.

Retirando su camiseta, dejo a la vista su torso desnudo. ¡Qué maravilla! ¡Joder, cómo se nota el gimnasio!

Acaricio los pectorales con pasión al tiempo que beso sus labios y Carlos me devuelve el beso. Siento sus labios jugando con los míos, su lengua, le muerdo su labio inferior mientras sigo acariciando su pecho.

Pone las manos en mi cintura y noto cómo las va subiendo, ahora es él quien intenta quitarme la blusa, desabrocha cada uno de los botones mientras yo siento en mis manos la calidez de sus fuertes hombros.

Me encanta su torso, está muy bien definido sin estar excesivamente musculado, deslizo mi mano hasta acariciar sus abdominales que contrae, no sé si de placer o para que se marquen más.

—Eres un coqueto—le digo sonriendo—. No hace falta que marques los abdominales, a mí ya me has seducido.

Sonríe.

Esa sonrisa divina que me vuelve totalmente loca. ¿Se puede perder la cabeza por una sonrisa?

Su torso está totalmente depilado, es suave. Para mí es una sensación nueva porque Alberto tiene bastante pelo, alguna vez le he sugerido que se depile, pero ni caso.

Carlos me quita con delicadeza la blusa mientras yo me levanto y quito los pantalones a toda prisa. Él hace lo mismo con sus vaqueros hasta que ambos nos quedamos en ropa interior sobre la cama.

Me coloco sobre él y sus manos acarician mi espalda desabrochando mi sujetador.

Lo quita con suavidad, la tela rozando mis senos.

—Me encantan tus pechos—susurra con su eterna sonrisa mientras mueve su cintura lenta y rítmicamente.

—No te creo, se lo dirás a todas —bromeo medio en broma medio en serio—son demasiado pequeños.

Carlos parece divertido.

—Son perfectos—insiste entre susurros.

Cierro los ojos y me concentro en sus caricias, lo hace despacio, con delicadeza, casi como admirándome, sin prisas. Es una sensación increíble.

Me tumba sobre la cama y se acuesta de lado junto a mí. Se me han ido las prisas. Me besa, acaricia mi cuello para a continuación besarlo con suavidad.

Siento el contacto de su piel sobre mi piel. ¡Qué bien huele! Y ¡Qué bien besa!

Me dejo llevar, solamente acariciando sus fuertes hombros y sus brazos. Me vuelve loca su ausencia de prisa, es como si quisiese admirar mi cuerpo y eso me encanta, me hace sentir especial, me hace sentir bella.

Recorre todo mi cuerpo con sus manos besando cada milímetro de mi piel hasta lograr que enloquezca de placer hasta que cuando ya no puedo más y creo que él tampoco me coloco sobre él.

—¿Tienes un preservativo?—Le pregunto, aunque imagino que la respuesta no me va a gustar.

Mierda, ¡Cómo odio esos momentos! Creo que ninguno de los dos esperaba esto.

En una fracción de segundo, mucho antes de que Carlos pueda responder, mi cerebro procesa todo tipo de informaciones contradictorias.

¿Ahora qué hago?

¿Lo hago igual y espero que no pase nada?

Es una situación muy peligrosa.

Pero no puedo parar.

¿Qué hago?

—No tengo Lucía, supongo que tú tampoco ¿no? No lo esperaba —su respuesta cae como un jarro de agua fría.

—Estoy tomando la píldora—añado sin pensar.

—Lucía, hay más cosas además de los embarazos—indica mirándome con rostro serio.

—Calla, por favor, ya mañana los compramos—insisto.

Sé que más tarde me voy a arrepentir, pero es que me voy a arrepentir de toda la situación de igual modo. Esto será solamente la guinda, lo que conseguirá que me arrepienta aún más.

Yo sé que no he estado con nadie salvo con Alberto en los últimos 6 años, aunque no puedo saber con quién ha podido estar Carlos. Dice que es la primera vez que hace algo así, aunque puede que no sea cierto.

Por no saber, tampoco puedo asegurar por completo que Alberto no estuviese con nadie. Supongo que no, espero que no. Pero ¿y si le pasó algo similar a esto y acabó en la cama con una pelandrusca?

Con una pelandrusca. ¿Eso es lo que soy yo?

¡Qué mierda! No soy más imbécil porque no se puede.

Siento que Carlos me mira con cara de preocupación, sigue dentro de mí, pero ya no me muevo, me quedo quieta. Él también.

Una lágrima rueda por mi mejilla derecha.

# Toma de decisiones

Me tumbo en la cama en posición fetal. Siento rabia, miedo, vergüenza, los pensamientos se agolpan en mi mente tan rápido que no puedo procesarlos. ¿Qué estoy haciendo?

—Lo siento, Carlos, lo estoy estropeando todo. Soy una idiota—me disculpo sin atreverme a mirarle a la cara.

—No lo eres peque—responde acariciando mi espalda—es un lío en el que nos hemos metido los dos. No pasa nada, tienes que estar tranquila.

Me abraza con ternura, al tiempo que acaricia mi pelo y besa con delicadeza mi mejilla. Me gusta esa faceta tierna de Carlos, nunca antes me habían llamado “peque” pero me gusta también. Eso es justo lo que soy en estos momentos, una niña asustada que necesita protección y seguridad.

—Podemos ir todo lo despacio que tú quieras, Lucía. Eres muy especial para mí, te quiero de verdad y no quiero perderte—me asegura con un nuevo beso.

—Pero ¿no ves que es imposible, Carlos? Está mal, ya estaría mal si fuese solamente sexo y fuésemos conscientes de que ahí se acaba la cosa. Pero no es así, al menos por mi parte hay sentimientos auténticos. Me estoy empezando a enamorar de verdad, pero al mismo tiempo quiero a Alberto, no quiero hacerle daño. Es buena persona y estamos bien juntos, siento que le estoy traicionando. No lo siento, sé que le estoy traicionando—replico escondiendo la cara con la almohada.

—Lucía, ¿crees que se puede querer a más de una persona?

—No lo sé, en estos momentos ya no sé nada, pensaba que no, que eso era algo imposible, en cambio estoy loca por ti. No quiero que esto acabe y al mismo tiempo quiero a Alberto y sé que le voy a hacer mucho daño. Un daño terrible, irreparable—reconozco con un nudo en la garganta.

—Yo tengo una familia, un niño pequeño. También estoy bien en mi matrimonio y por nada del mundo les haría daño. Jamás pensé que esto podría llegar a pasar, tan solo sé que está pasando y es algo auténtico. No es un capricho, son sentimientos muy profundos,

sentimientos que hace mucho tiempo que no experimentaba—confiesa con suaves besos sobre mi espalda.

—¿Pero no ves que está mal, Carlos? Si quieres de verdad a una persona no puedes querer a otra, eso es imposible—me quejo confusa.

—¿Estás segura? Porque me parece que aquí tenemos la prueba de que eso no es así, incluso antropológicamente los humanos nos desarrollamos en relaciones poliamorosas, la monogamia es relativamente nueva dentro de la historia de la humanidad; la mayor parte de los mamíferos no son monógamos.

—Esto es la vida real, Carlos, no una lección de antropología—replico con lágrimas en los ojos.

—Peque, lo importante es que te quiero de verdad, y creo que tú también a mí. No es un rollo de una noche por un calentón o para aprovechar un viaje, es algo mucho más profundo—admite acariciando mi pelo—. Si no quieres no tenemos sexo, me conformo con estar así abrazados, a mí me vale. Lo otro, si surge bien, pero si complica nuestra relación prefiero pasar sin ello. ¿Te he dicho ya que te quiero mucho?—Me dice mientras sigue besándome en la mejilla y en el cuello.

Tengo que reconocer que lo de los besitos está surtiendo efecto, a base de besos y caricias, con su faceta más tierna, está consiguiendo que me relaje un poco, algo que dada la situación tiene su mérito.

—En el poliamor están todos de acuerdo, ¿no Carlos? Lo nuestro es un secreto, algo prohibido. No es lo mismo, para nada es lo mismo. Hay terceras personas, está la empresa. ¿Qué pensarían de ti y de mí si se llega a saber? No quiero ni imaginar lo que dirían de mí en el trabajo, me van a poner de puta para arriba. Y tú tienes un puesto importante y una reputación, no es ni siquiera parecido a una relación de poliamor, Carlos. Ni por asomo—reconozco negando con la cabeza.

—Vale, tienes razón, esto es diferente. Pero piénsalo, es imposible que se entere nadie, solamente estamos tú y yo. Mientras no digamos nada y seamos cuidadosos no haremos daño a nadie, no tiene por qué pasar nada. No te estoy diciendo que estemos

haciendo lo correcto, claramente no lo estamos haciendo, pero es algo especial, yo te quiero de verdad—admite susurrando.

—Abrázame Carlos.

Se lo digo sin pensar, pero es lo que necesito en este momento; un abrazo, sentirme segura, querida, protegida.

—Te quiero peque. —susurra al tiempo que me toma entre sus brazos y pegando su cara a la mía besa mi sien—. Eres muy especial para mí, Lucía, de verdad.

Me abraza fuerte y en ese momento me siento más relajada. Me siento bien entre sus brazos, me siento querida; mis pensamientos se relajan, se detienen, me concentro en que estoy a gusto cuando me abraza. Y en lo bien que huele.

—¿Puedes quedarte conmigo esta noche? No quiero estar sola—solicito besando su mano.

Sigo hablando sin pensar, pero esas palabras salen de mi corazón y no de mi cabeza. Es lo que de verdad siento en este momento.

—Con una condición—responde con rapidez.

—Tú dirás.

—Nada de sexo—añade con esa sonrisa totalmente irresistible.

—Trato hecho.

Me giro y le beso, un beso tierno, un beso lleno de cariño para apoyar a continuación la cabeza en su pecho y acariciar sus pectorales.

—Hueles muy bien, pero creo que ya te lo había dicho—susurro dibujando imaginarios círculos alrededor de sus pezones.

—Creo que sí—contesta divertido mientras acaricia mi pelo.

—No pasará nada por lo de hace un rato ¿no? Por entrar dentro de mí sin preservativo y eso. Estoy un poco cagada de miedo, la verdad—reconozco con un hilo de voz.

—Por mi parte no, Lucía, puedes estar tranquila, en cualquier caso hemos sido un poco irresponsables—reconoce con el rostro serio.

—Ya, un poco solo—respondo con ironía—¿Sabes que me encanta que estés totalmente depilado? Nunca había visto al natural a un tío depilado por ahí abajo, es muy excitante. Y lo tienes muy bonito, que lo sepas, pero que no se te suba a la cabeza. Te quiero,

pero mañana nos jugamos mucho en la reunión y tenemos que descansar. Quiero que mañana estés en plena forma.

—Buenas noches entonces, peque—musita Carlos apagando la luz de la habitación.

Cierro los ojos y siento cómo abraza mi cuerpo, me dejo relajar en su abrazo y, poco a poco, me voy quedando dormida.

## Dulce despertar

Al día siguiente me despierto con unos besos en el cuello y en la mejilla y mi corazón se salta varios latidos cuando abro los ojos con pereza y veo a Carlos desnudo a mi lado.

—Buenos días, amor, así da gusto despertarse—admito sonriendo con cara de niña boba.

—Buenos días, Ivanova—responde con un seductor guiño de ojo.

—¿Ivanova?—Le pregunto entre risas.

—Bueno, no lo sé, me gusta cómo suena.

—A mí me gusta cómo lo dices tú—reconozco mordiendo mi labio inferior.

—He pedido el desayuno a la habitación para ahorrar tiempo. Estará aquí en diez minutos—comunica Carlos que parece estar pendiente de todos los detalles.

Por momentos me apetece remolonear un poco más en la cama, pero si van a traer el desayuno en diez minutos quizá sea mejor ir preparándose.

—Entonces, ¿mejor nos vestimos no? No se vaya a escandalizar el camarero, aunque por otro lado estás muy guapo así—bromeo mirándole de arriba abajo y poniendo cara de mala.

—Si quieres en cuanto se marche el camarero me quito la ropa de nuevo, eso no es problema. ¿Te molesta que haya utilizado tu baño para ducharme y afeitarme?

—¿Ya te has duchado? ¿Pero a qué hora te levantaste?—pregunto sorprendida.

—Hace un buen rato, suelo dormir poco—reconoce Carlos—. He preparado algunos números para la reunión y aproveché para darme una ducha, dormías plácidamente y no quería despertarte.

—No, tranquilo, puedes usar el baño todo lo que necesites, aunque me hubiese gustado ducharnos juntos—confieso arqueando las cejas—pero bueno, creo que no aguantaría, no soy de piedra.

—Lo mismo digo, Lucía, pero tenemos un trato—me recuerda Carlos negando con la cabeza—vale con que nos pongamos un albornoz de los que hay en el baño si no quieres vestirme.

Carlos entra en el baño y saca dos bolsas con unos albornoces blancos perfectamente doblados y, al ponérmelo, no puedo evitar pensar en lo mucho que me gustaría poder permitirme una vida así, llena de lujos. Me abrazo con el albornoz y sin querer dejo escapar un suspiro.

A Carlos el albornoz blanco le queda de maravilla, pero es que, joder, le queda bien todo, cualquier cosa que se ponga. Menuda percha que tiene el tío.

—Estás súper sexy con ese albornoz puesto, y sin nada debajo... —Le digo poniendo ojitos pícaros—. Ni te imaginas lo que me gustaría hacerte en estos momentos.

Puff, vaya cómo me he levantado hoy, ni yo misma me conozco, pero es que despertarse así, con su cuerpo desnudo a mi lado, con besos y caricias, es mucho más de lo que puedo soportar. Podría acostumbrarme a que pasase todos los días. Carlos me llena de energía, me da seguridad, me tranquiliza y encima... ¡me pone a cien! ¿Qué más se puede pedir?

—Así que ya te has duchado, afeitado. Y por lo que veo ya te has echado tu colonia también. ¡Eres un coqueto!—bromeo tirándole un beso.

Antes de que pueda contestar, llaman a la puerta y cuando Carlos la abre, entra un camarero perfectamente uniformado con un carrito con el desayuno. Carlos le indica que lo deje en una pequeña mesa que tengo en mi habitación.

Es realmente el único sitio donde puede colocarlo, porque como yo no tengo terraza, eso que nos perdemos, con lo bien que hubiese estado un desayuno en su terraza.

No sé cuánto piensa Carlos que soy capaz de comer, pero creo que se ha pasado un poco pidiendo el desayuno; Zumo de naranja, café, bollería, unas tostadas. ¡Hasta un par de tortillas francesas! Me parece un poco excesivo, va a sobrar más de la mitad.

Junto al desayuno, el camarero coloca una rosa roja, una caja de bombones y un pequeño osito de peluche sujetando un corazón también rojo entre las manos y, al dejarlo sobre la mesa, me mira de reojo y se le escapa una pequeña sonrisa al tiempo que no puedo evitar ponerme roja como un tomate.

—Carlos, ¿y esto?—pregunto entre avergonzada y halagada.

—Es un pequeño detalle para alegrarte el día, ¿te gusta?

—Mucho, pero el día me lo alegras tú tratándome tan bien y con esa sonrisa, no necesito nada más—admito mientras me voy derritiendo.

Lo cierto es que Carlos es encantador, muy detallista. Se fija en todo y te hace sentir querida en todo momento, junto a él me siento una persona especial. Se me pasa brevemente por la cabeza la pregunta de si será así también en su casa, a diario, o se está esmerando por conquistarme, aunque mi corazón me dice que me olvide de eso y que me deje conquistar.

Tomo la rosa entre mis manos y la huelo pasando mis dedos por sus suaves pétalos, es una rosa tan fresca, con lo que a mí me gustan las rosas.

El desayuno está delicioso y al final acabo comiendo más de lo que pensaba, pero aun así sobra mucha comida como era de esperar.

—Elige bombón—le digo abriendo la caja de bombones.

Carlos elige un bombón con una pinta deliciosa de chocolate con leche y praliné y nada más elegirlo, le alejo la caja y tomo el bombón entre mis dedos llevándolo a su boca al tiempo que él sonríe y cierra los ojos saboreándolo.

Nos damos la mano, y acaricio con la yema de mis dedos la palma de su mano. Son unas manos muy suaves para ser un hombre, bien cuidadas. Mi mente me dice que me fije en el anillo de casado, aunque mi corazón parece ignorar ese “pequeño” detalle.

Le miro a los ojos y le beso. Siento sus labios rozando los míos, y segundos más tarde la punta de su lengua jugando con mi lengua. ¡Qué bien besa! Puedo saborear el chocolate del bombón mientras acaricio su cuello y la parte superior de su pecho.

Mientras nos besamos, Carlos juega con mi cabello y me besa suavemente al tiempo que abro un poco su albornoz para besar sus pectorales.

Este hombre consigue ponerme a cien sin hacer nada, no sé si es la manera en que me despertó, el ambiente de la habitación del hotel, el desayuno, los regalos que me hizo, o todo junto. Mi respiración se acelera y Carlos lo nota.

—Recuerda que tenemos un trato Lucía. Tú decides—advierte separándose ligeramente.

—Ya, nuestro trato—me quejo con una mueca de desesperación.

Luego quizá sea difícil parar, quizá no, seguro y no quiero que acabe como ayer, aunque me sorprende a mí misma aceptando más y más la idea de que puedo tener sexo con Carlos, siempre que sigamos ciertas reglas.

—Lo del sexo...bueno...por mí, si surge, vale, pero hoy compramos preservativos. De hecho, creo que si ahora mismo tuviese uno no sé cómo acabaría la cosa—confieso alzando las cejas.

—Ten cuidado con lo que deseas porque a veces los deseos se hacen realidad—dice sonriendo al tiempo que saca una pequeña caja de preservativos.

—Carlos, ¿y eso?—pregunto confusa sin poder creer que haya conseguido una caja.

—En la recepción pueden conseguir todo lo que necesites, de hecho tenían unas cuantas cajas a mano, y hay que ser previsor—anuncia riendo abiertamente.

—No me lo creo, ¡eres un salido!—bromeo negando con la cabeza.

Mi mente ya no pinta nada en esta ecuación, solamente habla mi corazón. Y mis hormonas.

—¿Tenemos tiempo?—pregunto mirando el reloj.

Carlos menea la cabeza como diciendo “tiempo para algo muy rápido sí, pero para algo de calidad, más bien no.”

—¿Alguna vez has hecho algo rápido o siempre es en plan tántrico?—me quejo indicándole que si queremos algo debemos darnos prisa.

—Bueno, puedo hacer una excepción de vez en cuando, sobre todo si es contigo—asegura acercándose más a mí y tomándome entre sus brazos.

Me besa el cuello y el lóbulo de la oreja arrancando varios suspiros de mi boca mientras acaricia con suavidad mis piernas.

—Esta noche te voy a dar un masaje, acuérdate de que compremos aceite—susurra a mi oído.

—¿Lo dices en serio?—pregunto mordiendo mi labio inferior de deseo.

—Totalmente en serio.

—¿Erótico?

—Erótico y relajante a partes iguales—bromea sonriendo.

Por qué tendremos que ir a la maldita reunión, por qué no tendremos todo el día para nosotros, quiero que el día pase a toda velocidad y que llegue la noche para tener ya ese masaje, estoy segura de que no me podré concentrar durante todo el día solo de pensarlo.

—Creo que tenemos que ir espabilando, Lucía—anuncia señalando el reloj y sacándome de mis pensamientos a pesar de que preferiría seguir perdida en ellos hasta que llegue la noche.

## Tensión inesperada

De mala gana, ambos nos vestimos refunfuñando y al bajar a la recepción del hotel el chófer que envía la empresa rusa ya nos está esperando. Me disculpo por la tardanza, pero me dice que acaba de llegar, que no me preocupe, que ya avisó a la empresa de que había mucho tráfico y llegaríamos un poco tarde.

Durante el trayecto, Carlos me informa de unos retoques que ha hecho a la oferta económica del proyecto. Ha conseguido bajar un cinco por ciento el montante total y, al tratarse de una cantidad tan elevada, la oferta queda muy atractiva.

—Vamos a hacer un esfuerzo grandísimo para conseguir este proyecto, Lucía—anuncia orgulloso—con estos cambios básicamente cubrimos gastos y poco más, pero ahora no deberían ponernos pegas ni a la oferta económica ni a la técnica.

—Se nota que tienes ganas de volver por Rusia a menudo... —bromeo sonriendo con malicia.

—Sí, aunque espero convencer al jefe de que tienes que es absolutamente necesario que vengas conmigo—responde con un seductor guiño de ojo que casi consigue que deje un charco en el asiento.

De repente, cambia su cara y me informa de que el chófer estaba mirando por el retrovisor y que cree que lo ha visto.

—No te preocupes, no es nada—le aseguro—es solamente un guiño y una sonrisa, aunque lo haya visto no pasa nada. No significa nada, Carlos.

—Ya sé que no es nada, pero recuerda todo lo que te he explicado sobre el lenguaje no verbal, fuera de la habitación hay que mantenerlo todo al mínimo—advierte con gesto serio.

—Vale—aseguro algo avergonzada.

Me divierte lo paranoico que está con cualquier roce en cuanto salimos de la habitación, aunque sé que en el fondo tiene razón porque los dos nos jugamos mucho si lo nuestro llega a salir a la luz.

—Oye, lo de convencer al jefe para venir más veces contigo a Rusia, ¿lo dices en serio?—insisto sin poder creer aún sus palabras.

Estoy temblando, parezco una niña con su primer amor. Como ya está todo bastante complicado, vamos a complicarlo un poco

más.

—Sí, lo digo en serio—me asegura—aunque no te creas que habrá muchas ocasiones. Por desgracia, una vez que se firma el contrato, si es que lo firmamos, los comerciales hemos terminado. A partir de ahí, los técnicos toman el control del proyecto. Vendríamos de vez en cuando, pero no pienses que estaríamos aquí supervisando el proyecto ni mucho menos.

—Pero ¿habrá más proyectos, no?—pregunto con mirada ansiosa.

—Sí, Lucía, habrá más proyectos, el más difícil es el primero. Con una buena referencia como esta, sería más fácil conseguirlos y por eso vamos a hacer un gran esfuerzo. Sin embargo, nuestra especialidad son los proyectos grandes llave en mano y ni hay tantos, ni tenemos la capacidad de ir a por todos ellos. Pero tranquila que habrá más, de momento es muy importante que saquemos este adelante. Vamos paso a paso—afirma con su seductora sonrisa.

Al escuchar sus palabras, no puedo evitar sonreír yo también y quedarme embobada mirándole a los ojos.

—Cuando una sonrisa es verdadera los ojos brillan y se forman unas pequeñas arruguitas alrededor de ellos, como a ti ahora. Es otra manera de diferenciar si te están mintiendo—asegura alzando las cejas.

Sacudo la cabeza y muerdo el labio inferior cerrando los ojos, creo que, independientemente del sexo, podría aprender bastante de Carlos. Se le notan los años de experiencia y esa manía de observarlo todo y su fijación con el lenguaje no verbal, aunque me sigue pareciendo un poco pedante y paranoica, tiene su punto.

—Además, a ti se te forman unos hoyitos súper sexys a ambos lados de la boca—añade haciendo que me ponga colorada.

—Carlos calla—le indico en vista de que me estoy acalorando—no me hagas esos comentarios si quieres que me concentre en la reunión.

Llegamos a la empresa de los rusos y hoy no nos recibe la secretaria de las piernas interminables y las tetas grandes sino la misma que nos despidió ayer, la normalita. Se ve que como no consigue distraer a Carlos no les sirve para el puesto.

Nos lleva a la misma sala del día anterior donde nos esperan Boris y Viktor y, tras saludarnos, Boris toma la palabra en plan guerrero mientras Viktor queda a la escucha.

—Señores, su oferta técnica tiene algunos retoques que hacer, pero su oferta económica nos parece inaceptable. Como les he comunicado en el día de ayer, disponemos de una ingeniería ucraniana que nos ofrece mejores condiciones económicas con un nivel técnico ligeramente superior. Por lo tanto, creo que nuestras negociaciones se han terminado—espeta nada más empezar la reunión ante mi asombro.

Lo dice con su chulería habitual, mirando fijamente a los ojos de Carlos, casi sin parpadear. Este tipo es inaguantable, prefiero no imaginar cómo sería trabajar para él.

Casi sin querer, mi mirada se dirige a Viktor y su cara está seria, como de piedra. Me fijo en lo que me dijo Carlos de los gestos de sus manos y ahora sus dedos están entrelazados, no tiene las yemas de los dedos unidas como cuando está más relajado. Creo que es un farol, espero con todo mi corazón que sea un farol.

Dudo si decírselo a Carlos, pero tendría que hacerlo en español y no sería educado hacerlo. No quiero estropearlo por pasarme de impetuosa. Solo espero que Carlos se haya dado cuenta también. Joder, me tiembla el cuerpo entero, mis manos sudan, qué ansiedad me está entrando, yo no creo que sirva para esto.

Carlos toma la palabra empezando por la parte técnica y dirigiéndose principalmente a Viktor. Conoce bien a la empresa ucraniana de la que Boris está hablando y compara su tecnología con la nuestra con gran detalle, incluso proyectando sobre una pantalla planos y especificaciones técnicas del tipo de instalación y de los productos empleados.

En el caso de una bajada o subida extrema de las temperaturas la instalación de la empresa ucraniana podría verse comprometida, mientras la nuestra aguantaría unos cuantos grados de menos o de más. Todos somos plenamente conscientes de que una parada no programada en una instalación tan cara es un auténtico desastre económico.

Nuestras especificaciones son más eficientes también en cuanto al consumo de energía. Aunque no me estoy enterando de todo lo

que está comentando, mi corazón da un vuelco, deseo con toda mi alma sacar este proyecto adelante; por mí, por Carlos, porque podamos volver a viajar más veces juntos.

Carlos le propone a Viktor correr una simulación del consumo de energía de nuestra propuesta frente a la propuesta ucraniana. En ese momento Boris intenta interrumpir volviendo a la oferta económica y tachándola de inaceptable. Sin embargo, Viktor le pide seguir escuchando lo que Carlos tiene que decir y nos informa de que está muy interesado en correr una simulación en el ordenador comparando las especificaciones técnicas de ambas ofertas.

Boris no disimula su enfado, es mucho más impulsivo, pero se le ve menos experimentado.

Carlos y Viktor cargan un programa en el ordenador donde van metiendo las especificaciones técnicas de las distintas fases del proyecto al tiempo que, cambiando los parámetros, van simulando las diferentes condiciones de trabajo de la futura instalación.

La conversación entre Carlos y Viktor se va volviendo más y más compleja cada momento que pasa. Yo me he perdido hace un rato, pero creo que Boris se perdió nada más empezar.

Por el contrario, entre Viktor y Carlos se nota una gran sintonía. Carlos le explica cómo se comporta la instalación con cada cambio en los parámetros de las condiciones de trabajo mientras Viktor asiente y hace millones de preguntas que a mí me parecen muy complicadas, aunque que son respondidas con prontitud por mi compañero.

Viktor asiente, escucha y toma notas y más notas.

No puedo evitar sentirme orgullosa de Carlos, me pregunto si sentiría lo mismo si no hubiese nada entre nosotros. Estoy casi segura de que sí, y ahora empiezo a entender por qué le pagan tanto en la empresa. Empiezo a comprender que todavía me queda mucho, muchísimo que aprender.

La sucesión de cambios en los parámetros de las condiciones de trabajo es interminable. Veo a Boris claramente desesperado, pide de malos modos un café a una de las secretarias y ni siquiera pregunta a los demás si quieren algo.

Por fin, el programa termina de simular todas las condiciones; el resultado son un montón de números que Viktor exporta a una hoja

de cálculo.

Mirando a Boris le informa de que la oferta técnica de nuestra empresa es plenamente solvente y, de hecho, es mejor que la de la empresa ucraniana, pudiendo ahorrar mucho dinero a lo largo de los años de vida de la instalación, sobre todo si se diesen picos extremos de temperatura. En el caso de picos extremos podría evitar paradas no programadas y eso ahorraría mucho dinero a su empresa.

Las yemas de sus dedos se tocan.

Boris vuelve a la carga. Con su típica chulería nos dice que, aunque fuese así, la oferta económica de nuestra empresa es inaceptable y que aquí se acaban las negociaciones.

Lo dice levantándose y señalando la puerta.

Me tiembla todo el cuerpo de la tensión. En cambio, Carlos no se inmuta, parece relajado, aunque supongo que la procesión va por dentro y ha aprendido a controlarse en ese tipo de situaciones.

Yo estoy que me falta el aire para respirar, podría darle un guantazo a Boris en cualquier momento o echar una lágrima aquí mismo.

O las dos cosas a la vez.

Carlos toma la palabra con tranquilidad y proyecta los datos resumidos de la nueva oferta económica. Informa a nuestros anfitriones rusos de que hemos conseguido hacer algunos retoques y, sin ninguna modificación en las condiciones técnicas, hemos conseguido rebajar el montante total de la oferta económica en casi un cinco por ciento.

Unido a los ahorros en consumo de energía a lo largo de los años de la instalación al ser nuestros productos más eficientes, debería mejorar mucho las condiciones de nuestra oferta en comparación con la empresa ucraniana.

Boris se queda sin palabras, mudo. Observo a Viktor y veo que tiene media sonrisa en la boca.

En ese momento, Boris pide que le excusemos un momento y se lleva a Viktor fuera de la sala de reuniones. Es justo lo que Carlos no quería, que hablasen entre ellos con calma en ruso, pero no podemos evitarlo.

Todavía estoy temblando y no puedo evitar mirar a Carlos para ver si saco algo de su expresión.

—Además de una batalla entre la empresa ucraniana y nosotros hay otra batalla entre Boris y Viktor—indica Carlos sonriendo.

—¿Cómo lo ves?—le digo susurrando.

—Viktor ha quedado muy impresionado con la simulación de las especificaciones técnicas de los productos. Somos superiores a los ucranianos, ellos ahora podrían ofertar mejores productos de los que han ofertado, pero se les dispararía el precio. Por mi experiencia creo que todavía vamos algo por encima en el precio, pero con una oferta técnica notablemente mejor. Es una planta muy cara la que van a construir, en un proyecto así deberían de tener en cuenta el aspecto técnico, cualquier parón en la producción por una avería sale carísimo y ellos lo saben—explica en tono calmado.

—Vale—vuelvo a susurrar.

—Ni nos oyen ni nos entienden—apunta Carlos susurrando también y riéndose de mí.

—Me tiemblan las piernas de la tensión—reconozco haciendo una mueca.

—También te temblaban por la mañana—bromea sonriendo.

—Calla tonto—logra que se me escape una sonrisa y que me relaje un poco al tiempo que muevo la cabeza y abro los ojos de par en par como diciéndole que no me puedo creer que haya dicho eso aquí. Toma lenguaje no verbal.

Al cabo de un buen rato, para mí una auténtica eternidad, Boris y Viktor entran de nuevo en la sala de reuniones y, como las veces anteriores, es Boris quien toma la palabra.

—En contra de mi opinión, se ha decidido seguir adelante con su oferta y abandonar la oferta de la empresa ucraniana. Nuestros departamentos económico y jurídico se pondrán en contacto con los suyos para cerrar los últimos detalles del contrato—afirma en un tono muy seco.

Boris ha sufrido una derrota y ya no está tan chulito, su cara se ha vuelto de piedra, aunque poco esperaba yo que iba a morir matando.

Mirando a Carlos directamente a los ojos, le dice que agradecería que “la señorita”, es decir; yo, fuese desplazada a San

Petersburgo mientras duren las obras de instalación de la planta, “si es que usted puede desprenderse de ella unos meses”. Recalcando esta última parte de la frase.

Si las miradas matasen Boris estaría fulminado en el suelo porque Carlos, perdiendo su compostura habitual, le lanza una mirada asesina que da auténtico miedo.

Yo, por mi parte, me queo de piedra.

A continuación, dirigiéndose a mí en ruso tiene la cara de decirme que no creía que mi jefe se fuese a separar de mí a juzgar por las miradas de amor que me dedicaba en el coche mientras veníamos para terminar lanzando unas risitas con su chulería habitual.

Pe-da-zo de hijo de la gran puta.

Mi cara cambia por completo, se me acelera la respiración y, si no fuese porque nos jugamos mucho, juro que le tiraba una silla a la cabeza ahora mismo.

El rostro de Viktor es auténtico un poema, no sabe dónde meterse el pobre, su mano sobre la frente negando con la cabeza.

Carlos no necesita entender ruso para darse cuenta de la situación y, perdiendo por completo su perfecta compostura habitual, le dice a Boris que en nuestra empresa las personas están muy por encima de los negocios, que sus comentarios sobran y que además de ser una falta de educación dirigirse a mí en ruso, no necesita entender el idioma para saber que los comentarios han sido inapropiados.

Y todo esto lo dice en un tono de voz mucho más elevado de lo que le he oído nunca.

Viktor tiene que intervenir para poner paz cortando la reunión de manera prematura, mientras Boris sigue en la sala sonriendo con su actitud chulesca.

Casi corriendo, Viktor nos saca de la empresa y nos lleva hacia el coche que debe llevarnos al tiempo que se despide de Carlos diciéndole algo que no acierto a escuchar.

El chófer nos pregunta dónde nos deja y, esta vez, Carlos solicita que nos lleve directamente al hotel.

Durante todo el trayecto no hablamos ni una sola palabra. Le miro alguna vez de reojo, y su cara parece petrificada. No soy

consciente de que Carlos me mirase en todo el trayecto, ni siquiera de reojo, ni una sola vez.

Esta vez, el chófer de la empresa rusa tampoco habla nada. ¡Y menos mal!

Juro que si me dice algo le ahogo allí mismo con mis propias manos. ¡Qué cabronazo! ¿Cómo se le ocurre ir con sus cuentos a su jefe? Aunque posiblemente eso sea parte de su trabajo. Observar en los trayectos por si puede sacar algo interesante para desestabilizar la negociación.

¡Increíble! Y hemos caído como tontos.

Aunque, realmente, el Boris éste se ha montado una película sobre nada. Quizá a ellos les parezca algo raro, pero en España no tiene mayor importancia que un compañero de trabajo te sonría y te guiñe un ojo para darte confianza.

Lo que nos mató fue la reacción que tuvimos ambos cuando Boris lo dijo en la reunión, si nos hubiésemos hecho los locos, como que no comprendíamos lo que decía, no hubiese pasado nada en absoluto.

Supongo que en estos momentos nuestros sentimientos están demasiado a flor de piel, y son esos sentimientos los que nos han traicionado. Si no hubiese nada entre nosotros y hubiese sido el típico guiño de ojo sin malicia, esto no habría pasado.

Podría entender la reacción en mí pero ¿en Carlos? Con toda la experiencia que tiene y lo bien que se sabe controlar...Quizá le gusto de verdad. Puede que realmente sea alguien especial para él y de verdad esté enamorado de mí.

O, seguramente, solo le dio rabia de que le pillasen en una trampa tan infantil y no pudo contenerse.

No lo sé. Espero de verdad que sea la primera opción.

Y que me hable, por favor.

Yo no tengo la culpa de nada, está mostrando un comportamiento pueril que no esperaba de él para nada. ¡Yo que le tenía tan idealizado! Se me está viniendo abajo.

Entiendo que nos jugamos muchísimo, no solamente un contrato importantísimo para la empresa, sino también su prestigio personal y quizá su situación familiar si esto llegase a saberse.

Bueno, ¿y la mía qué? Pues también. A Alberto no le va a hacer mucha gracia, desde luego, y la fama que voy a tener en la empresa ya ni te cuento. Más me vale cambiar de trabajo y de ciudad.

Pero, es que realmente no ha pasado nada. Bueno, al menos no ha pasado nada en el coche. Fue una película que se montaron entre el chófer y el cretino de Boris. Si nos hubiesen pillado en la habitación esta mañana lo entendería, estaría más que justificado. Pero montar una película y sacar suposiciones por una sonrisa y un guiño de ojo me parece muy excesivo.

Entonces, ¿por qué nosotros hemos reaccionado así?

Mi cabeza da vueltas y a cada minuto me voy cabreando más y más, supongo que eso es lo que le está pasando también a Carlos y por eso lleva esa cara de perro.

No lo sé.

Por fin llegamos al hotel y nos despedimos del chófer de la empresa rusa con una mirada fría, gélida, más bien. De esas que cortan literalmente y sin una sola palabra.

Cabronazo, ¡espero no volver a verte en mi vida! Es lo único que se me viene a la cabeza en ese momento.

De hecho, he tenido que contenerme para no decírselo en ruso, para que lo entendiese bien. Estoy súper cabreada, asqueada de toda la situación, si las ventas internacionales son siempre así no quiero tener nada que ver con ese departamento de la empresa.

Al llegar a las habitaciones le digo a Carlos que si podemos hablar un momento.

—Solo un minuto, por favor—insisto ante su intención de marcharse directamente hacia su habitación.

Entramos en la mía y estallo sin poder hacer nada para evitarlo, como si fuese una bebida gaseosa y me hubiesen estado batiendo durante todo el trayecto hasta el hotel.

—¿Pero tú en qué coño estabas pensando para reaccionar así en la reunión?—le recrimino a voz en grito.

¿En serio le estoy diciendo esto? ¿Gritando?

—Yo me sé defender solita, no necesito que el caballero medieval venga a salvarme. No había pasado nada, fue una película que se montaron ellos y ni siquiera entendiste lo que me estaba

diciendo. ¿A qué coño ha venido esa reacción de macho alfa sobreprotector?

Carlos me mira sin salir de su asombro.

—Parecía que estabas compitiendo con Boris a ver quién de los dos es más imbécil o la tiene más grande. Si no querías que nadie se enterase de nada ya vas por mal camino, al igual que nuestro contrato con la empresa rusa. Además, nosotros no tenemos nada para que vengas a salvarme, no eres mi pareja, ni mi marido. Hemos follado una vez. Punto—le reprocho completamente fuera de mis casillas.

Me voy calentando yo sola fruto de la sensación de frustración que tengo en estos momentos. Soy consciente de que tengo que parar, pero no puedo por más que lo intento, es como una bola de nieve que va cogiendo velocidad según avanza hasta convertirse en una avalancha.

—Y aunque lo fueses, te repito que yo me salvo sola—insisto alterada—no necesito que vengas tú en plan macho troglodita a enfrentarte al cretino ese del Boris que es un completo imbécil.

La cara de Carlos es un auténtico poema, su eterna sonrisa ya no está, parece haberle abandonado y su infinita seguridad ha desaparecido. Solamente me mira.

—Lucía...

—Ni Lucía ni leches, no tengo más que decir, ¡ahí tienes la puerta, guapo!—le indico dando media vuelta y encerrándome en el baño.

A los pocos segundos escucho cerrarse mi puerta y abrirse la de la habitación de al lado.

# Sueños de juventud

Me miro al espejo del baño y me rompo. No entiendo nada, no comprendo mi reacción. Estaba enfadada porque Carlos no me hablaba y me pongo como una energúmena con él.

¿A qué ha venido todo esto?

¿Por qué lo he hecho?

Carlos tampoco tiene ninguna culpa.

¿Por qué me he puesto así con él?

Sé que no siento nada de lo que le he dicho. Entonces, ¿por qué se lo dije? Y además, a gritos al pobre.

En el fondo me gustó que saliese en mi defensa aún a riesgo de estropearlo todo. Ha sido en cierto modo romántico. Pero no era necesario, sé defenderme yo sola. No soy una mujer que haya que estar protegiendo todo el tiempo, mi vida no ha sido nada fácil y he aprendido a defenderme.

Al mismo tiempo que me gusta, también me hace daño que haya sido capaz de jugárselo todo por mí. Si esto sale mal, no solamente perderemos el contrato, que yo creo que ya está perdido, encima podría tener repercusiones muy graves en la empresa y en su familia.

Está casado y tiene un niño pequeño, junto con una posición de importancia dentro de la empresa, de mucho prestigio.

Y, aun así, lo arriesgó todo para salir en mi ayuda.

No hacía falta, me muero de rabia, ha sido una bobada, una auténtica tontería sin importancia. Un guiño, una sonrisa en el coche, no significa nada. Hemos sobre reaccionado, sobre todo él. Ha sido una actitud tan infantil por su parte...

Y lo hemos estropeado todo.

Me tiro en la cama sin ser capaz de retener mis lágrimas. Soy imbécil. ¿Por qué me he puesto así con Carlos? ¿Por qué él no me contestó? Tampoco le dejé contestarme, no le di opción.

Debería pedirle perdón, pero soy muy orgullosa, con Alberto siempre tiene que ser él el que pida perdón.

Sigo llorando hasta quedarme dormida.

Llaman a la puerta de la habitación, abro los ojos y todo está oscuro. No sé qué hora es.

Miro el reloj. Son las siete de la tarde, entre el disgusto y el cansancio he dormido cuatro horas del tirón, no me lo puedo creer.

Abro la puerta esperando con toda mi alma que sea Carlos y al verle se me escapa un suspiro.

—Lo siento, peque—se disculpa al tiempo que me entrega un pequeño ramo de rosas rojas.

—Yo sí que lo siento, no quería decirte esas cosas—confieso desviando la mirada avergonzada—no quería gritarte, no entiendo lo que me ha pasado.

—¿Has estado llorando?—pregunta mientras levanta mi barbilla con su mano derecha.

Miro de reojo al espejo del armario, menudas pintas llevo; mi pelo está todo desmadejado de la larga siesta, el rimen corrido por culpa de las lágrimas me hace ojos de zombi. La blusa toda arrugada de dormir sobre ella, en bragas. Y menos mal que me he quitado los pantalones, que estarían igual de arrugados que la blusa.

—Mira que pintas—bromeo señalándome a mí misma.

—Tú estás guapa de todas las formas, unas veces más y otras un poco menos, pero siempre guapa—responde haciendo que me tiemblen las piernas al escucharle.

Su sonrisa ha vuelto. ¡Cómo echaba de menos esa sonrisa tan encantadora!

—Eso eres tú que me ves con buenos ojos, ahora mismo no creo que pudiese ligar mucho—admito negando con la cabeza.

—Pues sí, la verdad es que te veo con buenos ojos, ya te he dicho que eres muy especial para mí—reconoce limpiando una lágrima que rueda por mi mejilla con su dedo pulgar.

Coloco las rosas en la mesa de la habitación y le tiro un beso.

—¿Me dejas que me lave la cara un momento?—pregunto dirigiéndome al baño.

—Claro, aunque tengo que reconocer que esos ojitos en plan gótico tienen su punto—bromea divertido.

Me lavo la cara a toda prisa y me cepillo el pelo para que quede mínimamente presentable. Con la blusa, poco o nada puedo hacer, así que se queda toda arrugada de momento.

Carlos está sentado sobre mi cama y me hace un gesto con la mano para que me siente a su lado.

—Creo que la hemos cagado, Carlos—le indico bajando la mirada—. Y lo que más me fastidia es que ha sido por una tontería, no teníamos que habernos puesto así. ¿Crees que se enterarán de todo esto en la empresa?

—Espero que no, ¿qué van a decir? ¿Que no llegamos a un acuerdo porque casi pegamos al hijo del jefe?—intenta bromear para tranquilizarme.

—Es que es un cretino—admito esbozando una sonrisa.

—Ya, dan ganas de darle en la cabeza, pero fuerte. El acuerdo en sí no tiene muy buena pinta, eso es cierto, la empresa ha hecho un esfuerzo muy grande por intentar conseguirlo, pero no todas las ofertas se ganan. ¡Ojalá fuese así! Pero que pase de ahí, lo veo difícil, no le veo muchas probabilidades—reconoce Carlos encogiéndose de hombros.

—Sí, pero esas pocas probabilidades asustan—insisto con preocupación.

—Sí, asustan, y mucho, aunque lo veo difícil. No te voy a decir que estoy muy tranquilo, porque no lo estoy; para mí las consecuencias de que simplemente sospechasen en Madrid que hay algo entre nosotros serían devastadoras y supongo que para ti también—confiesa haciendo una mueca.

—Para mí también—admito con un hilo de voz casi inaudible.

—Sabes que no quiero hacer daño a mi familia por nada del mundo, tú eres algo especial y todavía no comprendo cómo ha pasado, pero no quiero perderte. Estoy hecho un lío, la verdad, Lucía, y eso que suelo estar muy seguro de las cosas. Esta situación me está desquiciando—reconoce negando con la cabeza.

—No eres el único, guapo—añado soltándole un tímido beso en la mejilla—. Carlos, en cuanto a lo de antes... en serio que lo siento mucho, y no suelo pedir perdón, que soy muy orgullosa. En el fondo sí que me gustó que salieses en mi defensa, has sido un idiota, porque te juegas mucho, pero me gustó. Lo otro que te dije de que no éramos nada, olvídale, por favor, sabes que no lo sentía. No sé qué me pasó, no suelo ir a hacer daño de esa manera, y menos

haciéndomelo a mí misma. Quiero pensar que lo nuestro no es una aventura, al menos para mí no lo es, y creo que para ti tampoco.

—Para mí tampoco lo es—me asegura con rostro serio—. No sé si te lo crees o no, pero nunca he tenido una aventura, a pesar de que dedicándome a las ventas internacionales es bastante fácil. Y si fuese a tenerla, nunca pensé que sería con una compañera de trabajo, ni siquiera con alguien tan radiante como tú.

No puedo evitar sonreír ante su comentario porque incluso en una situación tan complicada como en la que estamos metidos, consigue derretirme con sus palabras.

—Lucía, son sentimientos auténticos, sentimientos intensos que estaban casi olvidados, eres muy especial—me asegura acariciando mi mejilla con la palma de su mano.

Al sentir su caricia, no puedo evitar cerrar los ojos y coger su mano para besarla mientras él sigue haciendo que mis rodillas tiemblen con sus palabras.

—Por cierto, ya sé que no necesitas que te defiendan. Una de las cosas que más me gustan de ti es que eres una mujer muy fuerte, con mucho carácter. Sin embargo, en ese momento ni siquiera pude pensar, tenía que echarte una mano, no pensé en si lo necesitabas, que seguro que no, ni en las consecuencias. Tenía que haber sido un poco más reflexivo, pero lo volvería hacer una y mil veces—añade mientras besa mi frente.

—Tonto—es todo lo que puedo decir mientras me voy derritiendo.

Sonrío, seguramente es una sonrisa de niña boba, pero es que cuando me dice esas cosas me pone muy blandita.

—Siento haber estropeado la escapada de turismo romántico en nuestra última tarde libre—me disculpo acariciando su brazo derecho.

—Eso sí que no te lo perdonaré nunca, Ivanova—bromea sonriendo. —Para compensarlo, tendrás que acompañarme a cenar algo rápido y luego, de castigo, al teatro Michailovsky. Espero que te guste el ballet, si no es problema tuyo porque es tu castigo.

—¡Ballet en el Michailovsky! ¿Me estás vacilando? ¿Me lo dices en serio? ¿Cómo has acertado?—chillo entusiasmada.

—¿He acertado? ¿Eso es un sí?

—¿Sabes que de pequeña hice ballet? Hasta los catorce años. El sueño de todas las niñas de la escuela de ballet era bailar un día en el Michailovsky. ¡Me encanta! Y, además, con la pasta que te debes haber gastado en las entradas, como para decirte que no—  
agrego temblando de emoción.

—Ya decía yo que con ese cuerpecito y esa flexibilidad tenías que haber hecho gimnasia o ballet—reconoce Carlos en tono divertido. —Te dejo que te arregles, tendremos que ir un poco elegantes. Te recojo en media hora ¿vale?

—Eso no anula el masaje que me habías prometido ¿no?—  
pregunto poniendo una sonrisa pícara.

—No.

—No te libras—le digo susurrando y moviendo mi dedo índice.

La cena es rápida como Carlos había anunciado, pero está muy bien. Cuando estoy a su lado me olvido de todo y creo que él también, eso es lo malo. No está bien. Por un breve momento me entran dudas, me acuerdo de Alberto, del daño que le haré si llega a enterarse aunque se me pasa pronto, es cuestión de segundos, quizá ni eso. El problema es que sé que cuando no esté junto a Carlos la cosa va a ser muy diferente.

¿Tiene algún futuro esta situación? Supongo que no, aunque no quiero que se acabe.

Cualquier duda que tuviese se disipa de inmediato al entrar al Teatro Michailovsky. Mi sueño hecho realidad. Casi me muero al entrar. Estoy segura de que parezco una paleta mirándolo todo mientras Carlos sonrío a mi lado.

Está radiante. No se ha puesto chaqueta y corbata, como yo esperaba, sino un cuello cisne negro que realza su torso y una chaqueta que le queda a las mil maravillas. Si no fuese porque el teatro me impresiona más todavía, dan ganas de comérselo.

Y el teatro Michailovsky es para impresionar. Uno de los más antiguos de Rusia, se dedica a grandes actuaciones de ópera, teatro y ballet. Todo en él es majestuoso, proviene de la época en la que en San Petersburgo corría el dinero de manera ilimitada.

Y majestuoso es el palco privado al que nos conducen. Miro a Carlos con ojos de decirle, ¿pero qué haces?...te vas a dejar el sueldo.

—Es nuestra última noche en San Petersburgo, peque. Quiero que sea inolvidable—me asegura con un seductor guiño de ojo.

—Inolvidable va a ser en cuanto lleguemos a la habitación—añado susurrando y poniendo cara de mala.

La actuación es absolutamente soberbia, la compañía de ballet ejecuta la obra “La Bayadera”.

—Muy apropiado para la ocasión—bromeo arqueando las cejas.

—¿Por?—pregunta Carlos confuso.

—No sabes nada de ballet, ¿no? Te tengo que llevar más a menudo, Carlos—le digo sonriendo.

—Ni idea, Lucía. ¿De qué trata?

—La obra se desarrolla en la India, tu país favorito y trata de engaños amorosos, celos y los dos protagonistas mueren al final de la obra. No sé qué pensar, Carlos—susurro entre risas.

Me muero de risa al ver la cara de Carlos. Evidentemente no tenía ni idea ni de la obra que iban a representar ni de qué trataba.

—Ni idea—admite con cara de despistado—. Espero que ni tu ni yo vayamos a morir.

No sé si a Carlos le gusta la actuación, creo que sí, al menos eso me dice. Supongo que le hubiese gustado más aprovechar con disimulo el palco privado para ver y tocar al mismo tiempo, pero en vista de que yo estaba absolutamente extasiada disfrutando de la actuación se ha tenido que contener.

Pienso que si me llega a interrumpir para meterme mano le cae un tortazo. Hay un lugar y un tiempo para todas las cosas y un templo del ballet como este hay que respetarlo, no puede profanarse.

Yo, por mi parte, no sé si he muerto y estoy en el paraíso o si sigo en la tierra. Necesito ganar más dinero para darme estos lujos de vez en cuando. ¡Qué maravilla! La representación es perfecta, la acústica del teatro no es de este mundo. Los bailarines absolutamente brillantes, daría lo que fuese por poder bailar así. Sé lo duro que es, la cantidad de horas que he pasado ensayando hasta que me sangraban los pies, y ver esa perfección me maravilla.

—Gracias Carlos. No olvidaré esta noche jamás, te lo juro—confieso con los ojos envueltos en lágrimas.

Es lo único que acierto a decir con ojitos de cordero degollado al terminar la actuación, al tiempo que se me escapaban unas lágrimas de felicidad y emoción.

Volvemos caminando al hotel. Es lo bueno de tener un hotel tan céntrico, está todo cerca. Yo sigo flotando en las nubes, me dan ganas de abrazar a Carlos, siento la necesidad de besarle, de bailar, pero recuerdo lo que me dijo la noche anterior. Nunca se sabe con quién te puedes encontrar en una gran ciudad. Me tengo que reprimir, aunque me cuesta lo suyo.

—¿Qué te apetece hacer mañana Lucía?—pregunta de improviso—. El avión no sale hasta las cuatro de la tarde, tenemos toda la mañana libre para nosotros.

—No lo sé, quizá tengas que pasar la mañana descansando; la noche es joven y tú ya tienes tus años—bromeo con mirada pícara arqueando mis cejas.

# Última noche

Llego al hotel con muchos problemas para lograr contenerme. Daría cualquier cosa por caminar de su mano por San Petersburgo, por poder abrazarle en plena calle. Así, porque sí, sin un motivo, solo porque me apetece, sin miedo a que nadie nos vea y me duele en el alma que eso sea imposible.

Imposible hoy y, seguramente, imposible siempre.

No quiero que el día se acabe, me gustaría que durase para siempre. Supongo que en eso consiste estar enamorado, cuando no quieres que el día se termine nunca. Cuando deseas que ni siquiera los sueños puedan separarte de la persona a la que amas.

Solo pienso en que es nuestra última noche en San Petersburgo, nuestra última noche juntos. Espero de corazón que haya más noches a su lado, pero no lo sé. No lo puedo saber. Carlos volverá con su familia, yo volveré con Alberto, y la vida seguirá igual que siempre. O quizá no. De momento solamente sé que tengo que aprovechar mi última noche a su lado.

Le miro, una mirada mezcla entre amor, deseo y melancolía. Es un sentimiento profundo, de los que salen del mismísimo fondo de tu corazón. Me siento tan viva a su lado, quizá sea la novedad, quizá el lado prohibido de nuestra relación, pero es lo que siento y sé que es auténtico.

¿Es una relación? Al menos para mí sí lo es. Algo que sé que no tiene futuro, algo que sé que está prohibido. que está mal, que seguramente se acabará mañana, pero vaya si es una relación. Tan intensa que me está matando; de amor, de dudas y de culpa.

—¿En qué piensas Lucía? Te noto con la mirada un poco perdida—interrumpe de repente.

—En ti, en mí, en nosotros, en todo esto. Es de locos Carlos—reconozco meneando la cabeza.

—Es que el amor es loco, Lucía. El verdadero amor no se puede controlar, surge de repente y no puedes pararlo. Es un sentimiento tan profundo e intenso que no puedes sujetarlo con las leyes de la razón—añade con su preciosa sonrisa en la boca haciendo que se me ericen los pelos de la nuca.

—Pero ¿has pensado en lo que pasará a partir de mañana entre nosotros? ¿Se acaba para siempre? ¿Podemos seguir de alguna manera? ¿Podemos tener una relación “oficial”?

Sé que la respuesta a la última pregunta es no, pero la hago más para mí que para él. Es una pregunta que me he hecho a mí misma muchas veces a lo largo de estos dos días, y que tengo la sospecha de que me haré muchas más veces en el futuro.

—Vamos pasito a pasito, Lucía. A ver qué se puede hacer, lo que no podemos hacer es arriesgarnos—admite con el rostro serio—. Una cosa es estar juntos de viaje y otra muy distinta en Madrid. Sé que es muy difícil no pensar en ello, pero creo que tendremos que ir viendo cómo se desarrollan los acontecimientos.

Carlos me regala una nueva sonrisa, aunque no es esa sonrisa cargada de seguridad de otras veces, su sonrisa ahora es ahora algo más forzada, una sonrisa que deja ver un trasfondo de duda. Imagino que está pasando por algo similar a lo mío. Odio esta situación y tengo el presentimiento de que va a empeorar notablemente.

Cuando el ascensor llega a nuestro piso, Carlos me dirige a su habitación, colocando sus manos en mi cintura me acerca a él con suavidad mientras retira el pelo de mi cara con sus dedos y me besa en la frente.

—¿Tienes el aceite de masaje Carlos?—pregunto acordándome de repente.

—Claro, un trato es un trato.

—Pues cambio de planes, el masaje te lo voy a dar yo a ti—le aseguro sonriendo y alzando las cejas.

—No, no, no—replica gesticulando con su dedo índice—un trato es un trato y los tratos no se rompen. En todo caso esperarás tu turno, la noche es joven, tú misma lo has dicho.

Acepto a regañadientes acepto, me apetecía un montón ser yo la que diese ese masaje, en fin era una gran oportunidad para acariciar todos sus músculos, pasar mis manos sin prisa por su espalda o por su fuerte torso, aunque he de reconocer que el otro plan tampoco es que esté nada mal.

Observo a Carlos colocando dos toallas de baño sobre la cama y, mirando alrededor en su habitación, no puedo evitar pensar que

es una persona muy ordenada. Quizá ordenada en exceso, todo lo contrario a lo que yo soy.

Estoy segura de que debió de alucinar con mi habitación, todo descolocado, la ropa sucia apilada en el armario, braguitas por el suelo, un auténtico desastre. Carlos lo tiene todo bien colocadito, cada cosa en su sitio.

—Quítate toda la ropa y tumbate en la cama boca abajo—indica Carlos señalando las toallas que acaba de colocar sobre la cama.

—¿Así que me pongo mi mejor ropa interior de tul transparente con encaje para nada?—bromeo quejándome en broma mientras Carlos me mira sonriendo al tiempo que me voy desnudando.

—La verdad es que es una ropa interior preciosa, no deja nada a la imaginación—admite asintiendo con la cabeza.

—¿Me tumbo boca arriba con las piernas abiertas?—pregunto entre risas.

—No seas mala, Ivanova. Boca abajo y con las piernas cerradas—replica haciendo una mueca divertida.

Hago lo que Carlos me dice y me tumbo en la cama sobre las toallas cerrando los ojos al tiempo que escucho a Carlos meterse en el baño y abrir el grifo.

—¿No te irás a duchar ahora no?—pregunto desconcertada—. Y te puedes desnudar aquí. ¿O es que te da vergüenza?

Nada más terminar la frase, escucho a Carlos reírse. Una risa relajada, hermosa.

—Estoy calentando el aceite y mis manos bajo el grifo para que no tengas frío—aclara con voz calmada.

Jo-der, ¡Qué detalle! Este tío es para comérselo con patatas, me encanta, está en todo, tanto que a veces da un poco de miedo.

Por fin sale del baño, desnudo y con el aceite en la mano. Le miro y me dan ganas de saltarme el masaje y pasar directamente a la acción, pero cierro los ojos deseando sentir sus manos sobre mi cuerpo.

—Lo ideal sería apagar las luces y poner unas velas, pero no quiero que salte la alarma de incendios del hotel—explica en tono bajo—así que por hoy tendremos que arreglarnos así.

—Tengo los ojos cerrados—le digo riendo—¿Haces esto de los masajes muy a menudo? —Pregunta equivocada, nada más

terminar me doy cuenta de que sobran las preguntas personales y más en estos momentos de romanticismo. Mierda.

—Pienso que los masajes son una de las claves para ganar intimidad en una pareja y esa intimidad se transmite en mejor sexo y mejores relaciones de pareja en general—replica sin perder la calma—. Incluso, uno de los ejercicios básicos del Tantra es simplemente estar desnudos juntos sin hacer nada, para aumentar la intimidad de la pareja.

Ay, ya estamos con eso del Tantra, yo le dejaría sin problemas que me diese un cursillo práctico cuando él quisiera.

—Pero respondiendo a tu pregunta, no, no lo hago a menudo, de hecho, hace mucho que no lo hago. Entre lo poco que estoy en casa, el niño, y que a mi mujer no le van mucho estas cosas solemos tener un sexo más tradicional. Y por favor, Lucía, prefiero no hablar de mi vida familiar privada, igual que yo no te pregunto por tu sexo con Alberto. ¿Lo entiendes verdad?—recrimina Carlos elevando las cejas.

—Perdón, tienes toda la razón—me disculpo con sinceridad—me he dado cuenta nada más acabar la frase. Lo siento.

Joder, estoy celosa otra vez. En vez de estar disfrutando de la situación me estoy poniendo celosa. Pienso en su mujer, si yo le tuviese para mí, haríamos todo el repertorio tántrico de seguido.

¿De verdad se conforma con sexo tradicional con este tío? Si es un chollo encontrar a alguien con intereses fuera de lo tradicional, pero sin cosas raras. Lo que más me fastidia es que Alberto lleva el mismo camino que ella, cada vez experimentamos menos, cada vez tenemos un sexo más predecible. Es bueno, no me quejo, aunque no tiene nada que ver. Y eso sin niños y sin cumplir los treinta, cuando tengamos niños o seamos mayores ya no lo quiero ni pensar.

Siento el aceite caliente deslizándose sobre mi espalda y mis pensamientos desaparecen. ¡Qué placer! Carlos lo deja chorrear poco a poco por mi columna vertebral, desde mi nuca hasta mi culo. ¡Madre mía! ¡Qué maravilla!

—El aceite este es normalito, Lucía. Me hubiese gustado conseguir un aceite más perfumado, también haber podido usar algún tipo de estimulador del olfato como incienso o pétalos, pero no

he tenido más remedio que improvisar—se disculpa secando el bote de aceite con una pequeña toalla.

—Shhh, Carlos...no hables...por fa...—susurro sin ser capaz de terminar la frase.

A continuación, vierte aceite en mis piernas de la misma manera, dejándolo chorrear lentamente, poco a poco, desde mis tobillos hasta casi mi culo en un festín de sensaciones que satura mis sentidos.

Había pensado que empezaría por mis hombros, pero noto sus manos en mis gemelos. Siento cómo sus dedos resbalan por la parte inferior de mis piernas, es muy relajante, me gustaría que fuese algo más arriba, pero me relaja.

Poco a poco, sus manos se deslizan por la parte de atrás de mis muslos, los recorre con sus dedos lentamente, esparciendo el aceite caliente por mis piernas.

—¡Qué piernas tan fuertes Lucía! No lo parecen al ser tan delgada. ¿Vas mucho al gimnasio?—pregunta interesado.

—¿Qué hemos dicho de no hablar?—susurro abriendo los ojos—. Son años de ballet de cuando era niña.

—Perdona, es que me ha sorprendido—se disculpa antes de proseguir con su masaje.

Al terminar con mis piernas noto que pone más aceite en sus manos y las desliza por mi nuca. Aprieta algo más fuerte con sus dedos sobre la nuca y los hombros, haciendo maravillosos círculos sobre mis cervicales. Es justo lo que necesitaba, me podría acostumbrar a esto sin problema, a diario.

Baja con suavidad para recorrer toda mi espalda, lentamente y sin prisa. Sus manos dibujan imaginarios círculos de manera rítmica, como si estuviesen bailando. Sí, es un ballet entre sus manos y mi piel.

Estoy relajada y excitada al mismo tiempo; me quedaría recibiendo este masaje toda la vida y, al mismo tiempo, me gustaría girarme para abrazarle.

De repente, siento chorrear de nuevo el aceite, ya está templado, va perdiendo su calor. Esta vez chorrea entre mis nalgas y abro las piernas instintivamente mientras un suspiro profundo se escapa de mi boca sin que pueda evitarlo.

Carlos pasa sus manos por mis nalgas con una delicadeza extrema. Sigue con sus círculos, con su baile, las separa volviéndome completamente loca. Imagino lo que sus ojos pueden estar viendo, es un placer increíble y los suspiros van en aumento.

Carlos pide que me gire, lo hago y me quedo boca arriba completamente desnuda. Cierro los ojos, sigo sin estar a gusto con mis pechos y eso me crea un poco de inseguridad, pero no es el momento de pensar en eso.

Siento el aceite chorrear por mis piernas mientras Carlos masajea mis muslos con delicadeza y, cada vez que su mano sube hasta acercarse a mi pelvis, se me escapa un gemido apagado. Sus manos se detienen en la parte de arriba de mis muslos y separa mis piernas para masajear su parte interior, arqueo la espalda y abro las piernas de manera instintiva.

—Shhh, despacio. Ahora relájate, Lucía—susurra intentando calmarme.

Noto sus manos en mi vientre, deslizándose por mis caderas, recorriendo mi pubis. No puedo más.

Sigo con los ojos cerrados, ahora el aceite cae sobre mis pechos que esperan con ansia ser acariciados.

No puedo más, abro los ojos y agarrando a Carlos por el brazo tiro de él para que venga a la cama conmigo. Me cubre con su cuerpo, su piel sobre mi piel resbalando con el aceite de masaje. Hacemos el amor con calma, sin prisas, dedicándonos tiempo uno al otro.

Al terminar, Carlos se tumba a mi lado y me acaricia la mejilla mientras nos miramos.

No quiero que la noche termine nunca.

No quiero que mis sueños me separen de Carlos.

# Leyendas de la Madre Rusia

Tumbada en la cama a su lado me siento relajada, segura. Mi mente está en blanco, solamente quiero sentir el momento. Ya no tengo sentimiento de culpa, no quiero pensar en si esto está bien o está mal. Solo quiero estar a su lado.

—¿Qué te apetece hacer esta mañana, Lucía?—pregunta de improviso sacándome de mis pensamientos.

Carlos me saca de golpe de mi mundo. Esperaba esa pregunta, pero me debato entre varias opciones; hay demasiado que ver y una sola mañana. ¡Ojalá pudiésemos estar aquí una semana más! ¡Ojalá pudiese estar con Carlos para siempre!

—Hay demasiadas cosas para ver, Carlos. ¿Tienes algo en mente?—pregunto por si él ha pensado ya en algo.

—Tendría que comprar algo típico y, ¿quizá visitar el Hermitage?

—¿El Hermitage? Con una mañana no tenemos ni para empezar a visitar el Hermitage. Si quieres decir que has estado allí, vale, pero visitarlo de verdad llevaría mucho más tiempo. Muchísimo más tiempo, Carlos—le reprocho algo confusa.

Quizá es que yo me he educado en las tradiciones rusas, pero a veces, los comentarios de Carlos me descolocan un poco. El Hermitage tiene un tamaño enorme y las obras expuestas son una auténtica maravilla. Dedicarle una mañana es un auténtico pecado.

Tan solo pensar en poder hacer algo sexual aprovechando el palco privado en el teatro Michailovsky como quería hacer ayer, es una falta de respeto.

Viaja mucho, pero no utiliza sus viajes para aprender todo lo que podría. Si yo tuviese esa oportunidad...Es una auténtica enciclopedia en temas relacionados con el trabajo, pero podría aprovechar mucho más esos viajes.

—¿Qué querías comprar?—pregunto arqueando las cejas.

Me vuelve a entrar un pequeño ataque de celos. Bueno, quizá no tan pequeño, pero es que ya me imagino para quién es el regalo.

—No sé, algo típico, quizá alguna Matrioska bonita y algo de joyería.

Ya no tengo que imaginar para quién es el regalo, ahora me muero de celos.

—Sabes que las Matrioskas tienen su origen en Japón, ¿no?—le digo intentando que le duela.

Carlos me mira sorprendido.

—Un empresario ruso trajo una desde Japón representando a sus divinidades—le explico en tono de suficiencia—. A continuación, un artista ruso se inspiró en las campesinas locales o “Matrionas”. Las llevaron a la Exposición Universal de París en 1900 y fueron un éxito, desde entonces se las vendemos a los turistas.

Se lo digo con aire de superioridad empujada por un ataque de celos mientras Carlos se me queda mirando con cara de no entender lo que me ocurre.

¿Pero qué estoy haciendo? He tratado de hacerle daño. ¿Por qué? No puedo estar celosa, todo lo contrario. Él tiene su vida y yo la mía. Ahora mismo estamos juntos y no sabemos cuánto va a durar, ni siquiera sabemos si se repetirá. Tengo que vivir el momento, su mujer no me ha hecho nada, más bien todo lo contrario, se lo he hecho yo a ella.

Sentir celos es ridículo, lo sé y lo comprendo, pero solamente pensar en que mañana por la noche estará en la cama con ella, imaginar que hará el amor con otra mujer y no conmigo me mata de celos.

Tratando de borrar esos pensamientos de mi cabeza, me giro arrepentida y le miro a los ojos sonriendo.

—Pero poca gente lo sabe. De hecho, hay una leyenda muy bonita sobre su nacimiento, te la voy a narrar para que se la cuentes a la afortunada persona que va a recibir tu regalo—explico con un guiño de ojo.

—Cuenta la leyenda que había un carpintero ruso llamado Sergey. Salió a buscar madera para hacer algún objeto que poder vender y todo el bosque estaba cubierto de nieve. Buscó y buscó y toda la madera estaba mojada y no le servía. Cansado, decidió volver a su casa pero de repente, observó un trozo de madera muy especial en un árbol; el trozo de madera más bello que jamás había visto.

Carlos me mira con los ojos muy abiertos y su eterna sonrisa en la boca mientras prosigo con la historia.

—Lo cortó y decidió, después de pensarlo durante varios días, hacer una talla de una muñeca. Consiguió tallar una muñeca tan perfecta, decorada con bellos colores, que decidió no venderla y quedarse con ella dándole el nombre de “Matrioska”.

Carlos se pone cómodo sobre la cama, ensimismado en la historia.

—Sergey no tenía familia, y cada mañana se dirigía a su muñeca y le decía “Buenos días, Matrioska”. Un día, la muñeca respondió “Buenos días, Sergey”. Sergey se puso muy contento porque al fin tenía una compañera con quien hablar, pero el carpintero pudo ver que su muñeca estaba triste y le preguntó por qué. La muñeca le respondió que era porque todas las mujeres tenían hijos y ella no, y le pidió que si por favor podría sacar de ella una hija.

—¿Y así fue creando más muñecas?—interrumpe Carlos impaciente.

—El carpintero dijo que si quería podría hacerlo, pero tendría que sacar madera de su propio interior, y eso sería doloroso. La Matrioska le respondió diciendo que no importaba ya que en la vida, las cosas que realmente quieres requieren que hagas sacrificios. Así, el carpintero sacó del interior de la muñeca otra talla, más pequeña, a la que llamó Trioska.

—Pero Trioska también quería tener una hija, y el carpintero tuvo que sacar de ella otra muñeca más pequeña a la que llamó Oska. Lo mismo se repitió con Oska. Sergey tuvo que sacar otra bella talla de su interior y la llamó Ka. Pero, visto que ya no quedaba madera para más tallas y suponiendo que Ka también querría tener hijos, pintó unos bigotes a Ka, puso la talla frente al espejo y le dijo “eres un hombre, no puedes tener hijos”.

—Finalmente, Sergey metió a Ka dentro de Oska, a Oska dentro de Trioska y a Trioska dentro de Matrioska. Esa es la historia que tienes que contar, Amor. No lo de Japón—indico sonriendo mientras le doy un suave beso en los labios.

—Vaya, es una historia muy bonita, Lucía—admite Carlos devolviéndome el beso. ¿Dónde sugieres tú que vayamos?

—Me debato entre varios sitios, si madrugamos y quieres sacar buenas fotos te recomiendo el palacio de Peterhof. No tendremos mucho tiempo, tardaremos 50 minutos en llegar, pero es

impresionante. Sus estatuas, sus fuentes, la decoración. Todo—explico imaginando el maravilloso entorno.

—Podría ser—admite Carlos.

—Otra opción es visitar las distintas catedrales y palacios que tenemos por el centro. Podemos hacerlo caminando y queda más o menos cerca del hotel. Así también puedes hacer alguna compra. Quizá sea mejor opción—confieso ante nuestra falta de tiempo.

Le sonrío mirándole a los ojos mientras él acaricia mi mejilla y pienso para mí que ni palacios ni catedrales, lo que de verdad me apetece es pasar nuestra última mañana en la habitación haciendo el amor.

Me doy la vuelta y Carlos vuelve a abrazarme.

Estoy en la gloria.

## Gambito de rey

A la mañana siguiente, siento de nuevo caricias en mi cuello y besos en mi mejilla. Noto ese olor a Carlos tan característico. Me encanta su olor, tengo que comprar esa colonia, aunque seguramente no me la podré permitir.

—Ayer me has dicho que te gustaba despertarte así, ¿no Ivanova?—bromea mientras me llena de besos.

—Síiiii, y que me llames Ivanova—le respondo susurrando—. Creo que me acostumbraría a despertarme así todos los días.

Me besa el cuello con esa ausencia de prisas tan habitual en él y cuando se acerca más puedo sentir su erección al pegarse a mi cuerpo. Girando la cabeza para besar sus labios pienso para mí que el paraíso debe de ser algo así.

Carlos pone la mano sobre una de mis caderas y la acaricia con suavidad hasta llegar a mis nalgas para más tarde apartar mi pelo y besarme en la nuca o detrás de mi oreja. Se me eriza el pelo de la nuca con cada uno de sus besos.

Me doy la vuelta y me coloco sobre él en la cama, siento su pecho pegado al mío, su piel con mi piel mientras beso sus labios y muerdo su labio inferior con pasión. El sexo por la mañana me vuelve loca, pero creo que es el morbo de saber que puede ser nuestra última oportunidad lo que me excita más.

Froto con suavidad mi piel sobre su pecho sintiendo una corriente eléctrica cada vez que lo hago. Beso su pecho, estos días he aprendido que le encanta que se lo haga, bajo un poco más para besar su vientre, esos abdominales me vuelven loquita. Creo que Carlos lo sabe y cada vez que intento besarlos los tensa para que se marquen más, porque en el fondo es un coqueto. O quizá los tensa de placer.

No quiero que esto acabe, el plan para nuestra última mañana de quedarme en la habitación del hotel haciendo el amor con Carlos va tomando fuerza en mi cabeza.

Suena el teléfono.

¿Suena el puto teléfono? ¿Justo ahora?

No le hacemos caso, pero el teléfono sigue sonando.

—Tíralo por la ventana, amor—chillo intentando que se olvide del maldito aparato.

—Tengo que contestar, Lucía, es el teléfono del trabajo, puede ser importante—explica Carlos meneando la cabeza.

Mierda para el teléfono y mierda para el trabajo. Carlos contesta el teléfono mientras yo intento provocarle al tiempo que él sigue con su llamada para ver si puede controlarse.

Al acercarme, Carlos me fulmina con la mirada, al mismo tiempo que se retira con brusquedad sorprendiéndome con su reacción.

—Tenemos que vestirnos, Lucía. ¡Rápido!—anuncia con un grito.

—¿Qué pasa, Carlos? No entiendo nada. ¿Quién era? ¿Llamaban de la empresa?—pregunto confusa esperando que no se haya filtrado la noticia de que hemos estado juntos.

—No, llaman de la empresa rusa, el dueño de la empresa quiere hablar con nosotros—anuncia con gesto duro.

—Pero...¿Eso qué significa? ¿Es bueno o es malo?—insisto mientras me empiezo a alarmar.

—No lo sé Lucía, pero tendremos un coche a la puerta del hotel en 20 minutos, tal y como están las cosas vale más no hacerles esperar—expone haciendo un gesto para que me espabile.

Veo que Carlos busca su ropa a toda prisa, su traje ya está dentro del porta trajes, no esperaba usarlo esta mañana. Su gesto sigue en una mezcla entre sorpresa y preocupación mientras elige camisa y corbata que ya estaban también dentro de su maleta.

Yo estoy en una situación similar, aunque dentro de la preocupación sigo excitada pensando en que era nuestra última oportunidad. Lo único bueno es que quizá volvamos pronto al hotel y podamos tener otra, aunque también puede que aquí se acabe lo nuestro.

¡Qué mierda!

Me pongo el sujetador y coloco bien la blusa frente al espejo mientras Carlos está sentado en la cama colocando los gemelos a los puños de su camisa. Como siempre, impecable.

Me visto a toda prisa, menos mal que había traído ropa de trabajo también para hoy.

Se me pasan por la cabeza un millón de pensamientos. ¿Para qué nos llaman? No quiero volver a ver al imbécil de Boris, ni

tampoco al cretino de su chófer y me empieza a entrar cierta ansiedad por esta última reunión tan precipitada.

El dueño de la empresa no había intervenido en las negociaciones, a pesar de ser un contrato importante, incluso para una empresa tan grande como ellos. Había dejado toda la negociación en manos del imbécil de su hijo y de su mano derecha. Y ahora quería vernos.

—¿No tienes ni idea de lo que puede ser? Estoy muy nerviosa—confieso respirando hondo y tratando de calmarme.

—En este tipo de negociaciones nunca sabes por dónde pueden salir las cosas. Las diferencias culturales entre nuestros países son importantes, tú deberías saberlo mejor que nadie, Lucía. Hay que ser flexible, debemos ir lidiando con la negociación según se vaya produciendo—explica Carlos con el tono calmado.

—Yo no sé cómo puedes mantener la calma, ahora empiezo a valorar lo complicado que es tu trabajo—admito empezando a temblar.

—A mí también me sorprende esta llamada, ya ves que el dueño de la empresa no se había involucrado hasta ahora. Puede ser bueno o muy malo—añade mientras me mira con cara de cierta preocupación.

—Yo casi opto por la segunda opción, Carlos, creo que va a salir en defensa de su hijo y nos va a meter una bronca por haber perdido los papeles. Nos culpará a nosotros del fracaso de la negociación y luego llamará a la empresa para decírselo al gran jefe. Estoy cagada de miedo—reconozco negando con la cabeza.

Mi cara debe estar desencajada, porque Carlos me agarra con ambas manos por la cintura besa mi frente, al tiempo que sonrío intentando infundirme ánimo.

—Tranquila, peque. Vamos a ver en qué queda todo esto, lo que sí debemos tener muy claro es que hay que mantener la calma, aunque nos provoquen. ¿Entendido?—me recuerda para que no nos pase lo de la última reunión con los rusos.

—Sí, claro, cuenta con ello—le aseguro dispuesta a no inmutarme aunque nos insulten.

Carlos me sonrío me dedica un seductor guiño de ojo. Si no fuera porque ese mismo gesto nos ha metido en todo este jaleo, le

comería a besos.

Al bajar a la recepción del hotel, nuestro transporte ya nos está esperando. Subimos al coche que nos envía la empresa rusa que al menos ha tenido la decencia de no enviar al cretino de los dos días anteriores. Me resultaría muy difícil aguantarme. Pienso en si podré reprimirme cuando vuelva a ver a Boris, sobre todo, si nos vuelve a provocar. Delante de su padre estará aún más envalentonado.

Saludo al chófer en ruso y le pregunto si piensa que encontraremos mucho tráfico hasta llegar a la empresa, más que nada para matar el tiempo y quitar los nervios.

Noto que se alegra de poder hablar en ruso. Es un señor que ya tiene sus años, me indica que es el chófer personal del Señor Vasiliev desde hace veinte años y que apenas habla inglés. Comenta que es extraño que el Señor Vasiliev nos haya mandado llamar porque en los últimos dos años tiene muy pocas reuniones con gente exterior a la empresa al tiempo que nos informa de que cada vez delega más en su hijo Boris, que pronto dirigirá la empresa.

El corazón me da un vuelco y me pongo mucho más nerviosa al escuchar esas palabras, esto va a acabar mal, lo presiento.

Miro a Carlos, pero decido no comentarle nada de mis miedos y de los comentarios del conductor del coche para no preocuparle. Va impecablemente vestido, como siempre. Vista formal o informal su ropa está siempre bien estudiada, se debe gastar una fortuna en ropa.

De trajes no entiendo ni mucho ni poco, pero le queda como un guante, no me extrañaría que estuviese hecho a medida. Y, claro, sus sesiones diarias de gimnasio ayudan a que la ropa le quede bien.

Huelo su colonia, tengo que acordarme de preguntarle por la marca para ver si la puedo comprar en el aeropuerto. ¡Me encanta como huele!

Reparo en que no le ha dado tiempo a afeitarse esta mañana. Siempre va perfectamente afeitado, pero aun así, un poco de barba incipiente le queda muy bien. Le hace parecer un poco más informal.

El trayecto del hotel a la empresa se me está haciendo eterno, hundo mi cuerpo en los asientos de cuero del coche y miro por la ventanilla mientras van pasando los kilómetros. El coche del Señor Vasiliev tiene ya unos cuantos años, ha vivido mejores tiempos, pero conserva la elegancia. El acabado es impecable, aunque algo gastado por algunos sitios, hasta el olor es a coche caro.

Ayer no quería que el día terminase, y hoy solo quiero que esto acabe cuanto antes, para bien o para mal.

Llegamos a la empresa y una secretaria nos conduce hasta el despacho del padre de Boris. Está en un segundo edificio, hasta ahora solamente habíamos visto algo de la parte moderna. Hay más despachos, pero todos con la puerta cerrada, es un edificio menos moderno, pero más señorial.

Casi con reverencia, la secretaria llama a la puerta del Señor Vasiliev pidiendo permiso para entrar. Se le nota un gran respeto.

El despacho es enorme, de los que ya no se ven en casi ninguna empresa, muy de los años setenta. De sus paredes cuelgan hermosos cuadros, está todo decorado en madera y cuero, pero se nota que sus muebles no han sido renovados en mucho tiempo, si es que lo han sido alguna vez.

El Señor Vasiliev nos recibe sentado en su mesa de trabajo. Grande, sólida, debe de pesar una tonelada. Las patas de la mesa en madera tallada, seguramente lleva en el mismo sitio desde que se fundó la empresa.

La mesa está limpia, sin ordenador, casi sin papeles. Todo el despacho está muy ordenado, si este hombre viese mi mesa de trabajo le daría algo, se muere.

Su mirada es seria, grave. A mí me está metiendo un miedo terrible, no estoy acostumbrada a estas situaciones.

Por lo menos no está el imbécil de su hijo, al menos de momento. Tampoco está Viktor, ese hombre me caía bien, había muy buen *feeling* entre él y Carlos. Pienso que sin el idiota de Boris la cosa podría haber funcionado muy bien entre nuestras empresas.

Nos saluda en un inglés entrecortado para a continuación, pedirme que haga de traductora y se disculpa diciendo que prefiere hablar en ruso ya que en su época no era muy habitual aprender inglés. Nos comenta que en los tiempos modernos es muy diferente,

las nuevas generaciones están muy preparadas. Hablan idiomas y algunos se forman en universidades extranjeras, su hijo Boris ha estudiado en el Reino Unido, en una universidad de mucho prestigio.

Nos dice que en su época solamente contaban con el trabajo duro, algo que es difícil encontrar en la generación actual.

Habla con nostalgia de aquellos tiempos, de los comienzos de la empresa, de lo duros que fueron esos años, de cómo fue creciendo y de los planes de futuro que tienen en los que su hijo Boris debería llevar las riendas en una nueva fase.

Voy traduciendo lo mejor que puedo para Carlos, nunca había traducido del ruso en una reunión de trabajo. El mandamás ruso habla lento y con frases cortas, con pausas continuas para que pueda traducir con mayor facilidad, mientras Carlos y yo solamente asentimos con la cabeza a lo que nos dice.

Al hablar me fijo más en él. ¿Qué años tendrá? Es difícil de saber, proviene de una época donde el trabajo duro era la norma, él mismo nos comenta que pasaba más tiempo en los talleres con los operarios que en el despacho. Su mirada es profunda y algo cansada, es un hombre que inspira mucho respeto.

—Señorita Ivanova—anuncia mirándome fijamente, muy serio.

Se ha saltado mi primer apellido para pasar al apellido ruso que le resulta más familiar.

—El señor Kuznetsov me ha informado de lo que pasó en la última reunión, también he recabado la opinión de mi hijo Boris—admite con el rostro indescifrable.

Hace una pausa para que traduzca, me tiembla la voz. Al traducir miro a Carlos con preocupación y casi me entran ganas de llorar. Tengo que hacer un esfuerzo para retener las lágrimas. ¿Qué le han contado?

Su hijo Boris, nada bueno, eso seguro. ¿Viktor nos habrá defendido? Es su hombre de confianza, su mano derecha, aunque supondría una guerra abierta contra Boris y no sé si le merece la pena meterse en esa batalla.

Al fin y al cabo, Boris es su hijo y su sucesor en la empresa. ¿Sabe que es imbécil? Supongo que casi ningún padre admite que su hijo es un imbécil. Me tiembla todo el cuerpo de la tensión y

según termino de traducir me entra una terrible angustia imaginando lo que puede venir a continuación.

El gesto grave del Señor Vasiliev se hace algo más dulce, o eso me ha parecido porque quizá me lo estoy imaginando. Quizá es lo que quiero ver, lo que quiero imaginar mientras le miro con los ojos como platos y muerta de miedo.

—Mi hijo Boris es impulsivo, es un pecado de juventud, yo también lo era a su edad, aunque entonces teníamos más disciplina y respeto. Le pido disculpas en su nombre y en el mío por los inapropiados comentarios emitidos en la reunión de ayer—explica manteniendo la mirada.

¡Madre mía! Casi le doy un abrazo y un millón de besos, mi cara ha cambiado por completo y el Señor Vasiliev lo ha notado porque ha dejado escapar una media sonrisa, casi de abuelo.

Le digo que no pasa nada, que no estoy ofendida para nada y tampoco Carlos. Explico que ya sabe que los españoles tienen mucho temperamento y que está muy arrepentido de no haber conservado la calma.

Le pregunto que si quiere que lo traduzca para Carlos. Su gesto irradia cierta dulzura de nuevo y me hace un gesto con la mano para que espere.

—Su compañero Carlos solamente actuó en su defensa ante lo impropio de los comentarios, es lo que haría un buen jefe y cualquier caballero—explica hablando en modo muy calmado—. Las palabras de mi hijo Boris sobran en cualquier contexto.

Estoy tan sorprendida y aliviada que ni siquiera reparo en el comentario de tintes machistas que me acaba de soltar. Carlos no es estrictamente mi jefe porque no trabajamos en el mismo departamento, aunque supongo que a efectos del viaje y las reuniones sí lo es. Desde luego, su puesto en la empresa es mucho más alto que el mío.

Lo de caballero, le diría lo mismo que le dije a Carlos. Soy una mujer del Siglo XXI y no necesito que venga un caballero de brillante armadura a salvarme, por muy romántico que parezca. Pero bueno, en estos momentos solamente agradezco sus palabras con educación y con el corazón lleno de alegría porque no nos esté echando la gran bronca.

Carlos me mira con cara de no entender nada. No sabe por qué ya no estoy traduciendo, pero no me dice nada para no interrumpir la conversación. Espero que esté pillando algo por el cambio en el gesto del Señor Vasiliev y sobre todo en el mío, que soy como un libro abierto para él, y me temo que para cualquiera.

—Confío totalmente en los criterios del Señor Viktor Kuznetsov, lleva trabajando a mi lado casi treinta años. Juntos levantamos esta empresa de la nada hasta lo que es hoy en día, Boris era todavía un bebé y el Señor Kuznetsov ya tenía altas responsabilidades en la empresa. No solo sus conocimientos técnicos son muy altos, sino que tengo en gran estima su juicio para las relaciones personales y su sentido común—reconoce el viejo magnate.

Asiento con la cabeza sin dejar de mirarle, es difícil saber hacia dónde quiere llegar, aunque me siento más tranquila que al empezar la reunión.

—La opinión del Señor Viktor Kuznetsov sobre ustedes y su empresa es muy alta, se ha quedado muy impresionado por los conocimientos técnicos de su compañero y su capacidad para la negociación. De igual modo, me ha informado de que su empresa es totalmente fiable y que las ofertas técnica y económica son de su agrado, recomienda, por lo tanto, seguir adelante con el contrato. Puede traducir a su compañero—indica haciendo un gesto con la mano para que realice la traducción.

Se me escapa un suspiro de alivio que el Señor Vasiliev nota sin dificultad porque vuelve a lanzarme su sonrisa de abuelo. Mi cara debe estar radiante de felicidad mientras traduzco con todo detalle para Carlos las palabras que acabo de escuchar, sobre todo, la parte en la que dice que el contrato sigue adelante.

La verdad es que omito lo del caballero que sale en mi defensa, porque creo que Carlos no necesita saberlo, no vaya a ser que le guste más de la cuenta y se venga arriba.

Carlos agradece, brevemente y de manera educada sus palabras al Señor Vasiliev que continúa hablando.

—Es evidente que la tensa relación entre mi hijo Boris y su compañero puede generar cierto conflicto, aunque espero que, con la ayuda de todos, esas diferencias se vayan limando por el bien común—anuncia abriendo las manos.

—Estoy segura de que sí—le aseguro tratando de parecer convencida, aunque no me lo creo ni yo.

—En cualquier caso, a partir de ahora, casi todo el trato entre nuestras dos empresas se desarrollará en el ámbito técnico ya que hemos dejado atrás la fase de negociación, y estoy convencido de que las buenas relaciones y el respeto mutuo entre su compañero y el Señor Viktor Kuznetsov será un importante activo para que todo llegue a buen puerto—reconoce con un esbozo de sonrisa.

Traduzco esa parte para Carlos, que vuelve a agradecerle sus palabras asegurándole que por su parte no hay ningún problema y que tiene en muy alta estima tanto a Viktor Kuznetsov, que le impresionó por sus conocimientos técnicos, como a su hijo Boris. Por él está todo olvidado, le asegura, y su trato con Boris seguirá dentro de la cordialidad.

Miente muy bien, tan bien que asusta un poco. Casi me convence a mí que sé la verdad, así que supongo que con él ha funcionado. O eso espero.

El viejo magnate nos acompaña hasta la puerta, es un hombre que inspira un respeto impresionante, hemos estado poco tiempo con él, pero te da una tremenda sensación de respeto, casi de reverencia.

—Señorita Ivanova—me dice agarrando mi codo justo cuando estamos saliendo del despacho—. Yo ya soy un hombre mayor, vengo de un tiempo en el que los negocios se hacían de forma diferente. Un tiempo en el que el honor y el trabajo duro eran lo más importante, pero sé juzgar a la gente. Gran parte de mi éxito en los negocios se debe a eso; usted es especial, tiene un gran futuro por delante, pero tendrá que trabajar duro para aprender. Me alegra ver una mujer de su edad fuerte y decidida, con ambición y, sobre todo, honesta—reconoce asintiendo con la cabeza.

Casi se me escapan las lágrimas mientras le agradezco los comentarios.

—No es fácil hoy en día encontrar gente de la que te puedas fiar, eso lo sé bien—reconoce—. Su compañero le puede enseñar mucho, debe aprovecharlo, pero no puedo decir lo mismo en cuanto a su honestidad. No hace falta que le traduzca todo esto, espero que nos volvamos a ver, si vuelve a visitarnos me encargaré

personalmente de hacer con usted una visita por la empresa para que vea de primera mano nuestro negocio. Ha sido un auténtico placer.

—El placer ha sido mío, Señor Vasiliev, es usted toda una leyenda, y un caballero—aseguro con los ojos como platos sin saber muy bien qué decir e intentando controlar las lágrimas que tratan de brotar de mis ojos.

¡Vaya subidón! A ver si voy a tener que volver a Rusia de nuevo para que me valoren, estoy flotando por las nubes. Todavía no me lo puedo creer; el miedo y el nerviosismo inicial han pasado a dar paso a una felicidad inmensa. Tenemos el contrato y las palabras que me dedica el padre de Boris justo antes de salir me han subido directamente a la luna.

—Se te ve súper contenta, Lucía—expone Carlos mientras el coche de la empresa rusa nos lleva hasta el hotel.

—Hemos conseguido el contrato, ¿no? ¿Cómo no voy a estar contenta? ¿Es que tú no lo estás?

—Sí, también, claro, mucho, aunque no me has traducido lo que te dijo el padre de Boris al salir del despacho—añade alzando las cejas.

—Es algo entre él y yo—respondo críptica.

Carlos sonrío mirándome como si fuese una niña. Le cuesta muchísimo no filtrar las emociones, dejarlas pasar, al menos, dejar que se noten. Supongo que es una parte de su trabajo, al final se le ha pegado. Sin embargo, no me puedo quitar de la cabeza las últimas palabras que dijo el Señor Vasiliev sobre la honestidad de Carlos.

# Última mañana en San Petersburgo

El trayecto en coche desde la empresa de nuestros anfitriones rusos y el hotel se me hace rapidísimo, pasa prácticamente volando. O quizá la que está volando soy yo, sigo viajando por las nubes.

Hemos terminado bastante pronto, antes de lo que esperábamos y, sobre todo, hemos terminado bien, que es lo que importa. Pero no lo suficientemente pronto como para hacer algo de turismo por la ciudad.

Mis planes para dedicar esa última mañana al turismo por San Petersburgo o a una sesión sexo con Carlos sin prisas se han esfumado. Lo de la sesión de sexo con Carlos posiblemente podría arreglarse, pero no sin prisa.

Desde luego que ha merecido la pena, aunque nos quedemos sin turismo y sin sexo, y no me puedo creer que esté diciendo esto. Sin embargo, el subidón que me dieron esas palabras al salir del despacho fue tan grande que creo que ni el mejor sexo lo supera, y sigo sin creer que esté diciendo esto.

Ahora mismo estoy motivada al cien por cien. Creo que voy a abrazar al pobre Carlos a preguntas durante el viaje de vuelta, es cierto que puedo aprender mucho de él, es muy bueno en su trabajo y tiene muchos años de experiencia. Ahora me doy cuenta de que no he aprovechado el viaje todo lo que habría podido. No me puedo quejar, por supuesto ha estado fenomenal, pero podría haber sacado más, al menos profesionalmente.

—Voy a hacer la maleta y darme una ducha. Te pico a la puerta en una hora para salir hacia el aeropuerto—indica Carlos dirigiéndose a su habitación de hotel.

Ya casi se me olvidaba que ni siquiera nos ha dado tiempo a ducharnos, me doy una ducha rápida y hago la maleta o, mejor dicho, tiro de cualquier manera la ropa sucia dentro de la maleta.

Desnuda frente al espejo empiezo a descubrir a una nueva Lucía. Una Lucía más segura de sí misma, más ambiciosa. Ya hasta me empiezan a gustar mis tetas y mi culo, algo que no me había pasado nunca. Esa parte se la debo a Carlos que a base de repetirlo me lo ha metido en la cabeza.

Voy a echar mucho de menos San Petersburgo; la ciudad y el precioso hotel, las cenas con Carlos, el sexo, el ballet. Ay, el ballet. Espero que mi posición en la empresa mejore mucho para poder permitirme estas cosas algún día.

También tengo ganas de volver a Madrid, a la empresa. Seguro que el jefe se habrá quedado impresionado con el contrato, es muy importante para nosotros, marca un antes y un después en este mercado. Espero que Carlos le hable muy, pero que muy bien de mí, más le vale. Tengo tantas preguntas que hacerle en el viaje de vuelta...

Me fijo en el albornoz blanco del hotel colgado en la percha del baño. ¡Cómo voy a echar de menos el precioso baño de mármol! Al ver el albornoz no puedo dejar de pensar en lo guapo que estaba Carlos con él puesto, en el fantástico desayuno, en su regalo o en el sexo que tuvimos a continuación. El sexo que ahora no ha hecho ningún ademán de querer repetir.

Si no fuese por el subidón profesional que llevo encima me estaría comiendo el coco con eso. Joder, en una hora tiene tiempo de sobra para ducharse y hacer la maleta y le sobra para echar nuestro último polvo en Rusia. ¿Qué coño le pasa?

Es el primer tío que me tiene prácticamente comiendo de su mano, bueno, sin “prácticamente”, y ni siquiera hace un intento de hacer el amor antes de marchar.

Vale que yo soy un poco enamoradiza, pero creo que Carlos tiene un poder sobre mí que no había tenido ningún hombre con anterioridad. Normalmente tengo mucho carácter y con Carlos estoy todo el día con ojitos de niña tonta esperando que me diga algo bonito.

¡Mierda! Pero es nuestra última mañana en San Petersburgo, tiene que sacar un poco de tiempo para mí.

Siento el enfado y la rabia creciendo dentro de mí y me surgen dudas a patadas.

Tengo la llave extra de la habitación de Carlos, pero no sé si debo entrar en ella sin ser invitada y sorprenderle, aunque ahora mismo lo necesito. En un último acto de locura, me visto con el albornoz blanco y con la llave en mano me dirijo a su habitación. Tan solo espero que no esté hablando con su mujer por Skype con la

cámara enfocando hacia la puerta. Eso sí que sería un gran final de fiesta; yo entrando medio desnuda en su habitación y la cámara enfocando a la puerta. Apoteósico.

Abro con cuidado su habitación y le veo sentado en la terraza mirando a la calle. Hace un día precioso y el sol baña su fuerte torso.

Cierro la puerta con cuidado y me acerco con sigilo, no quiero que se dé cuenta, quiero darle una sorpresa.

—¿Quién soy?—pregunto con un susurro tapando sus ojos con las manos y sacando una sonrisa de su boca.

—Ya sé que eres tú, Ivanova. ¿Quién más podría ser?—bromea divertido.

—Podría haber sido una rusa rubia con tetas grandes que quiere aprovecharse del español guapo—replico sin dejar de susurrar.

—Prefiero una rusa con tetas pequeñas.

—¿Sabes que ya me está gustando que me llames Ivanova? Creo que será mi nombre de guerra a partir de ahora—indico riendo.

Me siento frente a él sobre la mesa de la terraza rezando para que no se rompa. Parece fuerte y yo no peso mucho, pero a ver cómo explicamos al hotel que se rompió la mesa de la terraza, además del golpe que me voy a dar si lo hace.

Carlos me mira con sorpresa y deseo a partes iguales y, con las preciosas vistas del centro de San Petersburgo de fondo, nos besamos como si llevásemos meses sin hacerlo.

Me estrecha entre sus brazos y con mi cabeza en su cuello percibo el olor de esa colonia que me gusta tanto, el calor de su piel.

—Hay que ir poniéndose en marcha—anuncia sacándome de mi trance—. Voy a darme otra ducha para quitar el olor, te pico en la puerta en quince minutos—añade seco dándose la vuelta y dirigiéndose al baño como si no hubiese pasado nada.

Nada de abrazarme o de besarme, nada de palabras bonitas. Nada de nada.

En la habitación, mientras me visto y recojo las últimas cosas, me asaltan pensamientos melancólicos. Esta semana ha sido tan intensa que jamás lo habría imaginado. Quiero volver a San Petersburgo, quiero volver a viajar con Carlos, quiero progresar en la empresa para poder permitirme esta vida.

Y tengo que pensar en lo que voy a hacer al llegar a Madrid con el lío amoroso que tengo montado o me consumiré por dentro.

Llaman a la puerta sacándome de nuevo de mis pensamientos.

Abro y al otro lado está Carlos. Radiante, impecable, lleva una camisa blanca de marca, con vaqueros negros y sus zapatillas de deporte blancas. Está para comérselo y nada más verle se me escapa una sonrisa tonta, en su presencia parezco una quinceañera.

# Desconcierto

En el aeropuerto vuelve a maravillarme su soltura para moverse y orientarse. Es la primera vez que está en San Petersburgo y se mueve como si conociese el aeropuerto tan bien como el de Ámsterdam. Supongo que cuando has viajado tanto como él, todos los aeropuertos te empiezan a parecer un poco iguales.

Mientras está enfrascado en una llamada de la empresa, aprovecho para acercarme a una tienda que tenemos frente a nosotros. Está llena de souvenirs rusos, no me interesa nada de lo que hay dentro, pero Carlos no ha tenido tiempo de comprar su matrioska.

Me jode un montón tener que comprársela yo. Por un lado, me apetece elegirla para él y darle una sorpresa, pero sé para quién es ese regalo y esa parte no me gusta, me pone celosa. Reconozco que no tengo motivos e intento con todas mis fuerzas reprimirlo o al menos racionalizarlo, aunque no puedo evitarlo. Espero que le guste, que les guste a los dos.

—Vaya detalle, Lucía, te has acordado de mi matrioska, muchísimas gracias—agradece Carlos cuando se la entrego.

Su sonrisa al decirlo vale ya el dinero que he pagado por ella, hasta casi se me olvida por unos instantes quién va a ser la destinataria del regalo.

—Por cierto, tienes que decirme la colonia que usas—le recuerdo—me gustaría comprarla, me encanta cómo huele.

—Te acompaño—responde Carlos acariciando mi brazo derecho con ternura—. Es justo que pague yo la colonia en compensación por el detalle que has tenido con la matrioska.

Respiro aliviada, porque mucho me temo que la colonia va a ser bastante más cara que la muñeca, aunque la muñequita no ha sido precisamente barata. Es lo que tienen las compras de última hora en los aeropuertos.

—Por cierto, Lucía, muy buena idea lo de la colonia—añade Carlos asintiendo con la cabeza—si usas la misma colonia que yo no podrán detectar un olor diferente.

Me lo dice sonriendo, como si fuese lo más normal del mundo. Mi cara debe ser un poema, mis ojos como platos, como si acabase

de ver un espectro.

—Simplemente quería hacerle un regalo a Alberto, aunque no estoy segura de que pueda permitirme ese tipo de colonias habitualmente—le explico sorprendida ante la mirada de desconcierto de Carlos.

Joder, piensa en todos esos detalles. Lo difícil que es tener una aventura. Lo malo es que le ha vuelto a salir de manera totalmente natural, como si fuese lo más normal del mundo.

Carlos me saca de nuevo de mis pensamientos para señalar un bar a nuestra derecha.

—Piquemos algo, ya sabes que la comida del avión es de lo menos recomendable.

En el bar hablamos de todo y de nada, aunque le noto un poco frío ahora que volvemos a casa.

Ya en el avión Carlos, con el portátil abierto, se concentra en sus hojas de cálculo y en sus emails. Tengo mil y una preguntas que hacerle sobre la empresa, las ventas internacionales, nosotros.

Pero recuerdo su advertencia en el primer viaje; durante el vuelo quiere estar concentrado mientras trabaja, no quiere que se le interrumpa.

Es cierto que ahora la situación debería ser diferente, ahora somos algo más que compañeros de trabajo, sin embargo, no me atrevo a arriesgarme. Ya habrá tiempo en la escala de dos horas en el aeropuerto de Ámsterdam.

Me tapo de nuevo con una manta como en el vuelo de ida y finjo dormir y pienso en Carlos; en su boca, en sus manos sobre mi piel, en su torso desnudo.

## Cerrando el círculo

Llegamos al aeropuerto de Schiphol en Ámsterdam, donde hacemos una escala de dos horas antes de tomar el vuelo hacia Madrid. Para Carlos, más o menos, como su segunda casa.

Al tomar tierra me invade un sentimiento extraño. Por un lado, aquí fue donde empezó todo, con ese escalofrío que recorrió todo mi cuerpo cuando Carlos me separó el pelo rozando mi mejilla. Como si mi cuerpo ya supiese de antemano que le necesitaba, que caería en sus brazos, que besaría sus labios y rozaría su piel.

Por otro lado, lo quiera o no, el viaje se acaba. En dos horas tomaremos el siguiente avión y en breve estaremos de nuevo en Madrid. Allí nos espera a cada uno nuestra vida, con sus problemas y sus alegrías, cosas buenas y malas, pero nuestra vida, al fin y al cabo.

He prometido a Carlos que no diría nada, he prometido que lo mantendría en secreto aunque no tengo muy claro si es mejor o peor. No quiero hacerle daño y sé que su familia es muy importante para él, pero tampoco quiero hacer daño a Alberto. Supongo que Carlos tiene razón y lo que ignoran no puede hacerles daño.

Es como si en este aeropuerto cerrásemos el círculo. Eso repite mi mente una y otra vez aunque mi corazón se niega a aceptarlo. Mi corazón se aferra con todas sus fuerzas a la idea de que Carlos y yo tenemos un futuro juntos. A la idea de que, de alguna manera, esta locura puede seguir funcionando.

Le propongo comer algo en el pequeño restaurante donde habíamos comido en el viaje de ida, donde empezó todo. Quiero reencontrarme con esa sensación.

—¿Todavía tienes hambre?—pregunta sorprendido—yo te iba a proponer pasar por el casino a probar suerte, no estamos lejos.

—Preferiría un sitio tranquilo, si no te importa. Ese restaurante me encantó, me gustaría volver, incluso puede que pruebe tu hamburguesa de buey—bromeo intentando convencerle.

Carlos se encoge de hombros y sonrío. Me da la impresión de que no le apetece mucho hablar, es posible que esté pasando por la misma situación que yo, ponderando las posibilidades de que esto pueda seguir o tenga que llegar inexorablemente a su fin.

—Me gustaría hablar un poco contigo antes de embarcar en el siguiente vuelo, para mí es importante—anuncio mirándole a los ojos.

—Muy bien, nos sentaremos en una mesa tranquila y hablamos de lo que tú quieras.

—Ya sabes de lo que quiero hablar—replico en tono seco.

—De lo que tú quieras, Lucía, sin problema. Es mejor que queden las cosas bien claras—indica sin perder la sonrisa ni descomponer su gesto ni un segundo.

Al llegar al pequeño restaurante nos sentamos en una mesa algo apartada, perfecta para poder hablar sin que nadie nos oiga. Incluso al camarero le cuesta vernos al estar un poco tapada por unas plantas a las que han dejado crecer más de la cuenta.

Carlos pide su famosa hamburguesa de buey sin nada para acompañarla, solamente la carne y el pan. Yo no me atrevo con ella y pido una ensalada.

—¿Qué te preocupa, peque?—pregunta en tono paternalista alzando las cejas.

Carlos pone su mejor sonrisa, esa sonrisa que sabe que me derrite, esa sonrisa que desprende tanta energía que puede conseguir que hagas cualquier cosa y, sin poder evitarlo, una corriente eléctrica pasa por todo mi cuerpo hasta mi pecho.

—¿En qué situación quedo yo con todo esto? Cuando lleguemos a Madrid, me refiero—pregunto a bocajarro queriendo aclarar mi situación.

—Será en qué situación quedamos los dos, Lucía, porque estamos los dos metidos en lo mismo—aclara ladeando la cabeza.

—Bueno, vale. En qué situación quedamos los dos, porque no sé tú, pero yo tengo mi corazoncito y si solamente fue una aventura me lo vas a partir por la mitad y me va a doler mucho. Me vas a dejar hecha polvo, lo sabes, ¿verdad?—insisto sin dejar de mirarle a los ojos.

—Lucía, para nada ha sido solo una aventura, sabes que siento algo por ti de verdad, para mí eres una persona muy especial.

—Pero ¿vamos a seguir o no?—Le pregunto interrumpiéndole.

—Me gustaría seguir, pero Madrid no es San Petersburgo—responde seco.

—Ya sé que Madrid no es San Petersburgo, Carlos. Así que me estás diciendo que se acabó lo que se daba, ¿no? Que como en Madrid tienes a tu mujercita para follar a mí ya me puedes olvidar—exclamo alzando la voz más de lo que sería necesario o conveniente.

Ya estoy otra vez con el ataque de celos.

—Por favor, Lucía, no metas a mi familia en esto. Ya sabías desde el principio que los dos teníamos pareja. Y no pretendo olvidarte, solamente te digo que en Madrid habrá muy pocas posibilidades para hacer algo juntos. Lo que no podemos es asumir riesgos y que se acabe sabiendo por una tontería—explica sin perder la calma.

—Así que, ¿es una tontería?—Vuelvo a interrumpirle algo agitada.

—No, sabes que no es una tontería, no he querido decir eso. Simplemente me refería a que por quedar una sola vez en un hotel en Madrid, o en tu casa, por ejemplo, asumimos un riesgo muy grande, mucho más grande que aquí, y yo me juego mucho—aclara abriendo sus manos.

—Los dos nos jugamos mucho, Carlos, parece olvidar continuamente que yo también tengo pareja—insisto casi gritando y muy enfadada.

—Escucha un momento lo que tenía pensado, por favor.

Carlos ha perdido parte de su seguridad, le noto más vulnerable y eso es muy raro en él. No sé si me gusta o no.

—Ya he informado en la empresa del magnífico trabajo que has hecho en Rusia. Curiosamente, Vasiliev, el padre de Boris había enviado un email al jefe para decirle que había sido un placer reunirse con nosotros y te ponía por las nubes, así que mi mensaje se vio reforzado. De esta manera...

—“Curiosamente” el señor Vasiliev me ponía por las nubes—vuelvo a interrumpirle algo agitada—porque mi excelente trabajo contigo fue, ¿dónde? ¿En la cama?

—Joder, Lucía. Déjame hablar por favor, no entiendo por qué te estás poniendo así. Los dos estamos en el mismo barco.

—Perdona, Carlos, yo tampoco sé qué me pasa—me disculpo sacudiendo la cabeza.

Me pasa que, en el fondo, estoy muerta de celos de la sosa de su mujer, pero no se lo pienso decir.

—Yo también opino que has hecho un excelente trabajo durante las negociaciones, Lucía. Era tu primera experiencia y la has superado con nota. Me he tomado la libertad de decirle al jefe que te gustaría hacer otra labor dentro de la empresa que no sea seguimiento de ofertas. No me mires así, tengo mucha confianza con él.

Mi mirada de asombro debe de notarse mucho, no sé si matarle por tomarse esa confianza o comerle a besos aquí mismo. Mientras tanto, no podía dejar de pensar en el detallazo del señor Vasiliev diciéndole a mi jefe que había quedado muy contento conmigo. Porque Carlos tiene una motivación extra para estar contento, pero en el otro caso es auténtico. Podría no haberlo hecho, lo normal sería que no hubiese dicho nada.

—Al llegar a Madrid vas a tener una semana de vacaciones, que por lo visto se te debían, para decidir con calma si quieres seguir tu carrera profesional en la oficina técnica o en ventas internacionales. En ambos casos, tus condiciones laborales van a mejorar, en el tema económico, al menos. En cuanto a las horas de trabajo, seguramente, vas a empeorar. Recursos humanos te enviará un email con las condiciones detalladas de ambos puestos.

Sigo mirando a Carlos sin saber muy bien cómo reaccionar.

—¿De verdad?—Es todo lo que acierto a decir.

—Sí, Lucía, claro que de verdad, creo que vales mucho y tienes mucho recorrido en la empresa. En tu mano está elegir una carrera dentro de ventas internacionales o de la oficina técnica. Eso es una oportunidad que no se da muy a menudo.

—¿Qué crees que debo elegir? ¿Cuál es tu recomendación? Tú tienes mucha más experiencia que yo, me gustaría saber tu opinión —pregunto con las manos temblando.

—Lucía, yo no soy parcial—explica Carlos arqueando las cejas y sonriendo—. Lógicamente me gustaría que eligieses ventas internacionales para poder hacer algún viaje contigo mientras dura tu período de aprendizaje. Más tarde viajarías sola a no ser que vayamos a una feria o algo similar, pero al menos tendríamos dos años o así donde coincidiríamos en varios viajes.

—Es muy tentador, Carlos—reconozco mordiéndome el labio inferior.

—Sí, para mí también lo es, aunque por otro lado, sé que tu pasión es entrar en la oficina técnica. Tienes esa oportunidad si es lo que deseas. No tendrías que moverte de Madrid, salvo en casos muy contados—añade encogiéndose de hombros.

—Creo que a lo de los viajes al extranjero me podría acostumbrar, la experiencia no ha estado nada mal—admito sonriendo.

—Eso espero—añade devolviendo la sonrisa—. En cualquier caso, es una decisión muy importante porque marcará el resto de tu carrera profesional en nuestra empresa, y posiblemente en tu vida. Los dos puestos de trabajo son muy diferentes, la elección entre ellos es una cuestión muy personal. En ambos casos será duro al principio, tienes que empezar de cero y eso siempre es difícil.

—Vaya semanita de decisiones que voy a tener—reconozco con la responsabilidad de la elección pesando como una losa sobre mí—. ¿Te puedo llamar o podemos quedar para tomar un café y comentarlo durante la semana? ¿Crees que levantaremos sospechas?

—Desgraciadamente voy a estar en Dubai esta semana, parto pasado mañana, en domingo. Es una visita de cortesía por un proyecto importante que estamos desarrollando, pero no me puedo escapar, lo siento—se disculpa Carlos con una mueca—. Por escrito es mejor que no me pongas nada, todas las comunicaciones escritas hay que llevarlas a un plano estrictamente profesional.

—Ya, no te preocupes—le aseguro consciente del peligro que podemos correr si algo se filtra.

¡Qué mal, joder! ¿En serio se tiene que ir a Dubai justo esta semana? También es mala suerte, siento que tengo que consultarlo con él, es una decisión importantísima para mí, una decisión que puede cambiar mi vida. Tendría que estar pensando en hablarlo con Alberto y, en cambio, siento la necesidad de hablarlo con Carlos.

—Vale, lo consultaré con la almohada entonces—bromeo.

—Tienes una semana—me recuerda.

—Sí, muchas gracias por tu ayuda, Carlos, de verdad, te lo digo de corazón, lo que has hecho es muy importante para mí—insisto

agradecida—. Solo una pregunta más, Carlos.

—Dime.

—¿Viajaría contigo todo el tiempo durante mi período de aprendizaje?—inquiero esperanzada.

—No—sonríe, aunque para mí sea como un jarro de agua fría—. A veces sí, y a veces no. No te sabría decir cuántas veces ni con qué frecuencia, hay más gente en el departamento. Imagino que los viajes a Rusia los haríamos juntos, pero otros viajes los harías con otros compañeros.

—Vale, me lo imaginaba, aunque tú eres el director del departamento, ¿no podrías encargarte tú de mi aprendizaje esos dos años? Así viajaríamos siempre juntos—insisto poniéndole ojos de cachorrito recién nacido.

—No, Lucía, precisamente por ser el director del departamento y por haber algo entre nosotros no puedo hacer ninguna distinción contigo—añade en tono severo—. Seguirías el proceso normal dentro del departamento, te repito; habrá viajes juntos seguro, pero no sé con qué frecuencia. Y también con otros compañeros.

No me dice nada en concreto, pero al mismo tiempo me lo dice todo. No tengo nada claro que pueda esperar demasiado de nuestra relación en cuanto pisemos Madrid, salvo algún polvo esporádico en los viajes que hagamos juntos.

# Vuelta a casa

El viaje de vuelta a Madrid es una auténtica tormenta dentro de mi cabeza. Envuelta de nuevo en la manta haciendo como que duermo, mi cabeza se debatía entre las distintas posibilidades.

Siempre quise estar en la oficina técnica, era mi sueño. Ahora tengo la oportunidad, pero lo de las ventas internacionales ha estado muy bien. O quizá fue Carlos el que estuvo muy bien. Me encanta viajar y conocer otras culturas y, sobre todo, es mi opción de estar con Carlos.

Estoy hecha un lío, pero al mismo tiempo la adrenalina fluye libre por mis venas, tengo un subidón increíble. Quiero hablarlo con alguien, pero Carlos sigue enfrascado en su portátil con sus malditas hojas de cálculo como en cada vuelo.

Me dan ganas de hacer una locura, quiero llevarle al baño. Es muy pequeño y no creo que pudiésemos hacer gran cosa, pero por lo menos estaría con él de nuevo, sentiría sus labios acariciando los míos. Pufff, debe ser el subidón de adrenalina, Carlos jamás haría algo así en un avión. Y hace bien.

Y yo, aquí. Envuelta en la manta, confusa. Y ahora excitada.

Al tomar tierra en Madrid tengo ya el correo de recursos humanos con las condiciones de los dos puestos de trabajo. Lo miro por encima y mejoran mi salario de manera sustancial, más que sustancial. Ahora me doy cuenta de las desigualdades en la empresa de las que a veces me habla Lourdes, podremos hacer tantas cosas ahora, por fin me iré con Alberto a Nueva York.

Tengo varios mensajes en WhatsApp, me hace gracia el de mi amiga Lourdes, de recursos humanos.

*“Tía, ¿pero a quién te has follado para que te den esa oportunidad?”*

Me río. Si ella supiera...

Cuando vamos a pasar la puerta de salida, justo después de recoger las maletas, Carlos me sujeta por el codo y me mira a los ojos antes de empezar a hablar.

—Por favor, acuérdate de que esto queda entre nosotros dos. No se puede enterar nadie, en ninguna circunstancia. Nunca. Por favor,

Lucía, tienes que prometérmelo, lo perdería todo. —Jamás le había visto tan serio.

—No te preocupes, Carlos, soy una tumba, nunca te haría daño, ya lo sabes, te lo prometo—le aseguro sin romper nuestra mirada.

Al escucharme, me guiña un ojo sonriendo y me regala de nuevo esa sonrisa tan encantadora, creo que soñaré con ella durante meses.

El coche de la empresa nos deja a cada uno en su casa. A Carlos con su familia, en su zona de chalets caros. A mí, con Alberto en mi barrio bullicioso. No sé cuándo le volveré a ver, ni en qué circunstancias.

Al llegar a casa Alberto me está esperando. Ha preparado una cena especial.

Cenamos mientras le cuento todas las novedades. Se alegra mucho, me dice que estaba seguro de que, tarde o temprano, en la empresa se darían cuenta de lo que valgo, que tengo que descansar esta semana, que lo tenemos que celebrar con los amigos. Nos acostamos a las tantas, hablando y hablando. Fue una noche mágica.

El fin de semana pasa volando, pero al lunes siguiente, tras marcharse Alberto al trabajo, mi mente entra en bucle. No puedo procesar tanta información, todas mis neuronas trabajan sin parar y no me centro.

Mi corazón quiere unas cosas, mi mente otras totalmente distintas.

Toda la situación está mal, ya partimos de ese punto. En qué momento se me ocurre engañar a Alberto con un tío casado y encima compañero de trabajo.

Y mantenerlo en secreto.

Porque creo que si se lo digo le haría mucho daño, pero quizá, solo quizá, con el tiempo me podría perdonar, recuperaría su confianza y volveríamos a estar bien. Sin embargo, si mantengo el secreto y un día se entera, no hay perdón que valga.

Le he prometido a Carlos que no diría nada, se juega muchísimo, tiene un hijo pequeño.

En el trabajo ya ni te cuento, todos me pondrían de “pilingui” adiós a mis nuevas oportunidades dentro de la empresa, tendría que

empezar de cero en otra empresa.

Y quiero a Carlos, siento algo por él, no es un capricho. En solo unos días ha conseguido que me enamore de él. Debajo de esa capa de súper controlado y estirado hay un hombre sensible, un hombre que me quiere, que me hace sentir especial en sus brazos.

Me ha ayudado mucho con mis nuevas oportunidades en el trabajo, no puedo hacerle daño.

O quizá me ha ayudado precisamente por eso, si se me escapa una palabra, una sola palabra, su vida se va al traste. Lo puede perder todo de golpe; su mujer, su hijo, su prestigio dentro del trabajo.

También yo lo puedo perder todo.

Creo que lo ha hecho porque de verdad piensa que puedo hacer una buena labor dentro de la empresa. Al menos eso quiero creer porque ya no estoy segura de nada. Mi mente me hace dudar.

Más dudas. Es un sentimiento agónico.

El propio trabajo me da miedo, quiero aceptar el reto, cualquiera de los dos retos. Es mi oportunidad, es para lo que he estado luchando, aunque todos los ojos van a estar fijos en mí. Hasta Carlos lo decía, es una oportunidad que no se da muy a menudo.

Tendré que demostrar mucho más que mis compañeros. ¿Puedo hacerlo? Quiero creer que sí, pero sigo con unas dudas infinitas.

Y el comentario de Lourdes...

*“Tía, ¿pero a quién te follaste para que te den esa oportunidad?”*

Literal.

¿Es posible que sospechen algo?

¿Quizá no es la primera vez que Carlos ayuda a alguna jovencita dentro de la empresa?

No. Intento borrar esos pensamientos de mi mente, quiero a Carlos, tenemos algo auténtico entre los dos, no es un capricho, ni yo soy solo un capricho para él. Es guapo, tiene dinero y un buen puesto, puede conseguir a quien quiera.

Quiero viajar con él, conocer otros países y otras culturas. Pasear juntos por otras ciudades, hacer el amor con él cada noche.

Pero también quiero a Alberto, le quiero de verdad. Por nada en el mundo quisiera hacerle daño, ayer parecía un niño al verme. Se

notaba tanto que me había echado de menos, estaba tan emocionado, tan orgulloso.

¿Se puede querer a dos personas a la vez?

No quiero separarme de ninguno de los dos. ¿Es esto posible?

¡Qué mierda! Estoy totalmente confusa. Mi mente es incapaz de pensar con claridad.

Y así estoy, en mi semana de vacaciones, en la antesala de lo que podría ser un cambio radical en mi vida, con la necesidad de tomar una decisión fundamental, metida en la cama.

Sin ganas de nada.

Sufriendo.

Consumida por un secreto.

Me tapo con la manta e intento dormir. Y pienso en Carlos, en su boca, en su sonrisa, en sus manos sobre mi piel, en su fuerte torso desnudo.

**—FIN—**

**La historia de Lucía continúa en el libro “Pon tu cabecita en orden” que estará disponible en breve.**